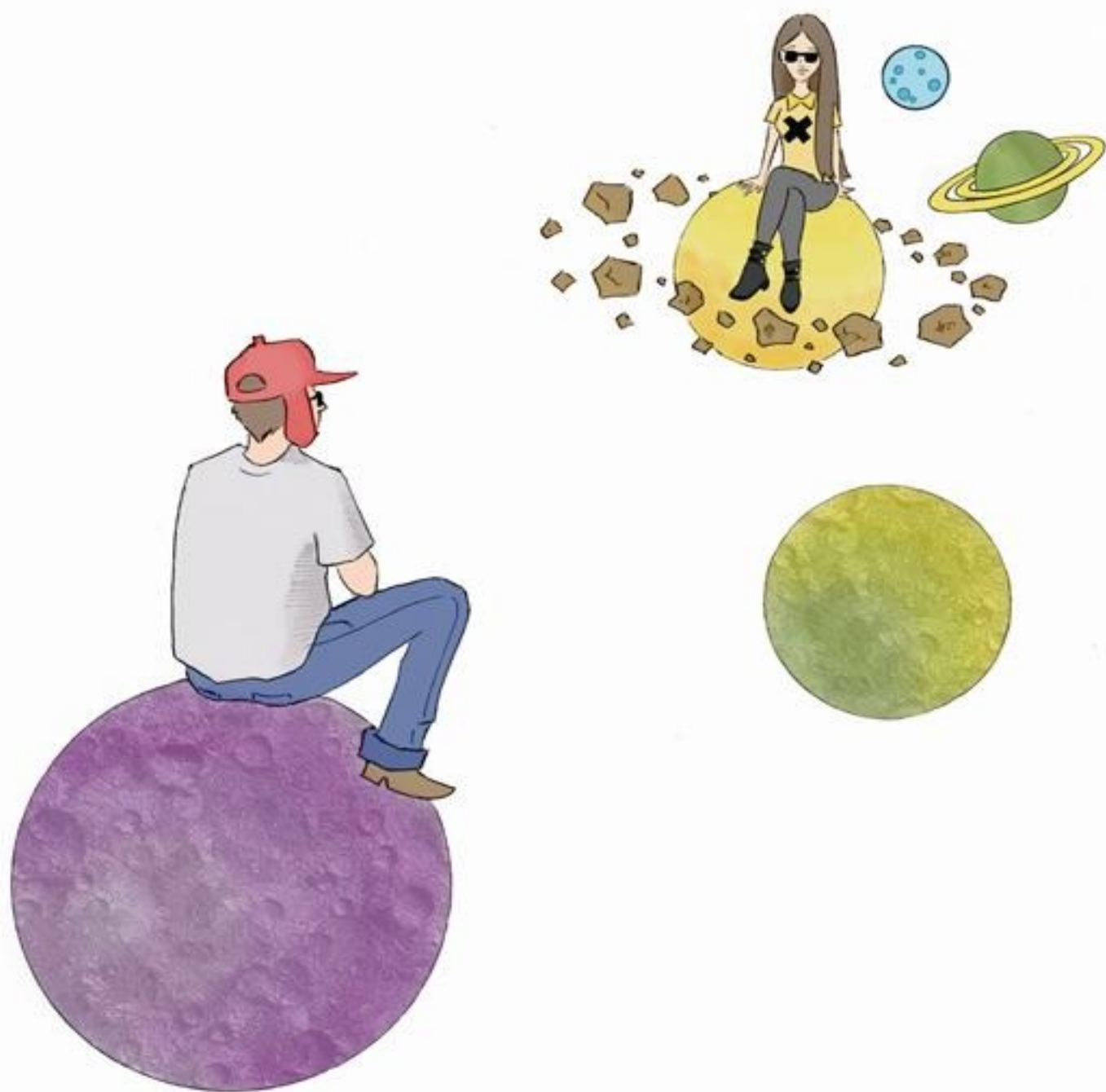


Holden Centeno

La chica de Los Planetas



Yo odiaba el café y ella lo tomaba a todas horas; ella era zurda y yo diestro; ella era la persona más especial que había conocido y yo solo un jodido gilipollas. Sin embargo, La chica de Los Planetas decidió enamorarse de mí. Y desenamorarse después, o no.

Pero cuando se ha conocido la magia no es fácil volver a conformarse con una vida de asfalto y ascensores. Por eso decidí jugármela y demostrarle que nuestra historia no era una historia de amor común, que nuestra historia era Literatura.

La chica de Los Planetas es un libro que recopila nuestros momentos, un relato de amor y música junto con otros muchos relatos que surgieron después y que, antes de este libro, fueron publicados en mi blog. También recoge una carta inédita del ya famoso Páez y otra de puño y letra de la chica de Los Planetas.

«Desde que me dijo aquello, cada vez que he abrazado a una mujer lo he hecho de la misma forma que cuando abrazo una guitarra acústica y he descubierto música en el amor y amor en la música. Me tomé tan al pie de la letra su teoría que llegué a convertirme en una guitarra, a metamorfosearme en este instrumento como Kafka convirtió a su protagonista en un insecto. Me lo tomé tan al pie de la letra que soldé mi pecho de madera al pecho de una mujer perfecta de una forma tan intensa que llegué a joderlo todo y a quemarnos por dentro. Ahora solo quiero curar los trozos de esta guitarra rota en la que me he convertido, afinarme las cuerdas y volver a acariciar el alma y el cuerpo de aquella chica perfecta».

Lectulandia

Holden Centeno

La chica de Los Planetas

ePub r1.0

sleepwithghosts 09.01.15

Título original: *La chica de Los Planetas*

Holden Centeno, 2014

Diseño de cubierta: Sara Blanco

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para F, por haber poseído mi alma, mi corazón, mi mente y todo mi organismo Por ser la causa de este libro.

@HoldenCenteno

DE LECTOR A LECTOR: PRÓLOGO DEL EDITOR

La primera vez que oí hablar de @HoldenCenteno fue gracias a un retuit. Me gustó su álter ego, su manera de definirse y de jugar con las palabras, su gorra roja... Decidí seguirlo, lo busqué y llegué hasta su blog; y descubrí *La chica de Los planetas*; y lo devoré. Más tarde me di cuenta de que no solo yo me había fijado en él, sino que éramos muchos los que nos habíamos enganchado a esta historia, tal vez porque conectamos con él en el origen, en uno de los gérmenes de todo proceso creativo: el desamor.

Aquel primer retuit sembró en mí un deseo como editor y pensé que las palabras de Holden debían materializarse entre las manos de los cibernautas que habían seguido, como yo, su historia. Y que ese fenómeno literario nacido en Internet se merecía habitar las librerías y no solo ocupar universos intangibles. Y me puse en contacto con Holden. Nos conocimos y conectamos. Me enterneció su historia, su cultura —es el pequeño de varios hermanos lectores— y su candidez. Hablamos de los clásicos y de los posos que queríamos dejar en cada uno de los relatos y empezamos a charlar sobre Cervantes, Galdós, Bécquer o García Márquez, y seguimos con Bukowski, Tolkien, Auster e incluso el propio Salinger. Decidimos mantener el universo que había creado en su blog, hacerlo patente, y coincidimos en la importancia de la música en el relato para que lo intangible de la palabra vivida pudiera conectar con la realidad de la experiencia. Hoy soy consciente de que ese es uno de sus mayores aciertos.

Otro es, sin duda, la facilidad que tiene Centeno de hacer literatura con los elementos de la vida corriente, de hacerlos intensos y únicos, adornándolos con la épica de los sentimientos y la palabra. De este modo vemos que sus fuentes conectan con la última tradición literaria española que encontramos en algunos de los exponentes de la poesía de la experiencia o en los autores de la Generación X (Luis García Montero, Benjamín Prado, Ray Loriga, Lorenzo Silva o Joaquín Sabina) con quienes comparte la ciudad como *leit motiv* en sus obras, el universo de lo urbano, el cine norteamericano y la música rock. Por otro lado, la cadencia de sus frases bebe de los autores de la que se ha llamado Generación Beat o Generación Perdida: Bukowski, Kerouac, Hemingway o Faulkner. Ellos también están presentes en esta obra. Sin embargo, *La chica de los planetas* no existiría sin Gustavo Adolfo Bécquer, del que adquiere la sencillez en el tono que han tenido después otros grandes como Cernuda o Gil de Biedma, Quique González o Paul Auster. Puedo decir que hay mucho de todo esto en *La chica de los planetas*.

En estas páginas se ofrecen las mejores historias de su blog desde 2013. Más de

90.000 visitas y otros tantos seguidores en Twitter avalan el éxito de este proyecto que, como he dicho, surge a partir de una ruptura sentimental, de un chico que no se resigna y que decide un día a escribir su historia de amor. Lo que pasó después no es cosa mía contarlo. Os animo a que lo descubráis y os emocionéis como yo con este libro porque todos alguna vez hemos estado enamorados.

PABLO ÁLVAREZ

NOTA DEL AUTOR

Cuando tenía catorce años, leí mis primeros versos de Bukowski. Le robaba a mi hermano Antonio sus libros de la estantería del cuarto, por la noche, cuando él quedaba con su novia Elena; o aprovechaba las mañanas cuando ya se había ido a trabajar y a mí me faltaba poco para irme al colegio. Cogía el libro *Peleano a la contra* del que tenía perfectamente visualizado el lugar que ocupaba en la estantería, y se lo mangaba durante todo el día. Lo llevaba bajo el brazo, mostrando su portada, creyendo que la gente reconocería la cara de Bukowski y, al verlo, pensarían que yo era igual de duro, borracho y fracasado. Tal fue la locura que me despertó este escritor que empecé a fumar, a ver vídeos de internet en los que salía él para tratar de imitar su forma de andar, e incluso llegué a imaginar que tenía acné, como cuando Bukowski era adolescente y se reían de su careto en el colegio y le metían palizas y no se quejaba. Yo deseaba ser así, quería que los de clase me dieran una paliza y cerrar la puta boca sin quejarme de un solo puñetazo recibido. Seguí los pasos de su poema «Consejo amistoso a un montón de jóvenes» y leí la Biblia, partí mi cabeza con un hacha, maté a mi jodido perro, me dejé barba, empecé a masticar solo por el lado izquierdo de la boca y a lavarme los dientes con gasolina, me presenté al alcalde de mi pueblo y teñí de azul esos zapatos que me compró mi vieja y que nunca me gustaron.

Bukowski, como todo poeta maldito, bebía cerveza, whisky, ron y absenta; aquel manjar de color verde conocido como la cocaína del siglo XIX. Os mentiría si digo que bebo absenta para tuitear o escribir y también si os digo que la probé cuando tenía catorce años. Solo la probé una vez, en la feria de un puto pueblo de cuyo nombre me podría acordar pero no me sale de los cojones, y ya más mayor. Fueron dos chupitos largos, y según bajaba aquel fuego líquido por mi garganta, ya había decidido no volver a beber jamás esa maldita mierda cuyo sabor solo me recordaba al clásico anís El Mono que, en Navidades, el miembro de la familia más estúpido aporreaba con un cubierto para acompañar cualquier villancico. Cuando me siento un perdedor, me gusta imaginar que bebo absenta del grifo del baño de mi casa, sin parar, hasta que entro en estado de trance y empiezo a escribir cualquier cosa que me haga inmortal.

Cuando estaba en el colegio, dedicaba las tardes de los jueves, después de siete horas de clase, al taller de escritura que organizaban los profesores frikis de literatura. A aquella actividad solo iba la gente que sacaba buenas notas (jodidos empollones), otros que se creían que escribían bien y presumían de ello (los más marginados) y, por último, Santi, uno de mis mejores amigos, y yo, que nos reíamos bastante de aquel panorama. El taller lo componíamos unas diez personas. Para el resto del

colegio, éramos los raros. Recitábamos poemas y relatos y hablábamos sobre literatura, escritores, músicos y artistas. Después, callábamos para escribir lo que nos saliera de los cojones y leíamos en alto las estupideces que habíamos escrito. Esos poemas y relatos que escribíamos pasaban un filtro o, mejor dicho, una purga, y los mejores eran publicados en un pequeño cuadernillo que repartían todos los profesores de lengua al resto de alumnos. Alrededor de mil ejemplares que a nadie le interesaban y que solían acabar tirados en la basura o por los suelos del colegio. Yo todavía los guardo. En realidad, nosotros queríamos publicar en la página web que derivaba del taller y que guardaba el mismo nombre. En ella escribían los antiguos alumnos que eran reconocidos en el mundo de la literatura. Grandes poetas, profesores de prestigio, poetisas únicas y escritores de prosa con unos cuantos libros ya publicados. Era una revista digital que se leía mucho, no como nuestro puto cuadernillo, que, en el mejor de los casos (cuando era leído), les servía a los chavales para reírse de las palabras que habías escrito si se cruzaban contigo en el recreo.

Empecé a interesarme por la poesía y solo garabateaba frases, bastante malas, hasta que escribí un poema que marcó un antes y un después en mi forma de hacer versos. Lo pude componer gracias a uno de mis ídolos, Bernini. Por aquel entonces solo tenía dieciséis años. Era pequeño y mi forma de escribir y de entender el lenguaje no tenía nada que ver con las palabras y formas que ahora tiñen mis papeles. El poema lo titulé «La triste historia de Apolo y Dafne». Decidí enviárselo al director de la revista digital y a los pocos días recibí un email del jefe del taller e integrante del consejo editorial de la revista en el que me decía (copio y pego):

Eh tú, chaval, tengo que decirte algo. Me hubiese gustado decírtelo a la cara, pero bueno: eres un mamonazo y apestas. No, en serio (lo que no quiere decir que no seas un mamonazo y que no apestes), el asunto que nos concierne ahora es otro. Resulta que hemos decidido publicarte en la revista digital, la grande, la seria, la buena, la auténtica, la única e inigualable y no esa burda imitación de mierda en la que escribís todos vosotros y que nadie lee. Como ves, esto supone mucha responsabilidad: puede ser que empieces a formar parte del selecto club de gente que publica en la revista. En tus manos está, todo depende de la calidad de los textos que mandes..., si es que mandas alguno, mamonazo. De momento hemos decidido publicar una poesía tuya, la penosa historia de una pareja de amargados. Así pues, que lo sepas. Eso es todo por ahora. Saludos.

Un email del típico tío que finge ser tu colega, te miente diciendo que le hubiera gustado darte la noticia en persona, se hace pasar por gracioso (lo hace mal) y solo sabe decir la palabra «mamonazo» para parecer más cercano, consiguiendo así el efecto contrario. Me jodió aquel penúltimo renglón en el que cambiaba el nombre a mi poema y lo mutilaba, bautizándolo como «la penosa historia de una pareja de amargados». Maldito hijoputa. Desde entonces dejé de escribir en el cuadernillo y me empezaron a publicar muchos poemas en la revista digital, hasta que, sin previo aviso, dejó de actualizarse por motivos que desconozco. El club selecto resultó no ser tan distinguido y se hundió por el peso de la dejadez y el falso amor por el mundo de las letras.

LA TRISTE HISTORIA DE APOLO Y DAFNE

Huiste de mí entre los bosques.
Tan solo quería hablarte de mi vida,
de todas esas historias que nadie escucha y sin embargo a ti te gustaban
y, lo mejor de todo, te hacían reír.
Vienen a mi memoria aquellas tardes
en las que hablábamos bajo los laureles, donde parecía que tu pelo olía a tomillo y tu cariño al aroma que deja la
lluvia en la tierra húmeda del campo.
Pero una mañana, paseando contigo,
sin saber por qué, te marchaste.
Corrías rápido, esquivando las ramas de los árboles que se cruzaban en tu huida.
Sin apenas pensar, seguí tus pasos,
torpemente corrí, resbalando con el musgo, hasta tropezar con una piedra.
Ahí me quedé, tendido en el suelo,
viendo ya tus piernas apresadas en el barro.
Gritabas mientras tus manos suaves
se volvían tan ásperas como las ramas y aquellos dedos tan finos y delicados se convertían en hojas;
mientras tu rostro puro
pasaba a ser un tronco retorcido.
Llegué a ti despacio,
me senté sobre tus raíces
y te dije llorando
que si ser un árbol era tu deseo,
me convertiría en mirlo
para jugar entre tus ramas,
que, como dijo un poeta,
donde hay amor no manda enamorado.



I. VIDA Y ENCUENTROS



«Lo que distingue al hombre insensato del sensato es que el primero ansía morir orgullosamente por una causa, mientras que el segundo aspira a vivir humildemente por ella».

J. D. SALINGER

EL PROFESOR QUE PUDO SER UNA GUITARRA

Un año, en la universidad, en una asignatura, me tocó con el profesor más hijo de puta que había en toda la facultad. Lo juro. Cada vez que otros compañeros me preguntaban quién era mi profesor, me decían: «Olvídate de aprobar con ese cabronazo. Es lo más parecido a Satanás aquí en la tierra». Claro, cuando a uno le dicen eso solo se puede acojonar. Mi hermano Chema, el mayor, me dijo: «Ah, sí, me cambié de profesor porque la gente me dijo que huyera de él. Es un tío así con mucho pelo y bigote». Chema se equivocaba en eso último: llevaba tantos años en la jodida facultad que ya era calvo y no tenía tal bigote. No había quien lo echara, a pesar de ser odiado por el noventa y nueve por ciento del alumnado y por el cien por cien del cuerpo directivo. Las malas lenguas decían que se había convertido en un borracho desde que su mujer lo abandonó. Pero nada de eso se podía confirmar con certeza. Solo eran rumores. Cuando tuvimos la primera clase pude comprobar que sí, que era un hueso. Aparecía siempre con una de esas americanas elegantes con coderas estilo *british*, pantalones de vestir de un color distinto a la chaqueta, zapatos burdeos, su calva y sus gafotas. Siempre estaba serio, parecía asqueado de dar clase. Si un alumno respondía una gilipollez, el profesor lo hundía allí mismo. Él daba por hecho que teníamos que saber ciertas cosas que en realidad no teníamos por qué saber. Eso provocaba que las clases siempre acabaran con un discurso que se puede simplificar en una de sus famosas frases: «Ustedes no tienen ni idea de nada».

Sin embargo, sus clases me engancharon. Aquel profesor era un viejo amante de la música. Todos los ejemplos que ponía se basaban en bandas de rock y en el folk más puro. Eso es lo que endulzó, desde mi punto de vista, al Satanás que llevaba dentro, aunque para el resto de mis colegas seguía siendo un cabrón. Recuerdo cuando una vez preguntó: «¿Ustedes saben quién es Bob Dylan?». La clase no respondió. Los que no sabían quién era no podían decir nada y los que lo sabíamos nos callamos como putas por miedo a su reacción. Él insistía: «¿Alguien sabe dónde nació?». Yo, desde mi sitio, me estaba revolviendo por dentro, así que finalmente levanté la mano, me señaló y respondí: «Duluth, Minnesota». Esa respuesta marcó un antes y un después. Me miró satisfecho y prosiguió con su ejemplo. Era un hombre al que se le iluminaba la cara cada vez que hablaba de Jimi Hendrix y su mirada parecía estar quemando allí mismo una guitarra imaginaria sobre la mesa de la clase, igual que el joven Jimi sobre los escenarios. Era un espectáculo asombroso. Las pocas veces que se le iluminaba la jeta en clase era cuando hablaba de música y no de su asignatura. Sus ejemplos también se basaban en los Stones, Led Zeppelin, Deep Purple, los Beatles, Woody Guthrie y otros muchos. Era capaz de utilizar la música como ejemplo en una asignatura que versaba principalmente sobre el dolor humano

físico y mental. Al llegar febrero suspendí su examen con un tres. El noventa por ciento de la clase también se fue al hoyo. Solo aprobaron aquellos empollones que ni si quieran sabían quién coño era Bob Dylan. Una verdadera pena. La revisión fue unas semanas después, a las seis de la tarde en su despacho. Era un frío jueves de febrero. Llegué media hora antes para evitar colas y ser el primero en verlo, pero al llegar allí no había nadie de ese catastrófico noventa por ciento de suspensos.

Ese mes, la revista *Rolling Stone* sacaba en portada a Jimi Hendrix y yo me la compré el mismo día que salió a la venta en el kiosco de mi barrio, el de Anselmo, mi kiosquero de confianza. Se me ocurrió presentarme en su despacho con la portada bajo el brazo para que viera que yo también era un fiel seguidor de Hendrix. Podéis llamarme gilipollas, pero solo veía posible aprobar ese examen con mi baza musical. Esperé a las seis y di con mis nudillos tres golpes en la puerta de madera. Al otro lado escuché su voz, no sé qué dijo, pero por su tono deduje que podía entrar y eso hice. Mientras me ofrecía educadamente que me sentara, pude darme cuenta de cómo sus ojos se clavaron en la revista. Y nada, empezamos a revisar el examen. Él ya sabía quién era y me llamaba por mis apellidos, jamás por mi nombre. Tardamos diez minutos en que finalmente me dijera que era imposible aprobarme porque mi examen daba asco. Cuando ya estaba levantándome para irme de aquel despacho que bien podría ser una de las salas del infierno que describe Dante en su *Divina comedia* cambió el tono y, tuteándome, me dijo:

—¿Y un joven como tú qué hace con Hendrix bajo el brazo, si no sabrás ni quién es?

Fue entonces cuando en mi cabeza pensé (con voz en *off* al estilo de una película americana): «Se ha abierto la caja de Pandora». Me senté y respondí:

—No quiero sentirme ofendido por lo que acaba de decir, pero... —Y comenzó mi demostración de conocimientos musicales.

Aún conservo en mis recuerdos el número de aquella revista, aquel mes, aquel año, aquella portada. Sin darnos cuenta, pasamos hora y media hablando de música y vida. En un momento dado, cortó la conversación, miró el reloj y me dijo:

—Conozco un bar de rock. Sé que puede sonar raro que un vejestorio de cincuenta y cinco años que es tu profesor te invite a tomar un brebaje mágico.

Aquellas dos últimas palabras me acojonaron más que el vejestorio queriéndome llevar a un bar de rock, y entonces le pregunté qué cojones era eso de «un brebaje mágico». Se rascó los pelos laterales de la cabeza y luego se frotó la calva creando un ambiente de solemnidad mientras decía:

—Sí, sí, un whisky escocés más joven que yo y más viejo que tú.

Por supuesto que acepté. Llegamos al bar en su Peugeot destartalado. Pidió dos whiskys y proseguimos la conversación. Se puso hablar de Bon Iver, su último descubrimiento musical, porque también conocía perfectamente la música de hoy, aunque solo la internacional. Me dijo que le recordaban a él de joven y que su música era capaz de traspasarle el alma. Me contó que había estudiado en una universidad de

Estados Unidos (no recuerdo cuál) durante dos años. Algo parecido a los Erasmus de ahora. Me dijo que se hizo amigo de un americano comunista con el que recorrió gran parte de los estados acompañados solamente de sus mochilas y un banjo. Aquello me pareció tan brutal y bello que me hizo sentir envidia.

—Él tocaba el banjo mientras yo le acompañaba cantando a pelo en cada bar en el que parábamos a comer, en cada esquina de cada pueblo desconocido para conseguir pasta y así poder seguir viajando en tren.

Sus ojos se llenaban de alegría y de vida mientras me lo contaba. Se ponía a cantarme estrofas con acento americano perfecto y a la vez era capaz de imitar con la boca los sonidos de un banjo bien afinado. Cantaba muy bien.

—La música y el amor son los únicos elementos que pueden curar cualquier herida —me dijo mientras movía el vaso suavemente para hacer golpear los hielos—. Ambos conceptos están tan estrechamente unidos que es imposible que exista música si no hay amor por ella, y es imposible que haya amor si no hay música dentro de él.

Joder, me dejó clavado en el sitio con esa frase. Sus ojos esta vez se perdían en el fondo del vaso como si quisiera encontrar algo allí dentro; algo que ya había perdido en un pasado muy lejano. Y siguió:

—Las guitarras las crearon con curvas de mujer para poder acariciarlas con la misma delicadeza que ellas se merecen. Las hicieron con sus formas para poder abrazarlas con fuerza, suavidad, dulzura y así lograr sacarles los mejores sonidos. Cuando abrazas a una mujer o a una guitarra, ambas te dejan marca en el pecho y en el alma para siempre. Y solo cuando abrazas a la guitarra o a la mujer adecuada y sientes cómo tu pecho se suelda a su pecho, es cuando realmente sois capaces de conocer todos vuestros dolores, locuras, virtudes y culpas.

»Esas cosas que se dicen de mí, que soy un borracho, que me pongo hasta el culo de whisky desde que mi mujer me dejó, son malditas mentiras. Mi mujer me dejó y ¿sabes por qué? Porque fui un inútil que no sabía abrazar su cuerpo perfecto, que no supo jamás sacar la música que llevaba dentro cuando ella lo necesitaba. Porque no fui capaz de convertirme en guitarra para entender los sonidos que, por las noches, al llegar a casa, me susurraba. Punto y final.

Desde que me dijo aquello, cada vez que he abrazado a una mujer lo he hecho de la misma forma que cuando abrazo una guitarra acústica y he descubierto música en el amor y amor en la música. Me tomé tan al pie de la letra su teoría que llegué a convertirme en una guitarra, a metamorfosearme en este instrumento como Kafka convirtió a su protagonista en un insecto. Me lo tomé tan al pie de la letra que soldé mi pecho de madera al pecho de una mujer perfecta de una forma tan intensa que llegué a joderlo todo y a quemarnos por dentro. Ahora solo quiero curar los trozos de esta guitarra rota en la que me he convertido, afinarme las cuerdas y volver a acariciar el alma y el cuerpo de aquella chica perfecta.



EL ÁRBOL GRIS

Esta semana me crucé con una de esas personas especiales que solo puedes encontrar de vez en cuando en la ciudad que yace bajo la tierra, vulgarmente conocida como metro. Era un mendigo de unos cuarenta y cinco años, bastante gordo, completamente borracho y con una gabardina marrón tan larga que iba acariciando el suelo. Estaba sucia y destrozada. Llevaba también una vieja mochila cargada en la espalda que parecía contener cada uno de sus jodidos sufrimientos; ya sabéis, el sufrir pesa. Así que en cuanto entró al vagón la dejó en una esquina. Aquel hombre tenía un aspecto parecido al de un viejo árbol gris. Iba agarrado a la barra y apoyando su peso sobre el vagón. De los bolsillos de su infinita gabardina sacó una Coca-Cola de medio litro cargada de whisky y empezó a ingerir pequeñas cantidades utilizando el tapón rojo a modo de vaso de chupito. Cada vez que se servía uno, el veinte por ciento del brebaje caía al suelo. Después de beber unos diez, abrió la boca para gritar en una lengua desconocida. Parecía un viejo dialecto de la estepa rusa, o eso me imaginé. Luego demostró su fuerza haciendo flexiones en el suelo, intentando levantar sus más de cien kilos y soltando puñetazos a las paredes. Había gente que se reía de la situación y otros que se reían de él. Había gente que sentía pena por aquel hombre y también otros que sentían miedo y aprovechaban para bajarse en la estación más próxima. Incluso había varios que no se habían dado cuenta de su existencia porque el volumen de sus auriculares se lo había impedido. A las tres paradas el viejo borracho, ya fatigado, se sentó.

Justo en ese momento entró un hombre que decía que estaba en paro, que tenía dos hijas y suplicaba una moneda para poder comer algo. Recorría el vagón de un lado a otro tendiendo la mano a los pasajeros mientras explicaba la grave situación por la que estaba pasando. Entre tanto, me fijé en el borracho; ya se había calmado y miraba al hombre. Escuchaba atentamente todas sus penurias. No sé si estaba entendiendo algo, pero lo miraba muy respetuoso y con gesto serio. Cuando el hombre pasó al lado del borracho, este volvió a meter la mano en uno de sus bolsillos infinitos, sacó de la gabardina un batido de fresa y se lo dio. El hombre le dijo al mendigo borracho: «Gracias, caballero», y se cambió de vagón para seguir pidiendo. Mi querido amigo se quedó allí sentado, con un gran gesto de paz en su rostro. Con el gesto de paz más grande de todos los usuarios de la puta red de metro que en ese mismo momento también estaban allí y cuyas jodidas caras solo delataban un fracaso escondido en limpias corbatas y dulces vestidos.

El árbol gris no florece a la vista de todos. Los colores los lleva por dentro. Yo tenía un maldito euro en mi bolsillo y no fui capaz de dárselo.



BSO

Hace un par de cursos, a uno de mis mejores amigos lo dejó la novia en el mes de marzo. El pobre estaba bien jodido. Había vuelto a fumar y aprovechaba cualquier festejo para emborracharse. Él es del Real Madrid al cien por cien y, a pesar de ese pequeño detalle, nada le impidió ir a *celebrar* a Neptuno la victoria del Atlético de Madrid en la UEFA. «He comprado un Ballantine's», sonó al otro lado del teléfono. Allí estuvimos entre toda la gente, como unos hinchas más, hasta que terminamos el último trago de whisky. Quedábamos todos los fines de semana. Quedábamos incluso cuando el resto de nuestros amigos no querían o no podían. La idea era mantener su cabeza distraída y evitar cualquier patética declaración de amor nocturna de borracho a través de WhatsApp o una llamada desesperada a altas horas de la madrugada en la que solo se dicen estupideces. Logramos el objetivo, aunque, a veces, fue duro conseguirlo. Propusimos a nuestros amigos ir al Low Festival. Todos se negaron. Decidimos, de nuevo, hacer el plan solos. Él me advertía:

—Al final la gente va a creer que somos pareja...

—Eso es lo que somos, pareces idiota. Dos personas forman una pareja —le respondía yo.

—No me jodas con tu prosa embaucadora de mierda, sabes a qué me refiero.

En el festival todos los días a las seis de la tarde ya íbamos pedo debido a que ese era el ritmo que llevaban todos los asistentes. Era como una norma no escrita que todos cumplían sabiendo cuáles eran sus límites para poder disfrutar de los conciertos. Volvíamos al camping cada día sobre las seis de la mañana. Saltábamos la puerta del recinto de la piscina y nos quedábamos allí dormidos hasta la hora de comer. El último día, dos chicas con las que solíamos coincidir nos propusieron ir a dormir a su piso, uno de esos rascacielos situado en primera línea de playa, pero al final también acabamos durmiendo en el puto césped de la piscina junto al resto de la gente del festival, que el segundo día ya había copiado nuestra tendencia porque en la tienda de campaña a las nueve el sol ya estaba dando por culo, asfixiándote. Vivimos tres días intensos de música perfecta en un lugar rodeado de montañas con un cierto aire místico que ayudó a mi amigo a seguir manteniendo la cabeza fría y a evitar su derrumbe definitivo.

En septiembre seguimos la dinámica. Empezamos a frecuentar Independance, un local en el centro de la ciudad donde solo se excluye la entrada a la música que es una puta mierda. Ese lugar tiene algo. Está enfrente del cine Ideal. Un cine que se construyó en 1915 cuyas vidrieras de colores combinan a la perfección con el estilo de los *hipsters* de la zona. La puerta de la sala, conquistada por una fachada sostenida por viejas y aguerridas cariátides, tiene una luz que ilumina su nombre y atrae a toda

persona que cruza por ahí. Tiene un efecto parecido a esas lucecillas con las que los mosquitos y polillas no pueden evitar chocarse y morir al instante. En este caso, una vez que pasas por debajo de sus luces, recibes una descarga eléctrica de buena música que no mata, sino que te alimenta y te da más vida.

Fuimos cada puto fin de semana de septiembre y octubre. Ahora me viene a la cabeza el día que pinchó José Chino (guitarra y voz de Supersubmarina). La sala estaba reventada de chicas adolescentes que querían ver al cantante y mover las caderas al ritmo de sus gustos. Se amontonaban junto a él. Mi amigo, ya con cuatro copas en sus venas, se acercó hasta la cabina y le escribió en el móvil: «Pincha el tema de “La cuadratura del círculo”. Eres el puto amo. Viva Baeza. Te follaba». Claro, al leerlo debió de pensar que mi amigo tenía algún tipo de retraso mental, porque aquel código Morse era de lo más penoso del mundo, así que nunca pinchó la canción.

Hace tiempo volvimos de nuevo, esta vez con todos mis amigos. Después de un buen rato salimos a tomar el aire. Solo él y yo. El resto se quedó dentro. Nos sentamos en el bordillo de la acera de enfrente y, cuando pasaron cinco minutos, una chica se nos acercó diciendo que tenía el negocio del siglo. Sonreía intensamente y no parecía haber probado ni una puta gota de alcohol. Sus amigas se habían quedado apartadas, ellas también salían de Independance. Nosotros le dijimos que nos lo contara.

—Quiero abrir una tienda —nos dijo.

—Vaya puta mierda de negocio tan poco original, ¿no? —le respondió mi amigo. Pero ella no hizo caso y siguió.

—No será una tienda cualquiera, será «La tienda de las canciones de tu vida».

—Me sigue pareciendo una puta basura, el nombre es demasiado largo y cursi.

Ella lo volvió a ignorar y yo escuchaba atento.

—Tengo un don. Soy capaz de adivinar con diez preguntas la banda sonora de tu vida. La gente vendría y me pediría que les llenara sus reproductores de música con las canciones que marcan su vida hasta el momento y las que marcarán sus próximos pasos. Eso incluye todas las canciones que ya conocen, pero también las que desconocen, y al escucharlas se estremecerán por dentro y se romperán en mil pedazos de alegría o tristeza.

Yo le veía futuro. A mí la música me hace vivir más feliz y por eso pensaba que aquella locura podría tener éxito. Me empecé a interesar y a sospechar que realmente tenía ese don del que se enorgullecía, así que le pedí que nos hiciera una demostración y que le adivinara a mi amigo una canción de su banda sonora. Él me miró echándome una de esas ojeadas que hablan por sí mismas y que solo puedes traducir cuando conoces mucho a la persona que te la lanza. En este caso sus ojos dijeron: «Estás como una puta regadera hablando con esta jodida loca». La chica se sentó entre los dos. Estaba guapísima. Empezó con preguntas muy extrañas que no tenían nada que ver con la música. Anotó las respuestas en el iPad que sacó de su

bolso y se puso los auriculares durante un minuto. Después los quitó, dejando al descubierto al apartar su pelo castaño y liso sus pequeñas orejas. Me miró con una sonrisa provocativa, miró a mi amigo, se puso seria y dijo:

—«La cuadratura del círculo».

Su voz entró por nuestros tímpanos y se nos clavó en lo más profundo del corazón. Sin dudarlo, mi amigo dijo:

—Seremos los primeros inversores y socios de tu empresa.

Ella sonrió satisfecha y al despedirnos nos dimos un brutal abrazo jurándonos amistad eterna. Pudo decir otra canción, pero no lo hizo. Dijo la canción que meses atrás mi amigo pidió en Independance. En aquella ocasión no la escuchamos, pero aquel día, gracias a ella, sonó en nuestras cabezas y no pudimos pegar ojo en toda la noche.

...0000*

LAS BIBLIOTECAS Y LAS PERSONAS QUE LAS HABITAN

Estoy en esa fase en la que conozco a la gente de la biblioteca. No hablo con ellos, ni sé cómo cojones se llaman. No son mis amigos. Pero sé sus horarios, sé qué estudian y sé los sitios que prefieren para sentarse. Yo me suelo poner cerca de un ventanal, detrás de una chica que está allí cada mañana. A veces miro hacia ella y solo veo cómo su pelo liso y castaño cae más allá de su cintura. Ver eso me descoloca porque imagino que es una chica a la que conocí hace tiempo y que, desde el día que nos cruzamos, me enseñó a respirar a partir de sus latidos. Pero no es esa misma chica. Solo tiene el pelo muy parecido.

Odio a esas personas que van a estudiar y se pasan las horas cuchicheando o a los que salen a descansar y, cuando regresan, siguen cuchicheando. ¿No sería más fácil que se quedaran fuera diciendo en alto las gilipolleces que se están susurrando? Tampoco soporto a los que estudian escuchando música a todo volumen, porque en cuanto atisbo una melodía trato de adivinar cuál es y el ritmo de la batería se me queda grabado en el cerebro durante la siguiente media hora y ya no hay quien se concentre.

Voy a una biblioteca que es mi jodida perdición por dos razones: libros buenos y nuevos y discos buenos y nuevos. Con «buenos» me refiero a que tienen lo mejor de los mejores y con «nuevos» a que no están rotos, rayados, pintados, no huelen mal y tienen las últimas ediciones. Cuando voy a esa biblioteca a hacer cosas de provecho no me cunde una puta mierda. Imagínate, la sala de estudio está justo debajo de la de préstamos y en el techo hay ventanas que dejan ver las estanterías y a la gente que por allí anda buscando libros, discos o la última temporada de *Breaking Bad*. Creo que soy el único que, cuando está aprovechando el tiempo en cosas necesarias en esa maldita sala, siento en el cuerpo y en la cabeza el peso de la planta de arriba, el peso de todos esos libros y discos. Noto cómo los pensamientos de todos los escritores de la historia están sobre mi coronilla y me dicen que deje de perder el tiempo y suba a beber de sus palabras. También noto cómo los discos de mis artistas preferidos me murmuran con sus melodías: «Si subes, te prometemos estremecerte con cada nota de nuestras guitarras y de nuestras letras». Me resulta imposible resistirme a esas peticiones, así que dejo de hacer lo que estoy haciendo y subo.

Uno de los bibliotecarios quiere ser mi amigo. Es un calvo de unos treinta y tantos años. El primer día saqué un libro de Vila-Matas, otro de Bukowski, la biografía de Bernini y un documental sobre Bob Dylan, y parece que le enamoré en el sentido intelectual de la palabra. Es un tipo majo, pero ya me empieza a cansar tanta amabilidad. Cada vez que voy, parece que me está esperando. Me recibe tras el mostrador con una maldita sonrisa, me hace recomendaciones, me pregunta qué tal

mi vida y me echa discursos existenciales que me importan una puta mierda. Un día fui con una camiseta en la que sale el careto de Dylan. Pues bien, llego allí y antes de hacerle una consulta sobre un libro, noto como mira mi camiseta y me empieza a decir: «No hay nadie mejor que Dylan». Después de pronunciar Dylan empezó a hacer una demostración de sus grandes conocimientos de la historia de la música contemporánea sin que yo le preguntara. Creí morir. Por momentos me entraron ganas de decirle que cerrara esa puta boca. Pero no lo hice, en el fondo me cae bien.

A veces, cuando estoy llegando al mostrador y veo cómo me mira, me entran unas ganas terribles de decirle lo de aquel chiste malo: «¿Me puede dar un libro para hacer amistades, calvorota de mierda?». Pero nunca lo hago, es un tipo majo. Me río para mis adentros y pido a los dioses romanos que no me dé el coñazo. Es una gozada cruzarse con gente amable por el mundo, pero es un infierno encontrarse con gente excesivamente amable.

El otro día conocí a una chica. Era muy guapa. Se sentaba a mi lado y, al salir afuera para descansar un rato, se me presentó diciendo: «Soy la chica que está a tu derecha». Aquella forma de presentarse me gustó y rápidamente conectamos en una conversación adictiva. Cuando estábamos en el mejor momento de aquel descanso, apareció de repente el bibliotecario. Se nos acercó y dijo: «Voy a tomarme un cafelillo, las grandes mentes han de estar siempre despiertas» y se fue. Aquella frase nos hizo descojonarnos. La chica, riéndose de mí con dulzura, me preguntó: «¿Eres amigo del bibliotecario?». Con cierto miedo, le dije que sí, a lo que contestó: «Me gustan los tipos frikis como tú». No supe qué responder a aquello y volvimos a entrar a la sala de estudio. Desde entonces ya no veo a ese hombre como un simple bibliotecario. Lo veo como un jodido héroe que sabe de todo y además aparece en el momento menos esperado para echarte una mano y empujarte hacia la sonrisa de una bella universitaria.



LA PARÁBOLA DE PÁEZ

Hace años iba paseando por el centro de la ciudad cuando me encontré a un hombre sentado en un banco, en medio de la plaza, leyendo en voz muy alta el libro que sostenían sus manos finas y delicadas. Nadie estaba a su lado. El bullicio de gente que pasaba por allí lo miraba con ojos que rozaban el miedo y que tocaban los prejuicios. «Un loco», escuché que le decía una mujer a su marido refiriéndose al sujeto. No era un loco. Aquel hombre iba vestido con el chándal más patético del mundo. Me refiero a uno de esos de color azul que tira a morado con líneas blancas en los laterales. Lo llevaba al completo. Quizá si hubiera llevado solo el pantalón se podría haber salvado, pero la realidad es que también llevaba la chaqueta, del mismo color, con la cremallera cerrada hasta la garganta. Zapatillas negras Reebok Classic y unos calcetines blancos que agarraban los bajos del pantalón del chándal. Me acerqué a él y me senté. No era un mendigo, olía a una suave colonia que desprendía un olor intenso a limón mezclado con romero. Ese día interrumpí su singular lectura.

—¿Qué lees?

Su respuesta, sin despegar la mirada del libro, fue:

—*Hojas de Hierba*, de Whitman.

Luego siguió leyendo en voz alta. Y yo me quedé allí, con cara de gilipollas, sin abrir la boca durante tres minutos, hasta que me dijo:

—Has pasado el tiempo suficiente ahí sentado para saber que eres un tío raro como yo.

Me reí de aquello y, antes de poder responder, continuó.

—Me llamo Páez, tengo treinta y cinco años, soy poeta, vivo en Vallecas con mi madre y en media hora tengo que estar en casa para cenar con ella. Hoy tocan salchichas con huevos fritos y no pienso llegar tarde para comerme frío ese manjar. ¿Me acompañas?

Con esa carta de presentación no pude resistirme y me puse en marcha con él. Así conocí a Páez.

Nunca he sabido su nombre y nunca he querido saberlo. Cogimos el metro y fuimos a su barrio. Al entrar en el vagón se remangó la chaqueta dejando ver sus brazos totalmente grabados con tatuajes ya desgastados de símbolos indescifrables. Llevaba barba, era fuerte y su cara no era precisamente la del puto jorobado de Notre Dame, era más bien la de un actor de Hollywood, pero, a pesar de ello, sus pintas delataban que hacía años que no besaba a una chica, o quizá no lo hubiera hecho nunca en su vida. Hablamos de libros, escritores, música, comida y fracasados. Él juntaba todos esos elementos y se definía como un «lector de libros, que escribe cada día para nadie, mientras escucha música después de comer la comida de su madre, lo

que me convierte en un auténtico fracasado». Me repitió varias veces que toda la gente del barrio le odiaba porque se juntaba con los chavales que solían practicar *skate* y jugar al fútbol por allí. A pesar de que sus padres les habían advertido que se alejaran de él, ellos no hacían ni puto caso de las advertencias paternas. Unos se le acercaban para hablar y escuchar sus historietas y otros pocos, desgraciadamente, para reírse e insultarle.

Por aquel entonces yo solo tenía diecisiete años. La madre de Páez no estaba enferma ni nada de eso. No vivía con ella para cuidarla, lo hacía simplemente porque un día decidió convertirse en Páez y no tenía ni un solo ingreso para independizarse y vivir; vivir de verdad, como el noventa y cinco por ciento de las personas de su edad. Solo escribía en su casa y no tenía móvil. El día que nos conocimos intercambiamos nuestras direcciones para escribirnos y, cuando queríamos quedar, lo hacíamos de esta forma: «El mes que viene, jueves día veintidós a las cinco en la parada de Metro de Bilbao».

Así concertábamos nuestras quedadas. En sus cartas solo me escribía relatos. No me contaba su vida. Tan solo componía breves historietas que trataban de chicos duros, diferentes y estúpidos enamorados de chicas guapas, especiales y difíciles. Al final de sus cartas firmaba y fijaba la hora y el día para vernos. En nuestras quedadas yo apenas hablaba y más bien escuchaba toda su ideología, sus teorías, sus manías persecutorias y era testigo directo de los piropos que les echaba a las camareras de las cafeterías en las que él se tomaba un batido de chocolate blanco y yo una Coca-Cola. Me sacaba dieciocho años. Todo era muy patético visto desde fuera. Pues bien, allí estaba Páez, con su penoso chándal habitual, sus tatuajes, sus libros de los poemas de Rimbaud sobre la mesa y, el muy cabronazo, diciendo los piropos más bellos que he oído en mi vida, ligándose a toda mujer a la que se los ofrecía.

—La gente no tiene ni idea de lo que es el amor, tronco —me dijo un día (siempre se dirigía a mí como tronco, tío o macho)—. Tú serás como el resto del mundo, que cree saber lo que es el amor —continuó.

—Sé lo que es el amor —respondí.

Al escuchar aquello, absorbió con su pajita durante cinco segundos su batido de chocolate blanco, se rascó la barba y me dijo:

—Nunca seas tan idiota de creerte especial, de verte como una especie de hombre en peligro de extinción, irresistible para cualquier mujer por creer ser el único hombre capaz de amar como nadie lo ha hecho antes.

Ahora era yo el que me llevaba el vaso a la boca para tomar un trago de Coca-Cola porque no sabía qué cojones responderle a eso. Él siguió hablando como un energúmeno con el batido en la mano, sin posarlo en la mesa, moviéndolo de un lado a otro.

—La gente cree que sabe amar. Estoy harto de ver a chicos que tienen a su novia como una especie de muñequita con la que quedan si no tienen plan con sus amigos. Tampoco soporto a esa clase de tíos que cuando hay partido de fútbol ignoran

literalmente a sus novias o esposas y sueltan todas sus emociones frente a un puto televisor cuando la máxima emoción que expresan ante ellas es cuando les hacen un buen regalo. A mí alrededor solo veo a tíos que prefieren estar en un bar bebiendo cerveza hasta las tantas de la madrugada en vez de estar en sus casas haciéndoles el amor a sus mujeres hasta las tantas de la madrugada en cada metro cuadrado de sus viviendas.

Paró de hablar y, sin mirarme, volvió a beber un sorbo del batido y continuó.

—¿Sabes cómo hay que amar?

Esta vez no respondí y esperé a que siguiera.

—Hay que hacerlo como lo hacen los agricultores a sus huertos. Hay que despertarse cada día pronto y que tu primer pensamiento sea para ella. El agricultor al despertarse piensa en su huerto, en cómo habrá amanecido. Tú haz lo mismo, joder, levántate con ganas de ir a mimar ese humilde huerto que estás cultivando día a día con la persona que quieres. Él se presenta en el campo desde primera hora de la mañana y supervisa cada trocito de tierra para ver qué crece, qué no crece, qué se ha secado, qué se está pudriendo y a cada cosa de esas le busca una solución. En el amor pasa lo mismo, debes seguir regando lo que crece, pero sin pasarte, no querrás encharcar todo y joderlo, ¿verdad?

»Si hay algo que no crece entre vosotros, presta más atención, más ternura y más detalle para que no se eche a perder. Si algo se ha secado entre los dos, arranca de raíz todo aquello que ya no puede dar fruto, porque si se extiende dañará al resto... Y vuelve a sembrar. Destruye y quema las malas cosechas antes de que se propague una plaga entre vosotros. Y, si algo se está pudriendo, sé rápido y corta solo la parte putrefacta y realimenta lo bueno que queda, porque siempre quedan restos sanos y jamás deben ser despreciados. Habrá días en los que llueva y habrá que tener paciencia hasta que escampe, pero el agricultor no espera a que pare, sino que tiene el corazón y la mente puestos en su huerto. Haz tú lo mismo. Si la lluvia se ha cebado y hay inundaciones, solúcionalo cuanto antes. Tendrás días secos, de sol espléndido, de tormentas, rayos y putos truenos. Pero no te acojones. Resiste. Ama y suda por ello, como hace el agricultor, y no habrá nadie más feliz que vosotros en todo este mundo en el que el concepto del amor se ha convertido en el mayor prostíbulo de la historia, donde las putas y los chulos somos nosotros mismos.

Esa fue la parábola del agricultor. La parábola de Páez. También fue la última vez que lo vi. Después de aquello quedamos un treinta de noviembre, pero no apareció a la cita. Aquel día tenía ganas de contarle algo importante que me había sucedido y, después de estar una hora esperándolo, decidí ir a su casa. Allí me recibió su madre y, llorando, me dijo que había desaparecido. La policía llevaba dos semanas buscándolo. Desde entonces nunca más supe de él. No contestó a ninguna de mis cartas y volví varias veces a su casa sin ningún éxito, hasta que un día recibí una postal en la que decía:

Nunca he llegado a amar como un agricultor y tú jamás podrás llegar a hacerlo si sigues quedando y hablando con un fracasado como yo. Saludos desde un campo en un lugar del mundo donde todas las mañanas observo a los agricultores y escribo sobre ellos relatos que nadie leerá jamás. Páez.

Recuerdo la carta número veintidós que me envió Páez. Yo creo que es mi preferida porque no era la típica. Destaca porque en ella no trata el tema del amor como lo hacía habitualmente. Tenía pensado resumir el contenido de la misma, pero creo que lo mejor será que os la regale de forma íntegra, así que aquí la tenéis, tal y como yo la leí, sin mover una coma:

Toda mi vida he tenido un solo traje. El mismo traje que he utilizado para todo. Cuando tenía dieciocho años, murió mi padre. Un día, sobre las ocho de la mañana, se cayó de la cama a causa de un desmayo y entró en crisis respiratoria. Yo, que aún seguía dormido, me desperté con los gritos de mi madre y fui corriendo a la habitación. Allí estaba, tirado en el suelo. Ella lo había levantado hasta dejarlo sentado sobre el parqué de madera con la espalda apoyada en la cama mientras le gritaba cosas al oído para que no perdiera la consciencia. Pero el caso es que él no respondía, tenía los ojos cerrados y su respiración estaba totalmente descontrolada, haciendo unos movimientos bruscos que provocaban que su cuerpo se inflara y se desinflara.

Mi madre se fue a la cocina a llamar al 112 y yo me quedé con él. Mientras le hacía preguntas con el fin de que me respondiera algo, lo agarraba por uno de sus brazos para que no se cayera contra el suelo. Estaba verdaderamente acojonado pensando que se iba a quedar en el sitio. Así fue. No pasó ni un minuto desde que me quedé solo con él hasta que expiró. Vi cómo su cabeza se echaba hacia atrás, cómo abría la boca y escuché el ruido de su último aliento salir por su garganta. Parecía que su alma se hubiera escapado desde lo más profundo de sus tripas, por entre sus dientes, y se hubiera marchado de su cuerpo quedando así un recipiente inerte y vacío que no parecía mi padre. Llamé a mi madre, que en ese momento estaba dando los datos del domicilio al 112. Recuerdo perfectamente repetir varias veces a gritos mientras lloraba: «¡Se ha ido, mamá! ¡Ya se ha ido!». Y escuchar cómo mi madre soltó el teléfono, que se rompió contra el suelo, y verla entrar en el cuarto para abrazar el cuerpo de mi padre. Yo por aquel entonces ya solo usaba chándal. Me parecía una prenda cómoda y que me daba una imagen de persona rara que no quiere ser amigo de todos esos tíos que invierten más tiempo en vestirse, depilarse y ponerse más colonia que cualquier mujer del mundo. La verdad es que a mi madre le disgustaba que llevara esas pintas, pero me negaba a pertenecer a ese asqueroso club de hombres que se preocupan mucho por su apariencia externa y luego por dentro resultan ser los tíos más patéticos que haya concebido el mundo.

El día que murió mi padre, después de que se llevaran su cuerpo al tanatorio, mi madre aprovechó para ir a una tienda del centro y me compró un traje, una corbata, una camisa y un juego de gemelos. Si por mí hubiera sido, habría ido al tanatorio y al entierro en chándal, pero mi madre apareció en mi casa antes de velar el cuerpo explicándome que toda mi familia iría bien arreglada y que su hijo no podía ser el tonto de los Páez López que asistiera de forma distinta al resto. La verdad es que eso me daba igual. Me convenció cuando me dijo que a mi padre le gustaría verme en traje. Cosa que, por otro lado, no me terminaba de crear. Mi padre ya estaba muerto y estoy seguro de que le hubiera dado igual verme con un bañador que con un traje de Massimo Dutti el día de su despedida definitiva.

Aquella vez fue la primera de muchas veces que me puse el único traje que he tenido en toda mi vida. A partir de ahí lo empecé a utilizar para cualquier ocasión en la que se me exigía llevarlo. Me lo tuve que poner para asistir a todas las bodas de mis primos, incluso en la de ese que me caía tan mal, el que todos pensaban que iba a ser soltero de por vida, ese del que algunos miembros de mi familia siempre decían al hablar conmigo: «¿El primo Javi? Ese va a ser como tú. Se le va a pasar el arroz». A mí la verdad es que no me hacían ni puta gracia aquellos comentarios, pero al final todos se equivocaron. El gilipollas de Javi se casó con una chica adinerada que era tan idiota como él o incluso más.

Pero no solo ha sido en bodas donde he llevado mi único traje. También lo he usado para el entierro de mis cuatro abuelos, para ir un día a hacer la compra a Mercadona, para jugar a la máquina tragaperras del bar de al lado de casa y, sobre todo, para hacer entrevistas de trabajo. En todas ellas me plantaba allí con mi traje oscuro, azul marino tirando a negro por definirlo de alguna manera, camisa azul clara con rayas verticales blancas y los gemelos de plata falsa coronados por unos pequeños cuadraditos de color celeste como si fueran azulejos árabes. Todas fueron un puto desastre por dos razones: la primera era que realmente yo no quería trabajar y prefería seguir viviendo con mi madre y escribiendo durante todo el día, y la segunda, que en la sexta entrevista que hice, el inepto del entrevistador me dijo: «¿No te has dado cuenta de que en la foto de tu currículum sales con el mismo traje?». Eso fue un golpe bajo, pero aun así supe reponerme y le conté la historia de mi traje; la misma que te

estoy contando ahora. Y cuando terminé de hacerlo me dijo que no pensaba contratar a un tarado que llevaba el mismo traje desde hacía nueve años. Yo ni siquiera sabía los años que tenía el traje porque nunca me había parado a pensarlo y, sin embargo, el capullo ese hizo la cuenta en un segundo para ridiculizarme. Aunque quizá aquel capullo fue el único que se atrevió a decírmelo, mientras que el resto se fijaron, lo pensaron, no se atrevieron a decirme nada y me hicieron perder mi valioso tiempo.

A la semana siguiente me llamaron para otra entrevista (la última que hice en mi vida) y decidí ir en chándal. Era en una empresa de recursos humanos muy importante del barrio de Salamanca. Fui así porque quería que me echaran en cuanto me vieran entrar en la oficina. Ya estaba harto de tanta entrevista. Cuando llegué la gente me miraba raro y esbozaba sonrisas. Se reían de mí, vaya. Los hombres iban trajeados a la perfección y las mujeres, con esos vestidos y faldas de tubo propicias para ir a trabajar al lugar más exquisito de la ciudad. Cuando entré al despacho del director de Recursos Humanos resultó que aquel hombre iba en chándal, y al verlo me empecé a reír y me convencí de que saldría contratado de allí. Pero en cuanto mi carcajada se disparó, el tío me dijo: «No sé quién coño te crees para ir vestido como el director de Recursos Humanos de esta puta empresa. Fuera. No quiero saber nada de ti». Así que me fui de allí contento porque me echaron, tal y como quería, pero también me fui dolido porque me había echado un tío con un chándal más feo que el mío.

Nos vemos el cinco de mayo a las seis y media en la salida de metro de Bilbao, junto al Café Comercial. No llegues tarde, que últimamente me pican los tatuajes de esperarte. Páez.

P. D: La última vez que he usado traje ha sido para escribirte esta carta. Pensé que era un momento importante como para ponérmelo de nuevo.



II. MUERTE Y ETERNIDAD



«Quizás lo encontremos al morir. Quizás no. Tenéis vuestros libros de filosofía, vuestros sacerdotes, vuestro predicador, vuestro científico. Así que no me preguntéis a mí».

CHARLES BUKOWSKI

HOMENAJE A LOS QUE HABLAN SOLOS (ABSENTA)

Se llama loco a todo aquel que se sale del comportamiento humano común. Es raro el que no hace lo que se debería hacer o como se debería hacer. Es normal la persona que actúa como la mayoría. Está bien lo que la colectividad decide que es bueno. Está de moda cuando todo el mundo lo hace y todo el mundo lo hace porque lo hace todo el mundo. Todo el mundo lo hace y así lo importante es que lo haga todo el mundo aunque lo que se esté haciendo sea una estupidez. Los actos, las formas de vida, los ideales que están respaldados por la mayoría, son los que hay que cuidar, adoptar y tener. Ausencia de pensamiento. Tenemos miedo a la muerte, a ser manjar para gusanos. ¿Y si la vida es la muerte, y la muerte es la vida?

—Pero mira que dices tonterías, no estás bien.

—No me entiendes, no estoy diciendo que estemos muertos, solo estoy diciendo que cuando muramos no estaremos muertos.

—Tú estás loco, joder, que tío más raro, eres gilipollas.

—Soy loco, raro y anormal, ¿qué pasa? Ofréceme algo que valga la pena y estaremos en la misma dimensión.

—Bueno, mira, déjame en paz, no me des más el coñazo. Además, tengo que irme, me han regalado un disco y pienso escucharlo durante todo el día hasta rayarlo.

•••••

EL TUERTO

Cuando era pequeño, el mes de julio lo pasaba en un pueblo de Castilla La Mancha donde vivieron mis abuelos paternos gran parte de su vida. Era llegar allí con mis hermanos mayores y volvernos salvajes. Para nosotros, unos chicos de ciudad, vivir en un pueblo durante un mes, en medio del campo, rodeados únicamente por viñas y más viñas para hacer todo tipo de vinos, era una verdadera aventura. En verano se alcanzaban los diez mil habitantes y no recuerdo cómo, pero me hice amigo de un grupo de chavales que habían nacido allí y allí vivían durante todo el año. Para mí era increíble pensar que ellos podían vivir en el pueblo y para ellos era brutal imaginar que yo pudiera vivir en la ciudad.

Me pasaba prácticamente todo el día en bañador, camiseta y zapatillas. Los chavales utilizaban bicicletas para moverse por las calles y mi medio de transporte era una vieja BH roja. Por las mañanas solía despertarme pronto, me subía en la bici y me iba a comprar churros y porras al mercado para llevarlos a casa y desayunar con mi familia. Luego iba al bar que estaba junto a la plaza y compraba el periódico para mi padre. La gente se me quedaba mirando con hostilidad cuando pasaba; para ellos era un forastero desconocido. Cuando entraba en alguna tienda de comestibles, mientras esperaba mi turno, una media de tres viejas en menos de cinco minutos me preguntaban: «¿Y tú de quién eres?». Ante esa pregunta (que tanto odiaba) tenía dos opciones: decir el nombre de mi padre y que no me reconocieran —y conseguir que siguieran haciéndome otros dos millones de preguntas—, o decir el mote familiar, ya que en los pueblos es costumbre reconocer a las estirpes con apodos odiosos referidos a defectos físicos de antepasados o a los oficios familiares, ya desfasados en la mayoría de los casos. Mi padre nos había enseñado a huir de ambas opciones respondiendo con un «Soy de mi padre y de mi madre», y a tomar por culo.

Para los amigos que tenía en el pueblo, yo era la novedad. Internet aún no había llegado a esos lugares, ni si quiera era normal tenerlo en las grandes ciudades. Para ellos el mundo era un lugar desconocido. Me venían a recoger a casa, llamaban al timbre y allí me los encontraba con sus bicicletas esperando que saliera. Solíamos atravesar el lugar dando vueltas sin ningún rumbo mientras me pedían que les hablara de cómo era la ciudad y qué hacía la gente en un sitio tan grande. Eran preguntas para ellos muy claras y para mí terriblemente extrañas, que incluso me costaba responder. Éramos un grupo de ocho chicos de alrededor de doce años en un pueblo sin nada divertido y básicamente nos dedicábamos a hacer el burro. Antes de que anocheciera cruzábamos el pueblo hasta llegar a las viñas, donde atravesábamos el río por el viejo puente romano, ya casi en ruinas, hasta llegar a un caserío deshabitado desde el siglo pasado. Jugábamos a romper sus cristales con nuestros tirachinas y poníamos

petardos. Uno de los chavales tenía enterrada una escopeta de cartuchos que había comprado hacía un año sin consentimiento de sus padres y que había decidido esconder cerca de la parte de atrás de aquella gigantesca casa. No se la dejaba a nadie. La sacaba de un agujero y se dedicaba a disparar a las tres chimeneas que aún se elevaban sobre el tejado.

Cerca de allí, al resguardo de un pequeño monte, estaba la cueva del Tuerto. Solo sabíamos de él lo que nos habían contado los viejos del pueblo. El Tuerto era un hombre sin familia que había estudiado Filosofía en Barcelona y gozaba del respeto de los principales círculos filosóficos de la ciudad, dando clases en la universidad y conferencias en sitios importantes. Acabó allí porque un buen día, una de las pocas maestras del pueblo por aquel entonces, Isabel Nosequé, joven inteligente de familia adinerada, se fue junto a su hermana a visitar Barcelona, donde casualmente conoció al Tuerto, que en aquel momento era aún conocido por su nombre de nacimiento: Alejo Barrat. Se enamoraron rápidamente y, meses después, Alejo decidió renunciar a todo para irse a vivir al pueblo, donde gestionaría una de las bodegas de la familia de Isabel. Se casaron en la vieja ermita de la Virgen de los Nubarrones, así es como la llamaban todos los oriundos de forma coloquial; en realidad se llamaba Nuestra Señora de las Alturas. El Tuerto odiaba trabajar las viñas con todas sus fuerzas. Le gustaba el vino, pero no le gustaba hacer todas las putas cuentas para controlar los precios, y el largo y tedioso etcétera necesario para gestionar de forma eficiente la bodega de la familia de su mujer. Aun así, se esforzaba cada día y siempre puso todo su empeño en aquello porque amaba a Isabel. Solo por eso. Él lo que de verdad quería era seguir filosofando, dando conferencias en salas repletas de gente y no estar recluido en la oscuridad de una bodega, entre gigantes tinajas y suelos mojados.

Un año después de la boda, Isabel murió. Una mañana, cuando el Tuerto se despertó y se incorporó para besarle la cara, notó su carne congelada y vio cómo su piel morena estaba completamente pálida. En tan solo un minuto descubrió que se había muerto. Jamás se supo la razón del fallecimiento. Después del entierro, esa misma noche, se fue a la bodega y se emborrachó como nunca en su vida. Había un sótano donde guardaban de todo, y entre tantas cosas tenían una habitación reservada para el material de caza que usaba la familia cuando se reunía para ir de montería. Allí bajó, abrió sus portones a duras penas y fue dando tumbos hasta llegar a la habitación, donde cogió una escopeta y, apuntándose a la cara, se disparó. Iba tan borracho que no se dio cuenta de que había cogido una escopeta de perdigones que se utilizaba para cazar pequeños pajarillos. El perdigón atravesó su ojo izquierdo. Se desangró, pero tuvo la fortuna de que un vecino escuchara sus gritos y lo llevara al hospital del pueblo de al lado, que era mucho más grande y tenía unas urgencias sorprendentemente desarrolladas para aquella época. Se salvó, pero se quedó tuerto. Por la trayectoria del perdigón y la distancia, no perdió la vida.

Una vez recuperado, sin decir nada a la familia de Isabel, se fue con su coche y algunas cosas esenciales que cargó en el maletero y se recluyó en aquella gruta.

Durante los tres primeros años trataron de hacerlo volver, pero jamás lo consiguieron. Nunca nos atrevíamos a acercarnos a la cueva. Desde el caserío siempre solíamos ver cómo salía humo, y aquello nos gustaba porque éramos conscientes de que el Tuerto no era un simple cuento para acojonar a los niños del pueblo. Nos gustaba sentir cómo se alimentaba el misterio de una historia de la que nunca se sabría a ciencia cierta qué parte era verdad y qué parte era mentira. El hecho de ver el humo deshaciéndose en el cielo nos hacía sentir parte de aquella historia del pueblo.

Una tarde, cuando llegamos al caserío y nos pusimos a hacer las burradas de siempre, Ángel Luis empezó a cagarse en todo al descubrir que su escopeta no estaba en el escondite. Se encaró con todos nosotros mientras nos acusaba enfurecido de que se la habíamos robado. De pronto, en pleno griterío, el sonido de un disparo sonó en todo el campo y una bandada de pájaros cruzó el cielo. El ruido venía de la cueva del Tuerto. Sin dudarlo pero con mucho miedo, fuimos corriendo hacia allí con mucha cautela, mirando siempre hacia atrás por si alguien nos sorprendía. Veíamos asustados cómo nos alejábamos de la vieja casa, nuestra imaginaria frontera de seguridad que nos separaba del temido Tuerto.

La cueva estaba en un terreno muy irregular y nos escondimos detrás de otro montículo desde donde veíamos la entrada. No había movimiento alguno, así que, después de discutirlo durante diez minutos, decidimos adentrarnos. Lo primero que vimos fue el coche del Tuerto del que nos habían hablado, un viejo Mercedes destartado con la pintura totalmente levantada. Entramos en la cueva. El Tuerto la había adecentado como una pequeña casa. Tenía tres huecos, uno de ellos que podía ser su habitación, donde tenía muchas mantas y un colchón repleto de agujeros y muelles. Otro parecía el salón, donde había hecho sillas, una mesa y varias estanterías con ramas y troncos de árboles. Los estantes estaban repletos de libros. El último hueco era una improvisada cocina, donde había construido una pequeña estufa con un tubo que salía a la superficie como si de un moderno extractor de humos se tratara. Allí nos encontramos al Tuerto. Tendido, con la escopeta de Ángel Luis en la mano, con un cartucho en el suelo, la cabeza abierta y todo manchado de sangre. Era el primer muerto que mis ojos veían y mi mente aún lo sigue recordando. Sin decir nada, nos fuimos de allí con una profunda sensación de tristeza; pero antes de salir, al pasar por la habitación de los libros, vi una figura de madera colgada en la pared. Parecía un extraño ídolo con ojos y boca misteriosa que supuse que había sido tallado por el propio Tuerto. Un impulso extraño salió de mí, arranqué la figura de la pared y me la guardé en el bolsillo del bañador. Nos fuimos corriendo a por las bicicletas que habíamos dejado tiradas en el caserío y, dando pedales con las piernas temblorosas, llegamos al pueblo y se lo contamos al policía que vivía al lado de mi casa.

Aún conservo aquella figura. Ahora cubre la pared de mi escritorio y sigo sin saber qué significa, sigo preguntándome si era un ídolo, un dios o un compañero. Cuando la miro, recuerdo aquel verano y a veces me quedo atontado mirando sus penetrantes y profundos ojos, pensando que quizá trató de esculpir la mirada de

Isabel en aquel tosco trozo de madera.

De lo que sucedió después de contarle la noticia al policía, nos ocultaron todo salvo la brutal paliza que se llevó Ángel Luis por parte de su padre cuando se descubrió que la escopeta era suya. Lo único que supimos, además, fue que el Tuerto acabó siendo enterrado en la misma tumba que Isabel y, durante varios años, todos los veranos, arrancamos las flores que encontrábamos en el campo de camino al cementerio y se las dejábamos junto al epitafio de la tumba, que decía: «Mis ojos llevaban tiempo esperando a estar con el tuyo».

...0000*

UN CUENTO EN MEMORIA DE SMOKE

No me considero una persona tétrica ni tengo la sangre fría, pero reconozco que los cementerios y los tanatorios me atraen. En realidad lo que me atrae es el misterio de la muerte, que, como decía un escritor, es el acto más vital de las personas. Si fuéramos inmortales, no seríamos capaces de asimilar todas las alegrías y golpes que nos trae la vida. No seríamos capaces de vivir, con todo lo bueno y lo malo, una eternidad, pero lo cierto es que el Hombre se aferra a la vida y trata de ser inmortal mientras la muerte no le alcanza. He visitado todos los cementerios de la ciudad porque he tenido que ir a entierros, y además porque voluntariamente he querido pasear entre gente buena y mala que ahora son nadie y nada.

En un cementerio se concentra la tranquilidad más absoluta y me gusta ir allí a consumirme en ella y a recordar que la muerte es un aliciente para aprovechar cada momento de la mejor forma posible y no echar a perder nuestra vida por vivirla de manera inadecuada.

Los tanatorios son otra cosa. Es otro asunto. Siempre he pensado que parecen jodidos hoteles de tres estrellas, pero también me recuerdan especialmente a los aeropuertos. ¿Por qué? Suelos de piedra brillantes como espejos, televisiones gigantes de las que anuncian los vuelos con el número de las terminales anunciando los muertos con el número de sus capillas ardientes. Quizá lo hacen para que la gente piense que de allí se van directos a un mundo mejor y desconocido para los vivos, como cuando uno coge un avión. También me recuerdan a los aeropuertos por aquello de que siempre están repletos de gente, gente que se abraza, que llora, que se ríe o que está esperando algo y le toca los cojones.

Os contaré un secreto: Hace dos años se murió mi primo y, claro, fuimos al aeropuerto, quiero decir al tanatorio. Después de saludar a toda la familia, ver el cuerpo frío, seco y maquillado, ya no había mucho más que hacer salvo estar allí, sin más; porque cuando uno se muere, lo único que hay que hacer es ser visible para que los que más lo sufren se sientan arropados. Era la una de la madrugada y, después de comer un sándwich de una puta máquina expendedora, me alejé de mi familia diciendo que tenía que ir al baño. Mentira. Me fui a dar una vuelta por el tanatorio. La noche era fría y lluviosa y eso impedía que pudiera salir fuera a respirar aire vivo, así que la mejor opción era estar dentro, al amparo del ardor de las familias, de sus lágrimas y del calor de los muertos. En pocos segundos se me ocurrió una idea. La noche iba a ser larga y me negaba a dormir en un maldito sofá de esos que están en los pasillos por donde la gente no deja de pasar en todo momento. Decidí que visitaría absolutamente todas las salas, todas las habitaciones, todas las capillas ardientes o como quieran llamarlas. Aquel tanatorio tenía veintiocho salas y solo

había visto la número dos, en la que estaba mi primo, así que tenía que ponerme manos a la obra. Bajé a la entrada principal y empecé por la sala número uno. Decidí que haría el papel de pariente lejano. Me inventaría cualquier cosa cuando me preguntaran los familiares de cada difunto. Era tarde y supuse que me encontraría con poca gente. En la gran mayoría de las estancias todos me miraron raro, con una mezcla de odio, asco y agradecimiento en sus ojos, y en todas ellas hacía lo mismo: les daba la mano y velaba al muerto durante diez minutos. Ni uno más ni uno menos. Después me despedía de los presentes y me iba a la habitación colindante. Nada especial sucedió en ninguna, salvo en la veintidós.

Al entrar me encontré con un matrimonio sentado en un sofá. Estaban solos. Al instante me di cuenta de que eran ciegos. Me quedé bloqueado y, al dar un paso hacia atrás, escucharon el sonido de mis zapatos. Se levantaron y la señora dijo:

—Justo le estaba diciendo a tu padre que vendrías a pesar de que llevemos años enfadados.

A lo que el hombre replicó:

—Y yo le estaba recordando que eres tan idiota que no serías capaz ni de venir a despedirte por última vez de tu hermano.

La señora abrió los brazos como esperando a que fuera a su regazo para abrazarme y en ese momento pensé: «¿Qué cojones hago ahora?». Pero fue sencillo. Parecía que algo se había apoderado de mi puto cuerpo y de mi cerebro y me dirigí hacia ella y la abracé mientras decía:

—Soy idiota, pero no tan gilipollas para no venir a despedirme y volver a veros después de tanto tiempo.

Me cago en la puta. No entendía por qué estaba haciendo aquello. Lo que sí que entendí era que sabían perfectamente que yo no era su hijo, pero desde el primer momento quisieron fingir que sí y se empeñaron en hacer lo más real posible aquel encuentro que esperaban y que nunca llegó. Velé el cuerpo diez minutos y volví a la salita conjunta de la del sofá donde estaban ellos. Me hicieron mil preguntas sobre cómo me iba la vida y yo, sobre la marcha, me lo inventé todo. Un relato que pareciera bonito para ellos, unos sucesos inesperados que me convirtieran en un hombre bueno y con éxito. Lo hice porque supuse que eso es lo que quieren y esperan los padres de sus putos hijos. Ellos reían, estaban felices, se sentían orgullosos, me daban la enhorabuena, me besaban y mi supuesto padre me premiaba con collejas. Finalmente, me fui. Me puse a llorar como nunca antes en mi vida y nos despedimos entre lágrimas los tres. Ha sido la única obra de teatro en la que he actuado y desde aquello decidí bajarme de los escenarios.



FUEGOS FATUOS

El verano que aprobé Selectividad no me fui de juerga como suele hacer todo el mundo (a Mallorca o algún otro destino de ese tipo para beber más de la cuenta, dormir poco y comer a la hora en que uno se despierta, cosa que no me parece mal, dicho sea de paso). Decidí irme de voluntario a Eslovaquia, a uno de sus pueblos perdidos, cuyo nombre ya he olvidado. Fuimos un grupo de unos diez amigos con una actividad que organizaba el colegio para ayudar en diversos aspectos a un pueblo que estaba realmente jodido. Antes de eso, la verdad es que nos dimos un pequeño homenaje haciendo turismo. Visitamos durante unos días Viena, luego Budapest y finalmente cogimos un tren que nos llevó a Bratislava, donde cogimos otro que en tres horas nos dejó en un lugar desconocido. Después tuvimos que recorrer a pie diez kilómetros para llegar al pueblo en cuestión. Era verano y, aun así, llovía con frecuencia cuando hicimos aquella caminata que nos dejó con los pies destrozados y llenos de barro.

Al llegar, nos esperaba Dusan, un joven de alrededor de veinticinco años que llevaba tiempo trabajando en una ONG dedicada a solucionar problemas que afectaban a la vida cotidiana de los habitantes de pueblos eslovacos. Él atendía a los voluntarios españoles debido a su manejo casi perfecto del idioma. Llegamos cuando anocheceía y fuimos el último grupo de voluntarios en hacerlo. Ya había alrededor de cincuenta personas de todo el mundo que habían ido hasta allí a lo mismo que nosotros. La cena estaba preparada en el enorme vestíbulo del teatro abandonado donde íbamos a vivir durante dos semanas. La corriente eléctrica funcionaba a la perfección, pero no había ningún tipo de calefacción y, a pesar de que era verano, hacía frío. Ni siquiera tenían radiadores y las paredes estaban que se caían. Según nos contó Dusan, el teatro había sido construido por un rico pensando que en aquel pueblo podría tener éxito, ya que contaba con más de diez mil habitantes, pero lo cierto es que nunca se llegó a estrenar ninguna obra y el hombre lo abandonó por completo. El vestíbulo servía como cocina-comedor y el menú era siempre el mismo: purés y sopas de sabor asqueroso y, de segundo, un buen plato de arroz. Los domingos había pollo, como si fuera un lujo, y nos ponían Kofola, que era el equivalente a la Coca-Cola de allí y que, por supuesto, estaba asquerosa.

Dormimos en las tripas del teatro. Allí nos juntamos todos los voluntarios y a los más suertudos les tocó el escenario, donde el suelo era de madera y aislaba un poco (solo un poco) el frío. A nosotros nos tocó el mármol de la platea, tan helado que ni las esterillas eran capaces de paliar su gélido roce. Al día siguiente nos despertamos a las ocho, desayunamos y se hizo el reparto del trabajo. Nuestro guía era Dusan, ya que nosotros éramos los únicos españoles. Nuestra labor era construir un camino de

asfalto que saliera de la carretera principal, ya alquitranada, hasta el cementerio del pueblo. La tarea nos gustó, nos pareció una buena forma de ayudar a la gente de allí, ya que Dusan nos había explicado que eran profundamente espirituales y hasta el más ateo quería descansar en paz dentro de un nicho. De hecho, nos explicó que Dusan, su nombre, significaba «alma» o «espíritu». También nos contó que, un día de lluvia, la comitiva funeraria iba caminando por la carretera principal asfaltada y, cuando tuvo que desviarse por el pequeño camino de tierra hacia el cementerio, todo estaba ya encharcado y lleno de barro. A pesar de ello, continuaron hacia el camposanto porque no había otro camino alternativo para llegar hasta él. A los pocos metros se les cayó el ataúd a los que lo portaban en los hombros y, al ser de mala madera, hecho por un familiar la noche anterior con unas cuantas planchas de forma rectangular, se desquebrajó y el cuerpo del muerto impactó contra el barro. Todos los que seguían a la comitiva, que por lo visto eran unas quince personas, dejaron allí mismo el ataúd roto y levantaron al muerto con sus manos hasta dejarlo en el hueco de la tumba. Aquella historia nos conmovió.

Fuimos al camino, que estaba rodeado de hierba y flores, pero lleno de tierra, baches y pedruscos por el centro, debido a todas las pisadas que pasaban por allí cada año desde hacía ya unos siglos. Allí conocimos a nuestros jefes de obra. El primero era un cura católico que nos presentaron como Edo, que medía casi dos metros y era un verdadero armario empotrado; totalmente musculado, con ojos claros y pelo liso eléctrico de color rubio. Tendría unos cuarenta años y, además de dar misa por las mañanas para las cuatro viejas de turno, se dedicaba a arreglar todo lo que podía en el pueblo; por eso tenía aquel aspecto de forzado. No llevaba sotana ni nada de eso, solo una camisa negra con el cuello blanco típico de cura, pero abierto, unas bermudas negras y zapatillas grises al estilo New Balance pero de marca nisuputamadre. Nuestro otro jefe se llamaba Dalibor y era un carpintero del pueblo. Un hombre profundamente ateo. Tendría unos cincuenta años y también pelo rubio, pero muy rizado. Era bajito y fuerte. El polo opuesto al padre Edo, pero, a pesar de sus diferencias ideológicas y religiosas, tenían una amistad irrompible; y eso que se habían conocido solo un par de años atrás, cuando Dalibor decidió empezar a colaborar con la ONG de Dusan.

En el pueblo solo había una parroquia católica, pero también había un templo de calvinistas, otro de evangélicos y el de los ortodoxos. Era increíble ver cómo en un puto pueblo perdido en el mundo convivían cuatro religiones y todos sus habitantes acababan enterrados en el mismo cementerio, aunque en zonas estrictamente separadas. Incluso los ateos tenían una zona particular.

El trabajo era bien sencillo, pero muy duro. El padre Edo y Dalibor habían construido el diez por ciento de la carretera asfaltada para que nos sirviera de ejemplo. Ambos nos explicaron el proceso. Dusan nos traducía simultáneamente. De cuando en cuando dejaban de explicar y se ponían a discutir entre ellos y, cuando lo hacían, Dusan no nos traducía. Primero teníamos que cavar huecos con unas medidas

exactas para que encajaran las piedras rectangulares de dos metros y medio de largo y veinte centímetros de ancho que el padre Edo y Dalibor habían traído de la estación de trenes abandonada y que ahora estaban allí amontonadas. Pesaban mucho, las teníamos que cargar entre varios y, para divertirnos, jugábamos a ver si podíamos levantar una entre los menos posibles, ya que Edo y Dalibor eran capaces de trasladarlas juntas. Nuestro récord fue mover una entre tres personas. Lo normal era cargarlas de dos en dos entre siete personas (y sufriendo) con unos mosquetones que iban agarrados a unos palos de aluminio que utilizábamos para levantarlas. Se ponían una al lado de otra hasta conseguir un ancho en el que cabía un coche. Después asfaltaríamos de forma muy rudimentaria aquel camino para despedir a los muertos que medía aproximadamente unos cien metros.

Había veces que Dalibor o el padre Edo nos corregían cuando lo hacíamos mal y nos indicaban con gestos, sin necesitar la traducción de Dusan. El último día de trabajo solo apareció el padre Edo. Estábamos terminando de asfaltar la carretera. Al final de la tarde llegó Dalibor y le dijo algo llorando a Edo. Dusan puso cara de que había sucedido alguna desgracia, pero no nos dijo nada. Después, llorando, Dalibor empezó a decir unas palabras que se me quedaron grabadas. Era una frase entre lágrimas, llena de rabia. «Seriem na boha», decía. «Seriem na boha», repetía una y otra vez. Y todos los que estábamos allí nos dimos cuenta y le preguntamos a Dusan qué significaba aquello. Dusan, que era evangélico, movió la cabeza de un lado a otro en señal de lamento y al final nos dijo: «Se ha muerto el hermano de Dalibor y, traducido literalmente, está diciendo “A la mierda Dios”, que en español se diría...». Dudó un momento y miró hacia arriba como haciendo un esfuerzo terrible para encontrar la expresión adecuada, hasta que un amigo dijo en alto: «Dalibor se está cagando en Dios». Dusan asintió con la cabeza y nosotros, al descubrir el significado, espontáneamente miramos cuál era la reacción del padre Edo que, muy serio le pasaba el brazo por la espalda y lo apretaba contra su pecho mientras Dusan lloraba sobre su camisa negra. Dalibor y su hermano vivían juntos, y el carpintero cuidaba de él desde siempre debido a que sufría una grave enfermedad degenerativa que terminó acabando con su vida en aquel preciso momento. Ambos solteros, sin más hermanos y con sus padres ya muertos, no tenían a nadie. Su hermano (no recuerdo el nombre) también era ateo, pero Dalibor le pidió al padre Edo que oficiara la ceremonia, eso sí, enterrándolo en la tumba de sus padres, situada en la zona de la gente que no profesaba ninguna religión. Además nos pidió entre lágrimas, mientras traducía Dusan, que quería que todos los que habíamos ayudado en la construcción de la carretera lo ayudáramos a llevar el ataúd. Por supuesto, aceptamos.

Estaba previsto llevar el ataúd al final del día siguiente, antes de que anocheciera, con la esperanza de que el asfalto se hubiera secado, y se logró porque no llovió en toda la noche ni durante el día. Sobre las seis de la tarde sacamos el féretro de la casa de Dalibor, donde se improvisó una capilla ardiente para que fueran a visitarlo. Solo se pasaron por allí los voluntarios, que iban llegando como con cuentagotas para

cubrir todas las horas hasta el atardecer y no dejar solo a Dalibor en compañía del cadáver frío de su hermano, que ya empezaba a oler. Atravesamos todo el pueblo, cogimos la carretera y, después de media hora de recorrido, llegamos al camino que habíamos hecho, donde nos esperaban todos los voluntarios y algún que otro viejo curioso que se había enterado de la noticia. Cada uno cargaba de una forma el ataúd: unos en el hombro, y los que ya no podían agarrarlo por ningún sitio lo iban sujetando por los lados para evitar que se cayera. Dalibor era el primero de todos y lo llevaba sobre su hombro derecho. Cruzamos nuestro camino pisándolo con fuerza. Sintiendo cada paso. Sabiendo lo afortunados que éramos porque el azar había tenido el capricho de que fuéramos los primeros en atravesarlo para enterrar a un habitante de aquel pueblo. Al entrar al cementerio fuimos a la tumba de sus padres, que ya estaba abierta. Cinco de nosotros bajamos con cuerdas el ataúd después de que Dalibor lo besara. El padre Edo, esta vez revestido con sotana, comenzó a rezar en alto oraciones en latín y no había pasado más de un minuto cuando empezó a diluviar. La mayoría de los voluntarios se fueron corriendo para resguardarse de la lluvia y solamente nos quedamos allí el padre Edo (que seguía con sus oraciones), Dalibor, Dusan y algunos de nosotros. Cuando Edo terminó, hizo un gesto con la mano señalando las palas y tres de mis amigos comenzaron a echar tierra sobre el ataúd mientras el padre se santiguaba y decía: «Requiscat in pace».

Y allí nos quedamos, calándonos hasta los huesos, en silencio, mientras escuchábamos cómo la lluvia chocaba contra la tierra y las tumbas, presenciando por primera y única vez en mi vida los fuegos fatuos. En medio de aquello, Dalibor rompió a llorar y, mientras lo tratábamos de consolar con nuestros abrazos, Edo empezó a entonar el Sanctus con una solemnidad perfecta, con una voz tan delicada y fuerte que jamás habríamos podido adivinar su procedencia si no lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos.

Aquel canto gregoriano nos hizo convertirnos en agua, en muerte y en vida. Al salir del cementerio, nuestro camino ya se había ido a tomar por culo. La lluvia lo estaba destrozando por completo y, sin decirnos nada, volvimos a cruzarlo, pisándolo con más fuerza que antes mientras notábamos que los pies se nos hundían sobre aquel asfalto que se iba diluyendo. Y volvimos a sentirnos afortunados porque el azar decidiera de nuevo tener el capricho de destruir nuestra obra justo después de haberla estrenado. A la mañana siguiente volvíamos a Viena para coger un avión y regresar a casa. Recuerdo que, cuando nos fuimos al autobús que nos llevaba a la ciudad, miramos a través de la ventana y allí estaban Dalibor y el padre Edo, que nos habían acompañado para despedirse de nosotros. Cuando el bus arrancó y se puso en marcha, recuerdo que Edo alzó su mano para bendecirnos e hizo hacia nosotros la señal de la cruz; su mano fue de arriba abajo y de izquierda a derecha. A su lado estaba Dalibor, el profundo ateo y mejor amigo del cura. Mientras el padre Edo hacía eso, Dalibor nos bendijo también a su manera. Alzó su mano derecha con los dedos en forma de uve y al bajarla alzó su puño izquierdo hacia el cielo.

ALGUIEN HA ENTRADO

Había alquilado con mis amigos una casa al lado de la playa para sobrevivir al Arenal Sound. Ya llevábamos tres días disfrutando del festival. Esa noche nos fuimos a dormir a las seis de la mañana. Recuerdo que antes de acostarme abrí la ventana que pegaba al mar y vi cómo el color rojizo del sol ya amenazaba a todo resquicio de mar que alcanzaban mis ojos, y era tan bello y sencillo lo que veía que hice una fotografía para inmortalizarlo. Soy sonámbulo, y una hora y cuarenta y cinco minutos más tarde me desperté con un fuerte golpe en el pecho que me puso en pie de un salto sobrenatural. Me quedé asustado, fuera de la cama, sintiendo cómo mis pies descalzos tocaban el suelo repleto de restos de arena de la playa. Mi amigo Toni, con el que compartía habitación aquellos días, que como todos los demás sabe que soy sonámbulo, me dijo sin perder la calma:

—Tranquilo. ¿Qué pasa?

A lo que le respondí:

—¡Alguien ha entrado! ¡Alguien ha entrado!

Cuando dije o más bien grité esas palabras, ya era medio consciente de lo que hacía y decía. Me di cuenta de que estaba soñando. Miré el reloj, que marcaba las ocho menos cuarto, y volví a la cama para seguir durmiendo.

A las nueve de la mañana sonó mi móvil. Fui disparado a cogerlo para evitar volver a despertar a Toni. Al ver la pantalla, con los ojos más cerrados que abiertos, pude leer «Mi Viejo», y antes de descolgarlo, en un lapso de cinco segundos, pensé en un cumulo de posibles gilipolleces que podría decirme para llamar a esas putas horas, pero no llegué a una conclusión clara. Arrastre el botón verde del móvil táctil y escuché su voz:

—¿Te he despertado?

Y yo, con la voz quebrada después de haber cantado la noche anterior todas las canciones de La Habitación Roja, respondí:

—Joder..., claro, papá, solo he dormido dos horas. ¿Qué quieres?

Su voz cambió radicalmente. Llorando, me dijo que mi cuñado había tenido un paro cardíaco y, antes de que llegara el Samur, él mismo le había tenido que dar puñetazos en el esternón para intentar reanimarlo sin ningún éxito. Cuando se presentó la ambulancia consiguieron volver a reactivar los latidos de su corazón. Demasiado tarde. La parada cardíaca había durado alrededor de quince minutos, lo que significaba que los daños cerebrales, si se despertaba del coma, iban a ser absolutos. Cogí el primer Ave que salía de Valencia y volví a casa. A la mañana siguiente llevé a mis sobrinos, los hijos de mi hermana Cristina, a la piscina. Comimos allí y pasé el día haciendo subnormalidades para que se rieran y así tenerlos

distraídos. Cuando llegó Cris, mientras llenaba de besos a sus hijos, me dijo que tenía que contarme un secreto. Apenas hice caso con los niños aclamando a su madre a gritos, había tanto caos que ni me di cuenta de lo que me quería decir. Al acabar la tarde, le recordé que tenía que decirme algo. Me miró seriamente y me dijo que no, que me lo había inventado, que ella no tenía consciencia de que me hubiera dicho tal cosa. Así que pensé que me lo había inventado. No le di mayor importancia.

Sin embargo, un día después, por la noche, me confesó que la tarde que se supone que me dijo que tenía que contarme un secreto, horas antes, visitando a mi cuñado en la UCI, le había dicho al oído que tenía que contarle un secreto sobre algo que le había sucedido pero que no se lo iba a contar hasta que no se despertara. Me juró que ella no tenía ninguna consciencia de habérmelo dicho a mí porque, de hecho, era algo que tenía reservado a su marido cuando acabara todo ese jodido calvario. Mi hermana se asustó y me dijo que si yo, incomprensiblemente, había sacado de ella que tenía un secreto, significaba que mi cuñado iba a morir y que tarde o temprano tendría que contármelo. Mi hermana no se confundía: murió al día siguiente de que me desvelara la existencia de ese secreto que aún desconozco y por el que tiemblo pensando que ahora es para mí. Aún recuerdo que, mientras escuchaba los sollozos de mi padre en el móvil, lo interrumpí diciendo:

—¿A qué hora ha pasado esto?

Él me respondió sin dudar un segundo, y escuché a través del auricular la respuesta que no quería oír:

—Cuando miré el reloj eran las ocho menos cuarto.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y el móvil se me cayó al suelo. En ese momento entendí que los golpes insistentes de mi padre contra el esternón de mi cuñado atravesaron, de alguna forma inexplicable, también mi pecho. Inconscientemente dije: «¡Alguien ha entrado! ¡Alguien ha entrado!», y a fuerza de los golpes de mi padre, una parte de mi cuñado entró dentro de mi alma y ahora se sustentará sobre mis huesos hasta que me muera.

.....

III. LA CHICA DE LOS PLANETAS



«Toda vida es inexplicable (...). Por muchos hechos que cuenten; por muchos datos que se muestren, lo esencial se resiste a ser contado».

PAUL AUSTER

Era el curso en el que conocí a la chica de Los Planetas, y al llegar el verano tuvimos que separarnos por diversas razones que se descubrirán a lo largo del libro. Ese verano, una vez más, creímos que nuestra historia tenía que detenerse y romper cada uno de los recuerdos perfectos que habíamos vivido juntos, y en el mes de julio dejamos de vernos y de hablarnos. Pero, a pesar de ello, como siempre, decidí no rendirme y empecé a buscar la forma para volver a estar con ella.

Aquel verano me fui con mi amigo Nacho al Low Festival. Desde el primer día hasta el último que estuvimos allí no pude dejar de pensar en ella a través de las actuaciones de Iván Ferreiro, Supersubmarina o Vetusta Morla. Esos grupos se habían convertido en nosotros, habían sido testigos de miles de nuestros momentos, y cada vez que escuchábamos una de sus canciones recordábamos todas las cosas que habíamos vivido. La última noche del festival visitamos la carpa de La Tienda de los Artistas, donde había todo tipo de camisetas, pósteres y discos de las bandas que habían formado parte del cartel, pero también de otros grupos nacionales. El golpe que recibí dentro del pecho llegó cuando, echando un vistazo por la tienda, descubrí que tenían sudaderas de *Pop*, aquel disco de Los Planetas que ella tenía como fondo de pantalla de su móvil el día que nos conocimos y que provocó que yo me lanzara a presentarme. No lo dudé ni un momento y compré la sudadera para regalársela. Al día siguiente de volver a Madrid fui a llevarle el regalo a la tienda donde trabajaba. Me había enterado de que esa mañana le tocaba abrir a ella, así que pensé en ir a primera hora.

Llevábamos varios días sin hablarnos y no se imaginaba que, una vez más, fuera a insistir; pero sí. Me presenté allí quince minutos antes de que abriera y, desde la acera de enfrente, vi cómo llegaba y cómo dulcemente levantaba el cierre de la tienda hasta la mitad. Después se agachó para entrar y desapareció unos minutos. Cuando llegó la hora de apertura al público y subió totalmente la puerta metalizada antirrobo, dejé pasar un tiempo prudencial y entré en la tienda. Ella estaba justo en el mostrador del fondo colocando unas cosas y, en cuanto me vio, dejó de hacer todo lo que estaba haciendo, vino hacia mí y me abrazó con fuerza. Luego, después de estar unos minutos hablando, le di el regalo. Cuando lo abrió se le encendieron los ojos y pude notar cómo contenía su emoción. Nos despedimos hasta por la tarde, cuando volvimos a quedar para dar un paseo y acabar tomando el café más caro que he pagado en mi vida en una terraza con vistas al Palacio Real; nuestro palacio y el de nadie más. Después de aquello volvió a alejarse de mí y a las tres semanas me enteré de que se había ido a pasar el fin de semana a Jaén, así que se me ocurrió diseñar un póster en el que unía dos cosas que le gustaban: Jesse Pinkman y Friedrich Nietzsche. Salían los dos, uno en cada lado, y arriba escribí un mensaje: «Pinkman es a la metanfetamina lo que Nietzsche a la filosofía».

El día antes de que volviera a Madrid quedé con Lucía, su hermana, que vivía con ella, y se lo di para que lo colocara en la pared de su habitación. Cuando volvió a casa y se encontró con aquello, al enterarse de que era de mi parte, me mandó a tomar por

culo y me dijo que ya era lo suficientemente mayorcito para respetar su decisión y bla, bla, bla, bla, bla, bla. Me dolió todo lo que me dijo, pero también me la sudó bastante. No pensaba rendirme a pesar de todas las gilipolleces que soltó por esos labios perfectos. Unos días más tarde se me ocurrió crear a Holden Centeno, mi pasaporte para arrancarle de una vez el trozo de corazón que siempre llevaba bajo llave.

¿Por qué @HoldenCenteno? Sencillamente, porque ella es una chica muy activa en Twitter. Tiene una de esas cuentas en las que, siempre que tuitea, hay alguien que responde, que le marca favorito o que le hace RT. Los tuits, en su mayoría, son de contenido político y jurídico. De hecho ha tenido hasta *haters* que la han insultado o que han debatido con ella sobre los aspectos que lanzaba en su TL. Pero también es muy cotidiana, y tuitea las cosas que hace en su día a día. Recuerdo la vez en que puso un tuit que fue retuiteado por más de trescientas personas en menos de media hora. Creo que con estos ejemplos podéis ser conscientes del manejo que tiene de esta red.

Me di cuenta de que, aunque ella no quisiera saber nada de mí, por mis cojones se iba a enterar de que seguía ahí: peleando. Esas Navidades le había regalado *El guardián entre el centeno*. Lo devoró en menos de una semana y le gustó muchísimo. Pensé que si se encontraba con una cuenta relacionada con este personaje, existía la posibilidad de que empezara a seguirme y en el momento que eso sucediera me dedicaría a poner tuits que solo ella podría entender. Así me convertí en Holden Centeno una mañana de septiembre en la que, en vez de estudiar el examen que tenía que recuperar en unos días, me puse a pensar en cómo llegar a ella hasta que se me ocurrió esa idea.

No podía llegar a ella de forma directa si no quería que me descubriera, por lo que tenía que conseguir que me hicieran RT las cuentas importantes a las que ella seguía, como por ejemplo @indiescabreados, que es una cuenta que nos gusta a los dos y ahora se ha convertido en una de las cuentas más preciadas de las que sigo y me siguen. En alguna ocasión conseguí esos RT, pero nunca me descubrió; supongo que no lo vio o que, si lo vio, nunca imaginó que yo estaba detrás. Mi objetivo fue un auténtico desastre, pero, sin embargo, de forma totalmente inesperada, mi número de seguidores empezaba a crecer cada día más.

Cuando llegó diciembre, volvimos a retomarlo todo. No me hizo falta vestirme de Holden Centeno con mis Wayfarer y la gorra de caza. De hecho, le conté que había creado esta cuenta para lograr llegar a ella y la verdad es que no le impactó mucho. En febrero ya tenía más de mil seguidores, así que decidí abrir mi blog, donde empecé a escribir relatos cortos sobre las cosas que me inquietaban, las historias que me explotaban en la cabeza cuando mi cerebro se ponía a dar vueltas.

El mes de abril se nos fue de las manos y, una vez más, detuvimos nuestra historia. Esta vez lo hicimos de verdad y perdimos todo tipo de contacto. En nuestra despedida le advertí que, a partir de ese momento, iba a utilizar el blog para

comunicarme con ella. Y ahí quedó la cosa. Bueno, ahí no quedó la cosa. Ahí empezó todo. Ahí empecé a escribir mis últimas cartas a la chica de Los Planetas. Unas cartas que posiblemente se hayan convertido en las cartas más leídas de los últimos años de todo el puto mundo. Jamás pensé que tanta gente iba a leer esta historia y nunca pude llegar a pensar que habría miles de personas que se estremecerían cada semana con mis palabras. Palabras que únicamente tenían el fin de llegar a una persona. Solo con llegar a ella me hubiera valido, pero la realidad es que ella nunca las leía. Sin embargo, llegué a la conclusión de que, si esta historia estaba conmoviendo a tanta gente, era por la sencilla razón de que era una historia única y especial. Así me convencí de forma definitiva de que tenía que reescribir cada palabra con el único objetivo de volver a respirar con ella. Desde entonces ya no soy la persona que era antes de ser un pseudónimo. Ahora soy Holden Centeno y esta es la historia más relevante de mi vida.

LA CHICA DE LOS PLANETAS

Desde que era pequeño escucho Los Planetas, un grupo de música que no todos conocen y a muchos no les gusta. En mi vida nunca he conocido a alguien a quien le gustara tanto como a mí y cuando recomendaba sus discos la gente volvía diciéndome que eran una puta mierda. La música cambió mi vida, creedme.

Hace tiempo coincidía en clase con una chica que no había visto nunca por la facultad. Era guapísima y, día tras día, entraba en el aula decidido a hacer un juego de miradas que pensaba que ella captaba, recibía y después enviaba para que yo lo recogiera. Tiempo más tarde, al decirle aquello, ella me confesó que jamás hizo ningún estúpido juego de miradas y que ni siquiera se había fijado en mí, cosa que me hizo sentir patético e idiota. Ella se sentaba sola, ignorando al resto de la humanidad, algo que me atraía infinitamente. Estaba seguro de que podría ser la mujer más simpática y sociable del mundo y, sin embargo, ahí estaba, sentada en la quinta fila, rodeada de gente que se esforzaba por caerle bien a gente desconocida mientras ella, en cambio, no hacía tales esfuerzos y solo se limitaba a coger apuntes y a escribir de vez en cuando por la BlackBerry, supongo que a uno de esos putos grupos infernales de WhatsApp o a algún cretino que estuviera tratando de enamorarla o, en el peor de los casos, llevársela a la cama.

Aquella chica era distinta. Lo notaba en sus ojos del color de la tierra parda del campo cuando se moja por la lluvia; así de marrones, sencillos, grandes y profundos. Lo notaba en su pelo castaño e infinitamente largo, que caía más allá de su cintura y más allá de sus caderas. Lo notaba en el maldito fulgor de luz que brillaba a su alrededor y que nadie notaba salvo yo. Decidí que poco a poco me acercaría a su sitio hasta que un día me senté justo delante de ella. Dejé mi mochila en el asiento de al lado y empecé a sacar apuntes y folios de la carpeta notando sus ojos clavados en mi nuca. En un momento tuve que girar hacia la mochila para coger el bolígrafo y, al hacerlo, la miré con el rabillo del ojo. Estaba ya preparada, a la espera de que llegara la profesora, y se distraía pulsando sin parar el botón rojo de la maldita BlackBerry negra que tenía sobre la mesa provocando que la pantalla se quedara encendida. Aproveché para dirigir mi mirada a su móvil, deseando que no tuviera de fondo de pantalla una foto de sí misma posando frente al espejo del baño de su casa o abrazada a un guaperas subnormal. Pero nada de eso. En su fondo de pantalla tenía la portada de un disco de Los Planetas. Al ver aquella fotografía un impulso eléctrico recorrió todo mi cuerpo y, en un ejercicio de cinco segundos de mi cerebro, me dije a mí mismo: «Asegúrate de que sabe quién coño son Los Planetas» y, sintiendo cómo me ardía la cara de vergüenza, me dirigí hacia ella y le pregunté:

—Oye perdona... —Ella me miró seriamente y extrañada y yo seguí con mi

discurso—. Me he fijado en que tienes en el móvil la portada de un disco de...

Su cara cambió, por primera vez veía su sonrisa jodidamente perfecta y, rápidamente, acabó la frase diciendo:

—Los Planetas.

En realidad dijo: «Lo Planeta». Su acento de Jaén, para mí desconocido, entró por mis oídos provocando otro impulso eléctrico que me hizo enamorarme de todas y cada una de sus cuerdas vocales. Después, al pronunciar su nombre, me sonó como una dulce lluvia de tartas de queso con frambuesa (que es mi postre preferido). Aquel día descubrí la voz más dulce de la tierra.

Me enamoré de ella y ella se enamoró de mí, aunque algún tiempo después. Más tarde perdí a una mujer que me hizo plenamente feliz. Desde aquel perfecto y jodido día esa portada de Los Planetas me persigue y sé que me perseguirá el resto de mi vida, como espero que la persiga a ella hasta que nos vuelva encontrar y nos una para siempre. La música cambió mi vida. Ahora ya pueden creerme.

...0000*

EL PALACIO DE LA LUNA

Mi hermano Antonio me regaló un libro. Le dije que me había gustado cuando en realidad solo me había leído dos páginas y ya me parecía una puta mierda. Un año después decidí enfrentarme a él, lo devoré en unos días y se convirtió en uno de mis libros preferidos. Lo escribió Paul Auster, un escritor de putísima madre; mejor dicho, uno de esos escritores que deberían gobernar una nación o, ¡qué cojones!, el mundo entero. El libro se llama *El palacio de la luna* y lo leí hace seis años. Ahora lo he vuelto a retomar y me parece otro, totalmente distinto. Esto se debe a que tuve una época (en concreto, un verano) en la que leía, pero sin leer. Me refiero a que despachaba libros muy rápido y solo me quedaba en la jodida superficie. En un mes me pude leer unos cincuenta libros.

Aquel verano, por las circunstancias que tiene la vida, acabé en el pueblo más pequeño y aburrido de toda la geografía española, sin amigos, rodeado solo de viejos, por lo que mi vida social veraniega se redujo a la nada más absoluta. Quizá estoy dramatizando, pero no; hablar cada mañana con doña Encarnación, la panadera, no significaba que fuéramos íntimos amigos y mucho menos que tuviéramos un tonto, ya que ella tenía setenta años, se le caía la piel por todos lados, olía raro y estaba felizmente casada. Aunque si hubiera estado viuda o soltera, lo nuestro hubiera sido igualmente imposible. Cada vez que hablaba, escupía sus palabras, literalmente; sus babas iban directas de su boca a mi cara mientras yo aguantaba una sonrisa falsa, muriéndome del asco. Suficiente tenía con doña Encarnación cada mañana, por lo que el resto del día lo pasaba tirado en el bordillo de la piscina leyendo todo tipo de libros. Tenía tanto tiempo que incluso me leí una guía titulada *Nueve meses embarazada* para madres primerizas. Si alguien me hubiera visto leer aquello, hubiera pensado que soy un puto tarado, cosa que no descarto. Pero, como os decía, *El palacio de la luna* fue el libro que me marcó en ese verano.

Años más tarde conocí a la chica de Los Planetas. La primera vez que quedé con ella me citó en un Starbucks, por lo que yo me cagué en la puta repetidas veces, ya que en aquel momento odiaba el café y no quería pedirme un *frappuccino* de vainilla y parecer un niño. Además estaba jodido de pasta para poder invitar. Pasamos una gran tarde. Hablamos durante mucho tiempo de millones de cosas, especialmente de arte y de cultura, mientras ella se mojaba la boca con café dibujando el vaso de cartón con su pintalabios rojo intenso y yo absorbía con una pajita el *frappuccino* que finalmente me pedí arriesgándome a que pensara que tenía un problema de deficiencia mental. A la semana siguiente le presté *El palacio de la luna*. Lo leyó en cinco días y le fascinó. Un año más tarde volví a reencontrarme con ella y se lo regalé. A día de hoy puedo decir que me he quedado sin libro y sin ella.

Si pudiera, esta misma tarde volvería de nuevo a ese día en concreto con las suficientes armas para no salir de aquel puto Starbucks sin enamorarla.

Siempre he pensado que regalar un libro es como regalar un disparo. El problema es cuando la bala, en vez de ir directa a su corazón, acaba en tu cabeza.

...0/00*

LA ACEITUNERA

Ella no tenía los gustos que todos tenemos normalmente. En cada ámbito tenía algo que marcaba la diferencia con el resto de la gente que he conocido en toda mi vida. Por poner un ejemplo, era una chica que, cuando leía uno de esos libros de la Generación del 27, por citar uno de los casos que yo presencié, lo empezaba por el puto contexto histórico; sí, esas páginas interminables del principio que nadie se lee porque son un verdadero coñazo. Bueno, en realidad son un verdadero coñazo para los ignorantes como yo.

Un mes de febrero me regaló *Bodas de sangre*, de Federico García Lorca. Estuvo varias semanas contándome lo mucho que le había gustado leerlo e insistiéndome en que lo leyera, hasta que un día se presentó con un ejemplar para mí. Yo inicié la costumbre de que, cuando nos regalábamos libros, nos los dedicábamos en la primera hoja. Empecé esa costumbre con *El guardián entre el centeno*. Fue ella la única persona a la que se lo he regalado y será la última a la que se lo regale.

En la dedicatoria de *Bodas de sangre* me decía que ojalá jamás tuviéramos que vivir algo así como los protagonistas. No se refería a esa historia exacta, sino al hecho de no poder estar juntos a pesar de quererlo. O, como ella decía textualmente, de «tener algo único y ser tan estúpidos e imbéciles como para ponerlo en riesgo y perderlo». Lo cierto es que al final entre nosotros no hubo bodas (de momento) y mucho menos sangre, al menos literalmente, porque metafórica hubo demasiada. Nos desangramos. Aquellas palabras fueron las más bellas que jamás me han escrito. Ojalá os las pudiera reproducir. Después de leer su dedicatoria y darnos un abrazo de los que curan cualquier tara mental, le dije:

—Seguro que, como buena friki que eres, te leíste el contexto histórico... —Lo dije en un tono de burla, lo reconozco.

Ella rápidamente me contestó diciendo:

—¡Qué no, soba! —y me premió con un beso en la mejilla.

Bueno, en realidad prolongó el no. Lo dijo así: «Noooooo». Me llamaba «Soba» con su acento andaluz siempre que me ponía pesado, que era a menudo. Una expresión muy utilizada en Andalucía y totalmente desconocida para mí, lo que hacía que me volviera loco en el sentido más positivo de la palabra. Al escuchar su respuesta me empecé a reír mientras besaba sus labios y le exigía que me dijera la verdad hasta que cayó rendida apartando su cara de la mía. Mientras alargaba su brazo para mantener una distancia de seguridad conmigo y así evitar mis besos, me dijo:

—Vale... Sí, me lo he leído, pero es que siempre te metes conmigo si te cuento que lo he hecho.

Y era cierto, me reía y me metía con ella, pero la jodida realidad es que eso hacía que me enamorara más de todo lo que llevaba dentro.

Pero os pondré otro ejemplo mejor sobre su singularidad: las aceitunas. Me viene a la cabeza la primera vez que hablamos de ellas. Solo habían pasado un par de semanas desde el día en que nos conocimos. Íbamos caminando justo por el Faro de Moncloa, porque solía acompañarla al salir de la facultad hasta su barrio. Me venía como el puto culo hacer aquel recorrido ya que eso provocaba que llegara media hora más tarde de lo habitual a comer a casa, pero estaba dispuesto a recorrerme el mundo entero por y con ella. Y en realidad me encantaba pasear por ese lugar. Solíamos hacerlo al mediodía, pero también por la tarde o entrada la noche; incluso un día justo cuando el sol empezaba a salir sobre la ciudad. Aún conservo la foto que hice de aquello y, como siempre, lo que más me gusta de esa fotografía es que ella estaba a mi lado cuando la hice.

El caso es que íbamos caminando por allí y yo estaba cagándome en el frío, en las lluvias y en un invierno que ese año era bastante duro. Su pelo castaño, suelto y largo bailaba levemente más allá de su cintura y de pronto dijo con una sonrisa: «Pues yo sí que quiero que llueva para que sigan bien mis olivos». Fue una auténtica bomba de dulzura escuchar esa frase. Me estuvo hablando de la recogida de aceitunas, del proceso eficiente para convertir una aceituna en aceite de oliva y también de su adicción absoluta por ese fruto de origen grecorromano. Recuerdo cuando me contó aquello y me dijo que a veces, antes de comer, si tenía un poco de hambre, se pasaba por un chino, compraba una lata de aceitunas, abría un hueco para beberse todo el líquido que contenía y, una vez terminado, la abría totalmente para empezar a disfrutar del aperitivo. Increíble. No podía parar de reírme el día que me lo contó. Además, me decía que lo peor de todo era que muchas veces se empachaba, le entraban dolores en la tripa, pero que a pesar de ello se las seguía comiendo hasta terminarlas. Aquello me parecía tan gracioso y único que me sentía afortunado de estar cerca de alguien capaz de hacerlo.

Desde el día que me dijo que tenía tierras repletas de olivos, mi mayor deseo era pisar con ella esas tierras y conocer hasta la última aceituna que reposaba en cada una de sus ramas. Por eso, cuando ella volvió a Jaén a pasar las Navidades con su familia, le pedí que me trajera algunas aceitunas para tenerlas de recuerdo en mi habitación. Ella me dijo que por supuesto, pero que estaba completamente loco por querer algo así, y además me advirtió de que las aceitunas primero se arrugarían y luego acabarían siendo el simple hueso que llevan dentro.

Si salíamos por ahí y pedíamos unas bebidas en alguna terraza, si no nos ponían aceitunas para acompañar y las veía de lejos en alguna mesa, siempre soltaba alguna indirecta para que yo las pidiera, porque a ella le daba vergüenza. Sin embargo, cuando le preguntaba si quería que se las pidiera al camarero, se negaba o decía que le daba igual. Yo, por supuesto, no hacía ni caso y las pedía. El ritual era el mismo en el momento en que las dejaban sobre la mesa. Cogía con sus suaves manos el cuenco

donde estaban, lo movía en círculos varias veces y lo olía. Con eso ya sabía si eran buenas o malas. Era terriblemente mágico y bonito verla hacer aquella hechicería gastronómica.

Hubo una semana que fue un puto desastre entre los dos, una semana en la que perdimos la confianza de golpe y porrazo, de un día para otro. Una semana de esas que te gustaría borrar de tu vida. De hecho, fue tan mala que decidimos que nos íbamos a dejar de ver por una temporada.

Lo dijimos pero no lo cumplimos. El viernes por la tarde yo ya la estaba llamando para tomar algo y ella aceptó la invitación. Fuimos a Malasaña. Nos gustaba ir a Lolina, un café *vintage* luminoso durante el día y tenue cuando llega la noche, tibiamente iluminado por sus antiguas lámparas. Un lugar que ha sido protagonista de toda nuestra historia desde que nos conocimos. Id allí, esas paredes os lo contarán todo. La tarde pasó rápido y nos entró el hambre suficiente para tener ganas de cenar. Al lado está el Ojalá y se me ocurrió ir. Es un restaurante con la planta de abajo repleta de arena de playa. Las mesas son bajas, hay cojines a modo de asiento y se puede disfrutar de una cena muy rica alrededor de unas luces ambientales que van cambiando de color, provocando así que tu estado de ánimo vire a un jodido «modo romántico» o algo parecido del que no puedes escapar.

Abrimos la carta para pedir. Ella iba dando golpes con los dedos a cada plato que leía para escogerlo o descartarlo. Solía hacerlo siempre, incluso cuando repasaba sus apuntes. El desastre llegó cuando leyó en voz alta: «Ensalada con queso de cabra y OLIVAS negras». Se puso la mano en la boca como si hubiera sucedido una desgracia y añadió: «No me jodas. Que alguien les dispare en la cabeza a todos esos que dicen olivas en vez de aceitunas». Al escuchar aquello nos empezamos a descojonar, después nos miramos seriamente y, sin darnos cuenta, nos dimos un tímido beso que fue nuestro tratado de paz definitivo. Hablamos de nuestra semana desastrosa y volvimos a romper juntos las calles con nuestra alegría y nuestros corazones encendidos. A veces una tontería es el elemento perfecto para dejarse de tonterías.

Cuando pensaba en ella, siempre llegaba a la conclusión de que era una chica única por todos esos pequeños detalles que cualquier otro chico podría tachar de locuras o rarezas. Cualquier otro chico gilipollas, claro. A mí me hacían verla con los ojos más limpios con los que jamás he mirado a una mujer. Con la mirada repleta de deseos de eternidad y el corazón henchido en llamas para crear juntos un puto incendio alrededor del puto mundo y de nuestras almas. Y dirán que estoy loco, pero hace ya mucho tiempo que cada vez que me como una aceituna o veo un olivo (por la calle, en la televisión o donde sea) solo pienso en ella y en nuestros momentos.

Aquellas Navidades en las que le pedí que me trajera las aceitunas de sus tierras no solo me trajo varias aceitunas en un ramillete (que, por cierto, jamás se han convertido en hueso como ella me dijo), sino también una garrafa con el aceite de sus olivos. Al dejarlo en la cocina y abrirlo, lo primero que hice fue echar una pequeña

cantidad en un frasco para guardarlo siempre y así conservar otro trocito de su forma de ser.

Después de darme aquello me dijo: «Y ahora tu regalo de Reyes Magos». Yo el día anterior le había regalado *El guardián entre el centeno*. Ella me regaló *Pop*, el disco de Los Planetas que un mes antes había sido el culpable de que nos conociéramos.

Hace mucho tiempo que no sé nada de ella, pero aún sigo queriendo pasar la vida entera con la aceitunera.

...0000*

LA PRIMERA VEZ

El portal de su casa no era cualquier portal. O sí, no lo sé. Para mí era jodidamente especial y distinto a todos los portales en los que he estado nunca. Recuerdo la primera vez que lo atravesé, era diciembre. También era la primera vez que quedábamos. De hecho habíamos quedado porque ella fue quien me lo propuso. Yo aún no me atrevía a proponer ningún plan, porque solo habían pasado unas tres semanas desde que nos habíamos conocido (ya se han cumplido dos años desde aquel treinta de noviembre que jamás olvidaré). Nos veíamos de lunes a jueves en la universidad y punto, pero durante ese tiempo estábamos juntos todo el rato: en clase, desayunando en la cafetería, caminando hacia su casa, hablando de todo tipo de cosas..., pero, sobre todo, descubriéndonos el alma. No intercambiamos nuestros teléfonos, ni siquiera cuando empezamos a quedar. Nos despedíamos hasta el día siguiente y desde ese momento hasta nuestro nuevo encuentro nos escribíamos interminables mensajes en Facebook. Estábamos completamente enganchados a nuestras palabras y nuestros corazones se encharcaban con ellas cada vez que nos leíamos, y se terminaban de inundar cuando, a primera hora de la mañana, nos volvíamos a reunir en el pasillo antes de entrar a clase. Es decir, a las ocho y media de la mañana, es decir, con un sueño del infierno. Aun así, ahí estábamos, matándonos a base de dulzura.

Pero me centro en la historia que os estaba contando. Aquel viernes de mediados de diciembre, la excusa que utilizó para quedar fue que le dejara un libro de clase. Yo aproveché para prevenirla de que llevaría mi guitarra porque luego había quedado con un amigo para tocar. Era mentira. Lo que en realidad quería era tocar una canción que había compuesto por y para ella. Al salir de casa se me olvidó el libro, la excusa. Me la sudaba tanto el maldito libro que lo olvidé sobre mi mesa; solo pensaba en estar a su lado y volverme idiota. Pero, claro, tuve que regresar a casa a por él porque si no hubiera sido un puto canteo. Imaginaos llegar allí y decir: «Ey, no te he traído el libro porque me la suda totalmente, lo único que quiero es estar a tu lado». Esa no era una buena opción... O sí, nunca lo sabremos. Me presenté donde habíamos quedado cargando con mi guitarra en la espalda y con el libro bajo el brazo. Llegué cinco minutos antes y aproveché para hacerle una fotografía a la fachada de la casa que había delante de mí con la publicidad de Ocaso anunciándose tras ella. Ese día brillaba más que nunca y lo inmortalicé. Ella llegó cuando el reloj marcaba justo las siete de la tarde. Estábamos felices, radiantes y nerviosos. Fuimos a una cafetería y lo primero que hicimos fue hablar de la excusa: aquel libro de aquella aburrida asignatura que meses más tarde descubrí (porque me lo reconoció) que a ella también se la sudaba y que realmente utilizó como excusa para encontrarnos fuera de la

universidad. ¡Qué guapa estaba! Me recuerdo absolutamente hipnotizado al ver su boca mojada con el café y el vaso de cartón pintado por el rojo de sus labios mientras hablábamos de todo un poco. Después de estar alrededor de dos horas inmersos en una conversación de esas que no quieres que terminen nunca, le dije que había compuesto una canción para ella. Se sorprendió y noté cómo, nerviosa y sonriente, tragaba saliva sin saber bien lo que decir. Antes de que dijera nada, añadí rápidamente: «Me gustaría tocarla para ti hoy mismo».

Le propuse que fuéramos a una calle pequeña donde no pasara mucha gente y hubiera un banco para sentarnos y poder enseñarle la canción. En ese momento creo que ella ya se había dado cuenta de que estaba completamente chiflado, de que, en resumen, era un puto loco. La verdad es que me parecía totalmente lícito. En realidad, mi objetivo era que pensara que estaba loco por ella y, en efecto, ese día descubrió que me estaba enamorando.

Cuando salimos de la cafetería, empezó a llover y tuvimos que improvisar un plan B. Me invitó a su piso, cosa que me acojonó bastante, pero acepté confiando en que sería capaz de esconder todos mis miedos detrás de la guitarra. Atravesamos Bilbao, después Quevedo y acabamos caminando por las callejuelas del barrio de Moncloa hasta llegar a su casa, a su portal, donde, justo antes de entrar, paró la lluvia. A pesar de eso, sacó las llaves y abrió. Esa fue la primera vez que atravesé su portal, sin ser todavía consciente de que lo volvería hacer con mucha frecuencia entre 2011 y 2013, sin saber que aquel lugar sería testigo de muchas cosas bellas.

Su piso estaba en uno de esos edificios antiguos de la ciudad que ni siquiera tienen ascensor y, para colmo, vivía en el quinto. Pero la jodida realidad es que fui feliz cada una de las veces que subí esos escalones hasta llegar a su puerta, que normalmente dejaba entornada para que entrara sin tener que llamar. Recuerdo con un cariño tremendo aquel preciso momento en el que subía por primera vez las escaleras: ella delante, guiando mis pasos, y yo, viendo cómo su pelo suelto, de color castaño intenso, se movía de un lado a otro más allá de su cintura, como el péndulo de un reloj; con la misma constancia y movimiento matemático.

Al llegar arriba, abrió la puerta y me guio hasta el salón. Sin dudarle un momento saqué la guitarra y, con los nervios en las vísceras y en la garganta, le dije que primero tocaría otras canciones para quitarme el acojone y después la que había compuesto.

Era la primera vez que tocaba en su salón. Nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro, y empecé con «LN Granada». Recuerdo que al comenzar a cantar noté cómo mi voz se filtraba por los pasillos y resonaba tan fuerte que penetró como un rayo en mis oídos, provocando que me distrajera y, en consecuencia, desafinara como un condenado. Pedí perdón, le advertí de nuevo que estaba muy nervioso y volví a retomar la canción con el objetivo firme de hacerla temblar por dentro. Lo logré. Al acabar, con una sonrisa en la cara, me preguntaba insistentemente que dónde había aprendido a cantar y tocar así. Eso me hizo sentir como en casa y seguí con «Los

conserjes de noche» acompañándola con la armónica, «Y además es imposible», tratando de imitar el tono de la voz de Jota, y «Si quieres bailamos», igual que la tocaban ellos en directo. Llegué a interpretar unas seis canciones de grupos nacionales que me gustan. Cada vez que la miraba y veía cómo me respondían sus ojos encendidos, atentos a mi cara y a cada acorde que pulsaban mis dedos, sentía por dentro una emoción desconocida. Podría haber muerto allí mismo, porque ya nada me importaba. Lo juro. Cuando llegó el momento de tocar su canción, fui consciente de la declaración de amor pura y dura que iba a realizar en un promedio de tres minutos, con toda mi puta cara. Estaba dispuesto. Había hecho una ranchera. ¡Imaginaos! Una ranchera para una andaluza, vaya mezcla explosiva. Pero funcionó. Al acabar de tocarla, el silencio se apoderó del salón durante tres segundos interminables. Me miró como el sol atraviesa los cristales y me dijo:

—Y ahora, ¿qué te digo yo?

—No tienes que decirme nada; es una simple canción —dije quitándole hierro al asunto.

—No lo es. Me ha encantado, no te imaginas cuánto —replicó ella.

Su hermana Lucía estaba a punto de llegar a casa, así que nos fuimos de allí, salimos de su piso, bajamos las escaleras, atravesamos el portal y de nuevo, justo entonces, empezó a llover. Me acompañó al metro, donde nos despedimos por primera vez con un abrazo, teniendo la fortuna de poder perder mis manos entre su pelo también por primera vez.

Meses más tarde, después de haber cenado en Naif, la acompañé hasta su portal. Fue una cena de despedida. Las cosas se habían torcido y tuvimos que detener lo que empezaba a crecer entre nosotros. Su hermana ya estaba en el piso, dormida, así que entramos y nos quedamos en el portal para no coger frío. Nos sentamos en las escaleras, a la altura del primer piso. Era tarde y no pasaban los vecinos. Ya nos habíamos dicho todas las palabras del mundo durante la cena y ahora solo nos quedaban las caricias. En medio de la oscuridad le dije por primera vez que la amaba y ella me respondió con un beso tan intenso que hizo que me sangrara levemente el labio sin que sintiera ni una pizca de dolor mientras sus manos me agarraban con fuerza el pelo. Vi por primera vez cómo sus ojos desprendían lágrimas que caían por su cara como pequeñas canicas transparentes. Se las sequé con mis dedos, callado, sin saber bien qué decir. Ella me agarró la mano con la que estaba tocando su cara, la puso sobre su vientre y por fin rompió el silencio diciéndome a los ojos:

—Aquí dentro, en un futuro, estarán nuestros niños, ¿vale?

Era la primera vez en mi vida que me decían algo tan bello.

—Estoy seguro de ello —respondí con la sonrisa más grande que he esbozado nunca y, sin levantar su jersey, le di un beso en la tripa.

Volvimos a abrazarnos, nos despedimos y salí del portal un poco triste, pensando que no había tenido respuesta al decirle que la amaba. Pero, justo cuando estaba a punto de doblar la esquina, escuché cómo el portal se abría y su voz me decía que me

detuviera. Di media vuelta, me abrazó con todas sus fuerzas y por primera vez me dijo al oído: «Que yo también te amo». Esa noche no volví a casa en metro, volví en una puta nube.

También recuerdo los días en los que la esperaba en el portal mientras ella terminaba de arreglarse. Un día de aquellos le hice una fotografía al techo con el móvil. Justo entonces llegó y me dijo: «Ya estás con tu móvil... Que haces unas fotos tan buenas que parece que llevas ahí dentro una Canon, hijo mío».

Lo decía para reírse de mí, claro, porque yo me creía poco menos que un fotógrafo profesional. La verdad es que me encantaba su ingenio a la hora de meterse conmigo. Aún conservo esa fotografía y lo que más me gusta es que ella estaba a mi lado cuando la hice.

Tampoco me olvido de otra noche en la que, después de haber dado un concierto, la acompañé a su casa. No os imagináis lo guapa que iba con esa falda que tanto me gustaba. Al llegar era tarde y también nos quedamos en el portal para no molestar a Lucía. Sentados en las escaleras, se quitó los tacones para estar más cómoda, dejando así desnudos sus pequeños pies perfectos debajo de las medias. Después me pidió que desenfundara de nuevo mi guitarra. La quería ver porque la había decorado en la parte exterior con uno de sus tatuajes para darle una sorpresa en el concierto y le había gustado mucho el detalle. Me pidió que tocara solo para ella. En bajito, junto a ella, comencé a cantar las canciones que sabía que le gustaban. Entre canción y canción se devoraban nuestras miradas. Después le dije que tocaría «En el bar de la esquina» de Albert Pla, pero la versión de Pereza. Nunca había escuchado esa canción y yo lo sabía. Durante aquellos cinco minutos se le cayeron las lágrimas y al acabar me dijo: «No sé cómo a veces puedo ser tan gilipollas de no darme cuenta de todo lo que haces por mí desde el primer día que nos conocimos».

La última vez que crucé su portal fue en abril y cuando abrí la puerta para salir de él, como hacía ya dos diciembres, comenzó a llover suavemente, pero esta vez ella ya no me acompañaba bajo la lluvia. Su portal era distinto. De hecho, es la primera y única vez que he conocido un portal que es capaz de guardar todas mis verdades.



LA TATUADA

Me gustan los tatuajes. Esto no significa que me gusten todos los tatuajes, porque hay algunos que son una jodida horterada. Desde siempre me han llamado la atención y, cuando voy por la calle, me quedo mirando al detalle los tatuajes de la gente. Sin embargo, hubo un tiempo en que yo no tenía ninguno porque no había nada que me empujara a hacérmelo.

Desde el primer momento ella me llamó la atención y yo a ella. Quedábamos cada tarde para descubrir lo que llevábamos dentro, así que no tuvo que pasar mucho tiempo para que ambos sintiéramos una atracción física y, sobre todo, interna que inevitablemente ya no podíamos parar. Había una zona por la que solíamos ir. Quedábamos sobre las cuatro para aprovechar cada segundo. Dicen que el tiempo, cuando se disfruta, se pasa volando. Pues bien, con ella comprobé que ese tópico es una puta mentira. Sabíamos disfrutar incluso las milésimas de segundo, y cuando mirábamos la hora temiendo que ya fuera tarde, solo había pasado un rato. Dejábamos que anocheciera en el barrio y después nos íbamos a cenar a un sitio cercano. Aquel día volvimos a Naif, un lugar estupendo donde se cena bajo la atenta mirada de los Black Keys y de unas bombillas encerradas en botes de cristal de mermelada que cuelgan del techo.

Naif se había convertido en uno de nuestros lugares preferidos. La camarera que nos atendió esa noche tenía los brazos tatuados. Después de anotar nuestra cena, mi perfecta acompañante comentó algo acerca de los tatuajes y nos adentramos en una conversación sobre este milenario arte que culminó con la confesión de que ella estaba tatuada. Desde aquel día supe que había llegado el momento de tatuarme.

Allí mismo me enseñó sus tatuajes. El primero de ellos era el nombre de su hermana anclado en uno de sus pies. El otro lo llevaba en el centro de la espalda, justo debajo del cuello, en vertical. Era su nombre escrito en una antigua lengua semítica de hace tres mil años. Aquellos trazos dibujados en su dulce espalda me parecieron lo más exótico que había visto nunca.

Meses más tarde me tatué. Ella era ese algo que me faltaba para hacerlo y, cuando lo hice, me sentí más cerca de su alma. Un tatuaje es como una canción, cuando lo miras te recuerda todo lo que te rodeaba en el momento en que decidiste hacértelo, por lo que para mí ese tatuaje perdió el significado original y en realidad fue siempre ella. Esto último nunca se lo dije.

Decidimos que cada uno se haría un tatuaje distinto que nos simbolizara, marcándonos la piel de por vida, pero después de hacer esa promesa nos distanciamos y en ese lapso de tiempo ella se tatuó dos veces.

La primera vez fue un fragmento de la letra de una canción de Nacho Vegas en el

costado. Un tema que define buena parte de su pensamiento. Aquella frase había estado con ella desde que la escuchó por primera vez, tanto que en alguna ocasión hasta yo me vi inmerso en ella. Sucedió, por ejemplo, un día, cuando, dando un paseo de madrugada por el Palacio Real, me susurró al oído: «Y vivo así en mi palacio de papel, se está bien aquí, se está bien», mientras me abrazaba.

El segundo era aún más bonito. En un lado de su cintura se dibujó un pentagrama con los primeros compases del concierto de Mozart para clarinete en la mayor. Un concierto que en un momento determinado de su vida se convirtió en un signo de vital importancia. Tuve la suerte y fortuna de que una tarde lo interpretara en exclusiva para mí.

Con el tiempo volvimos a reencontrarnos y todo volvió a ser perfecto. Volvimos a retomar la idea de tatuarnos aquello que nos prometimos y una mañana me llamó diciendo que iba a hacerlo. Yo no tenía ni un puto euro para poder seguirla en su impulso. Por la tarde quedamos para que yo viera los dos tatuajes, ya que también se hizo otro adicional en las costillas: una portada de un disco de Los Planetas, un disco que meses antes me había regalado por Navidad. Finalmente, se hizo el tatuaje que nos simbolizaba: el fragmento de una canción de Iván Ferreiro. Cada vez que dormíamos abrazados y veía su espalda descubierta con aquellos tatuajes, sentía que podía acariciar y besar al mismo tiempo a la música, a la cultura, a nuestra historia y, lo que era más importante, a ella. Aunque el noventa por ciento de los tatuajes que lleva no son por mí, yo los sentía como míos cada vez que me decía que me quería, cada vez que, un día inesperado, formé parte de sus señales eternas.

Volviendo a resumir, zanjamos nuestra historia. Me considero un fracasado por no poder estar ahora en una cafetería con ella, pero me siento un verdadero privilegiado sabiendo que estoy en su piel gracias a que decidió que una aguja, a base de sangre y tinta negra, me clavara a ella para el resto de nuestras vidas. Yo no me hice el tatuaje que siempre me quise hacer por ella, pero juro por todo lo importante (y con el riesgo de que suene a tópico de mierda) que la llevo tatuada en mi memoria, en mi maldita alma y en mi puto corazón que aún bombea. Mientras tanto espero a que un día vuelva, y cuando llegue ese día lo primero que haré será ir a Malasaña con ella y tatuarme nuestros símbolos con sangre y tinta negra. No sabéis todo lo que puede llegar a significar un tatuaje. No tenéis ni idea.



VIENA SUENA (JODIDAMENTE) BIEN

¿Alguna vez te ha pasado que descubres una canción que parece compuesta para ti, una de esas canciones que, al escucharla, quedas convencido de que el artista conoce tu puta vida y se encargó de escribirla y cantarla al mundo entero? Apuesto a que los músicos acaban hartos de todas las interpretaciones que hacen de sus canciones e incluso descubren teorías sobre sus letras que jamás habrían pensado. En mi opinión, ahí está la belleza de la música. Una vez grabada y puesta a disposición del público, deja de ser del artista, toma vida propia, la transformamos y se enaltece como banda sonora de nuestras vidas. Hay canciones cuyos creadores ignoran que las hicieron exclusivamente para alguien desconocido.

Me volví fanático (sentimentalmente) de ella y ella era fanática (musicalmente) de Iván Ferreiro. Solo nos hicieron falta un par de meses para convertir tres de las canciones de su último disco, *Confesiones de un artista de mierda*, en el resumen perfecto de lo que estábamos construyendo juntos. Desde pequeña empezó con Los Piratas y evolucionó al ritmo que el gallego marcaba. Cuando me enteré que a su edad aún no había ido a ninguno de sus conciertos, compré entradas con una antelación de dos meses para ir a verlo actuar en La Riviera. Yo jamás me hubiera gastado un puto duro en ir a un concierto suyo, lo reconozco, pero me moría de ganas por ir y disfrutar viendo cómo lo disfrutaba ella... Sí, esa frase es un jodido tópico asqueroso, pero juro que digo la verdad.

Antes de ir al concierto la guíé hasta un bareto de la Plaza Mayor donde hacen el mejor bocadillo de calamares de la capital. La chica tenía delito; llevaba tres años viviendo en Madrid y aún no había sido partícipe de esta tradición cuyo origen es desconocido para todos. Se trataba de un bar que está cerca de la Casa Vertical, por donde siempre que pasábamos hacíamos una foto. Éramos felices con muy poco. Estábamos sentados en el puto suelo de la plaza comiéndonos aquel manjar mientras aprovechábamos además para comernos el alma entre bocado y bocado. Hablábamos de todo un poco. Nos contábamos tonterías, reíamos y mirábamos la hora con algún que otro cosquilleo en la tripa por los nervios del concierto.

Fue brutal desde la primera canción hasta la última. Ella estaba muy contenta y, por las casualidades que dirigen, en cierto modo, los caminos de la vida, tocaron nuestras tres canciones casi encadenadas. Cuando lo hicieron ni si quiera miramos al escenario, nos las cantamos el uno al otro a la cara, a gritos y con una sonrisa tan grande en la jeta que todo aquel que nos vio, a día de hoy, seguro que sigue teniendo envidia por no haber vivido aquella sensación. Recuerdo que no nos besamos con la boca porque ya lo habíamos hecho antes con la mirada y los gestos. Aún tengo una foto. No se ve una puta mierda, pero lo que más me gusta es que ella estaba a mi lado

cuando la hice.

Yendo al grano, todo entre nosotros terminó y «Viena suena bien» organizó un concurso para ir a la capital austriaca junto a un acompañante y grabar el nuevo videoclip de Iván Ferreiro. Al enterarme se me pasó por la cabeza participar para, en caso de ganar, poder llamarla con dos cojones a su teléfono y decirle: «Nena, prepara las maletas, hemos quedado con Ferreiro para irnos a Viena». Sabía que aquello la haría infinitamente feliz, por conocerlo a él y por estar en la misma ciudad que han pisado los mejores compositores clásicos, porque, claro, ella es una jodida experta y amante del *indie*, pero aún más de la música clásica. Sabía que, si ganaba el concurso, tendría una última oportunidad para demostrarle que nuestras incompatibilidades tenían remedio. Pero no os emocionéis tan pronto, no penséis que lo gané. Esto no es una maldita peli americana con final feliz. Directamente, ni siquiera llegué a participar en el concurso porque sabía que solo había una posibilidad entre nose cuántos millones de que me tocara a mí y fui gilipollas porque decidí no aferrarme a ella. Así somos los fracasados.

El resultado de aquel viaje fue un breve documental de los días que pasaron allí con un montaje realizado con todas las vísceras y un poquito de cabeza. Unas bellas imágenes que asaltan nuestras retinas al compás de una música perfecta. La sencillez y humildad de Iván y su hermano Amaro, en el marco de una ciudad sublime. Unas breves reflexiones del artista y dos nuevas canciones.

En aquellas dos canciones he visto (o he querido ver una vez más) mis vivencias plagiadas. Si Ferreiro leyera esto, es probable que se riera de mí, pero lo cierto es que ya han pasado más de cuatrocientos veintiséis días desde que la conozco, y en todo ese tiempo vi demasiadas veces cómo tomaba café con ibuprofeno para combatir sus malditas jaquecas, escuché una noche en su habitación cómo dijo unas palabras imperceptibles entre sueños que me sacaron una sonrisa y también pude ver cómo había días en los que la chica que escuchaba a Los Planetas a veces no estaba en perfecta conjunción con los del sistema solar. Ahí estaba yo, poniendo una jodida antena para oír lo que hacía, pero jamás me funcionó. Y aún recuerdo cuando fuimos al Teatro Real a escuchar a Wagner y desde entonces estuve una buena temporada omitiendo su nombre y llamándola por el apodo de Tanjauser cada vez que mordía sus labios y me enredaba con su pelo. Ahora parece mentira que la puerta de Tannhäuser se haya cerrado detrás de mí.

Pero antes de eso compuse canciones para ella y me dejaba la voz con mi guitarra en su piso, los dos descalzos, mirando cómo una luz se colaba desde su ventana y la dejábamos pasar. Y todo esto lo puedo contar porque ella un día decidió vivir en Madrid.

Cuando vi aquel documental, supe que tendría que haber concursado porque sencillamente habría ganado. Ambas canciones estaban reservadas para nosotros y eso ya es un premio. Creo en las coincidencias, tanto buenas como malas, que nos encuentran y son el detonante perfecto para iniciar o destruir algo de nuestras vidas.

Ahora, mientras escucho una de las canciones en directo de Ferreiro en Viena, me pregunto qué hubiera pasado si hubiera sido yo uno de los ganadores del concurso y cómo hubiera sido acercarme a su oreja y susurrar que ya tengo la clave para vivir una vida entera a su lado. Como dice Iván cada vez que se despide de las ciudades que pisa: «Puto placer». Eso es exactamente lo que hubiera pasado.

...0/000*

DE CUANDO ERA ANALFABETO

Ella era una de esas personas que son zurdas, lo que significa, según los últimos estudios científicos, que desarrollan más el lado opuesto del cerebro y que, por tanto, son más inteligentes que el resto de mortales, que mayoritariamente son diestros. Yo no tengo ni puta idea de nada y mucho menos de ciencia, pero a los pocos días de conocernos, me dijo que lo de que los zurdos son más listos era una auténtica gilipollez y que ella no notaba nada especial. Sea cierta o no la teoría, ella era inteligente. A su lado me sentía bastante estúpido, pero reconozco que eso me gustaba. Ella siempre tenía un argumento consistente para hacerme pensar que mi inteligencia era nula en cualquier cosa que discutíamos. Descubrí que rozo el límite del analfabetismo, lo juro. Cada día me hacía aprender algo nuevo, cada día hablábamos de millones de cosas, cada día nos recomendábamos libros, nos pasábamos canciones, bebíamos café, nos recorríamos el centro de la ciudad, subía a su piso a escuchar cómo tocaba el clarinete y después yo tocaba para ella canciones con mi guitarra. Cenábamos en restaurantes donde el suelo era de arena de playa, bebíamos vino tinto hasta marearnos, nunca llevábamos paraguas y teníamos la habilidad de detener el tiempo cuando estábamos juntos.

Nos tumbábamos en su sofá y le mordía los dedos mientras nos susurrábamos historias y nos atravesábamos el alma con la mirada. Otras veces me quedaba allí, tumbado, mientras oía de fondo cómo se duchaba con *Realimentación*, un Ep de Supersubmarina con solo cuatro canciones, las únicas que tenía en el móvil y que usaba siempre como banda sonora de sus duchas. Después salía con una toalla enrollada al cuerpo y se sacaba su pelo infinito mientras me hablaba, y yo moría. Moría de amor, claro. Ella era tan inteligente que no paraba de desordenarse la cabeza, y cada vez que avanzábamos algo, le ordenaba que se alejara de mí. Luego, cuando se volvía a acercar y analizábamos (y le reprochaba) su comportamiento, me daba la razón y, aprovechando aquello, yo le cantaba al oído: «Así que no estés tan hermética, tan misteriosa y enigmática. A mí me gusta ser más básico, más visceral, más práctico». Después, nos cubríamos con besos y alegrías.

Sin embargo, un día decidió volverse hermética de forma definitiva y desde entonces no hemos vuelto a detener el tiempo juntos.



LA MUJER DRAGÓN

Hace ya tiempo que me trajo de Londres una taza con la Union Jack. Se fue los primeros días de marzo con su amiga Pilar a visitar la ciudad en un viaje relámpago. A pesar de que fueron solo tres días echamos de menos cada poro de nuestra piel. Volvió un jueves, pero bien entrada la noche, y quedamos a desayunar al día siguiente en su piso. Un desayuno andaluz que en realidad convertíamos siempre en un desayuno jodidamente universal después del que éramos capaces de acariciar nuestros latidos.

A las diez y media me presenté allí, me abrió la puerta y me recibió con sus brazos eternos y con el pelo aún mojado de la ducha. Estaba terminando de prepararlo todo. Había colocado el mantel en la mesa del salón. Servilletas, café, Nesquik, Donuts Fondant, pavo y barritas de aceite con tomate y sal. En medio dos tazas sobre dos platos, las dos con la bandera británica. Ella me dijo:

—Venga, venga, siéntate, que ya no queda nada para que esté todo preparado.

A mí siempre me gustaba ayudarle en la cocina con lo que estuviera haciendo, ya fuera cocinando (mal) o fregando (bien), y ella siempre se negaba a que hiciera ambas cosas. Cuando no hacía caso a sus indicaciones y me ponía a lavar los platos después de comer, se cabreaba infinitamente, dejaba de hablarme y me llamaba cabezón, hasta que finalmente se acercaba a mí y, mientras fregaba, me abrazaba por la espalda y, descalza, se ponía de puntillas para besarme en las mejillas. Y cuando hacía eso nos acordábamos de una escena de *El palacio de la luna* y yo decía:

—¿Eres la mujer dragón?

Y ella respondía:

—Sí, he venido a atraparte.

Y en esos momentos una explosión de felicidad irrumpía en mi sistema nervioso con todas sus consecuencias, mientras sus brazos se enroscaban en mi cuerpo y su cabeza se apoyaba en mi espalda notando el calor de su tibio aliento. Aquel día el desayuno se prolongó hasta la comida y la comida se convirtió en merienda. Así hasta la última hora de la tarde, cuando nos despedimos en la estación de Atocha. Ese fin de semana lo iba a pasar en su tierra, la forastera volvía a sus paisajes. Yo regresé a casa con la taza, el olor de su piel y cinco centímetros de su pelo que aún guardo en una cajita. Su pelo largo, liso, castaño y perfecto. Nunca pasaba por la peluquería y yo me convertí en el encargado de hacer, cada cierto tiempo, aquel sencillo y gratificante trabajo.

Muchos meses después, cuando todo acabó entre nosotros, no soportaba ver aquella taza entre los vasos de mi cocina y se la regalé a un amigo que pasaba por casa. Él se la llevó al mostrador de su trabajo para meter bolígrafos, rotuladores,

etcétera. Mi colega trabajaba en un famoso anticuario de la ciudad y allí se quedó la taza, con su bandera y aquella burbuja que tenía por dentro debido a un defecto de fábrica y que siempre hacía tropezar a la cuchara cuando se removía.

Este verano estuve en Bilbao. Me fui con mi amigo Nacho a pasar allí una semana que se puede resumir en beber cerveza, comer *pintxos*, visitar lugares, hacer surf y conocer a Susi.

Susi era la tía de Nacho, una viuda con dos hijos, ya emancipados, que nos cobijó en su casa aquellos días. Una mujer extraordinariamente generosa y con una vida bien interesante. A sus sesenta y pico años, recién jubilada y sola en casa, necesitaba hablar y hablar con el primero que pasaba por allí. Una mujer educada e inteligente que siempre se expresaba con palabrotas que le hacían a uno descojonarse de la risa. Sus muletillas más usadas eran: «Que te cagas», «De puta madre» y «Vienen a tocarme las pelotas». Además, siempre que quería empezar a explicar algo nos decía: «Os voy a contar una cosa». A pesar de que yo no tengo ni puta idea de nada y rayo la subnormalidad mental, tuve la oportunidad de dormir en su casa, un lugar que albergaba arte en cada rincón. Congeniamos pronto y exigí que me la enseñara pidiéndole una explicación de cada objeto que en ella había. Cada espejo, cada escultura, cada cuadro, cada libro, cada detalle. Por respeto a la tía Susi y a todas las cosas bonitas que deben permanecer más bien en nuestras retinas y cerebros, solo hice un par de fotografías a su gigantesco hogar.

Empezamos por la primera planta. Rápidamente me di cuenta que era una experta del estilo *kitsch*, de las antigüedades y de los *souvenirs*. Todo mezclado. Muebles del siglo XIX junto a un *Guernica*, cuadros contemporáneos de artistas muy cotizados y tallas de vírgenes y santos de un metro de alto y, cerca de ellas, unos carteles originales del Partido Comunista. También había una colección de relojes de bolsillo y campanas de iglesias románicas colgadas del techo del portal de la terraza. Todo aquello tenía vida. Cada objeto tenía su historia y explicación.

Lo último que me enseñó fue su cuarto, donde me dijo que jamás llevaba a sus invitados y por ello no hablaré de las cosas tan bellas que había ahí dentro. Solo diré que al abrir la puerta y cruzar un pequeño pasillo, lo primero en lo que me fijé fue en su mesilla de noche, con una taza encima que tenía dibujada la bandera de Reino Unido. Pensé que aquello era una bonita coincidencia y le pregunté por ella. Riéndose me dijo: «Mira, aunque no lo parezca, yo soy muy gitana, y después de hacer compras en un anticuario que te cagas del barrio de Salamanca, la robé de la mesa del dependiente». Al escuchar eso, morí por dentro. La miré a los ojos y le pedí permiso para examinarla. Nervioso, saqué los bolígrafos y todo lo que llevaba dentro (la mayor parte de cosas se me cayeron sobre su alfombra persa), miré dentro de la taza y allí estaba el jodido bulto, el puto defecto de fábrica que me impedía mover la cuchara con eficacia. Lloré allí mismo. Cuando me tranquilicé le conté la historia, ella lloró también, nos consolamos con un abrazo y me volvió a regalar la taza.

Desde entonces he asumido que es imposible escapar de un buen recuerdo, ni

siquiera de su parte más material, porque acaba volviendo a ti de alguna forma en este universo infinito al que, de cuando en cuando, le da por alinearse y romper tus esquemas. Aquella brutal coincidencia me hizo recordar que aún no he sentido unas garras tan poderosas y aguerridas como las de la mujer dragón cuando me abrazaba en su cocina.

...0000*

LA CLARINETISTA

Tocaba el clarinete en el conservatorio y en la banda de su pueblo desde que era muy pequeña y me había contado que, en su opinión, como Richard Wagner y su ópera no había nadie ni nada. Me había hablado de él desde el principio, cuando me dijo también que Nietzsche era su filósofo predilecto. Nuestras conversaciones eran así desde que nos conocíamos. Éramos capaces de enlazar una cosa detrás de otra, ya fueran temas elevados o las tonterías más grandes del mundo. Supongo que lo jodidamente ideal en dos personas que se atraen, que se aman, es poder hablar durante horas de todo tipo de temas, profundizar en ellos y poder discutirlos. A mí eso que decía Neruda de «Me gustas cuando callas porque estás como ausente» me parece una auténtica chorrada y una frase de todo menos bonita. Sin embargo, supongo que la mayoría del mundo inclina la cabeza ante esa estúpida oración. Yo me quedo con lo que decía Rubén Pozo de «Me gustas cuando hablas y se calla Neruda». Con ella era así, cuando me hablaba, podía notar que el mundo se detenía, hacía callar a la tierra y parecía que los grandes tesoros del universo se congregaban allí mismo, entre los dos, en cualquier lugar donde estuviéramos juntos.

En este caso, llegamos a Wagner porque Nietzsche fue un gran amigo suyo, hasta que Richard se convirtió al catolicismo y la amistad de ambos se destrozó por completo. Una verdadera desgracia, ya que, según he leído después, ambos vivieron jodidos el resto de su existencia sabiendo que habían hecho añicos una amistad perfecta, algo único que se atrevieron a romper de forma definitiva. Aquello fue para ambos una de esas espinas que se quedan clavadas de forma perpetua y se recuerdan cada día. Se pasaron toda su existencia torturándose, preguntándose cómo hubiera sido su vida si un día hubieran decidido no clavar esa maldita lanza en lo más profundo y escondido de sus almas. Conozco a mucha gente que vive vagando en una felicidad mediocre, y sufriendo, en ocasiones a escondidas, como una criatura mitológica que ha sido herida en el bosque y logra esconderse de sus captores entre la maleza para acabar muriendo poco a poco, inconsciente, sin darse cuenta.

A mí desde pequeño me gusta la música clásica, pero no soy un experto como ella. Cuando la conocí, me empezó a interesar mucho más y la escuchaba a menudo. Cada vez que me hablaba de algún compositor, lo buscaba en Spotify y me dedicaba a escuchar algunas de sus piezas. Pero especialmente me interesé por Wagner porque siempre me contaba alguna anécdota sobre él y además a mí también me despertaba cierta curiosidad. Recuerdo una tarde de mediados de enero que íbamos paseando y entramos en Colby, un café que está frente al mercado de Fuencarral. Nos sentamos uno al lado del otro y, mientras esperábamos al camarero, ella sacó del bolso un par de DVD de *Los cantores de Núremberg*, una ópera de Wagner de la que me había

hablado. La verdad es que era cojonudo poder quedar con una chica tremendamente inteligente, guapa y divertida para hablar o hacer determinados planes, como por ejemplo prestarse un CD de ópera, sin parecer unos putos frikis.

Eso fue después de unas Navidades que, por supuesto, no pasamos juntos porque ella se había ido con su familia, lo que provocó que nos echáramos de menos a unos niveles muy radicales hasta el punto de, sin darnos cuenta, esa tarde acabar abrazados en aquel café. Abrazados como nunca, con nuestras caras pegadas una a la otra, que de cuando en cuando se giraban para besar nuestras mejillas hasta que nuestras cabezas se movieron a la vez y se encontraron nuestras narices, respirándose la una a la otra, cogiendo el aire que expulsaba el otro e inhalándolo como si fuera un perfume, llenando nuestros pulmones de verdadero gozo y, sin darnos cuenta, (o sí) de pronto, pasó. Su boca encontró la mía y me besó por primera vez. Y lo hizo con tal delicadeza, amor y dulzura que provocó un verdadero terremoto dentro de mí. Recuerdo cómo sus ojos estaban tan abiertos que en ellos se reflejaban las luces del local y no pude evitar acordarme de aquel poema de D'Ors que decía: «Y estar aquí contigo, respirándote, viendo / la lámpara del techo reflejada en tus ojos». Y se lo dije porque eso era exactamente lo que estaba sucediendo. Cuando nos fuimos de la cafetería, tuve que volver a entrar porque había olvidado sobre la mesa los DVD. Os cuento este detalle para que os imaginéis el hechizo que me habían provocado sus besos.

A las pocas semanas de aquello me enteré de que en el Teatro Real en el mes de marzo habría un estreno mundial de una compañía de ballet con música de Wagner y Verdi. Además, con el carné joven las entradas tenían un descuento del noventa por ciento, cosa que se agradecía para el bolsillo de un estudiante. Era un buen momento para sorprenderla y llamé inmediatamente a Nacho para que me acompañara corriendo a sacar los tiques e intentar coger un buen sitio. Conseguí dos butacas en sexta fila. Entretanto Nacho no paraba de darme el coñazo diciéndome que ni se me ocurriera enseñárselas a ella para que no viera el precio «Y así se piensa que te han costado mínimo cien euros...». Típico consejo inútil de amigo que, por supuesto, ignoré por completo y que nos sirvió de mofa cuando luego se lo conté a ella, que, muerta de risa, se limitó a decir: «Puto Nacho».

Cuando llegó marzo y aquel sábado perfecto, quedamos en Moncloa y nos fuimos juntos a Ópera. Ella llevaba un vestido negro muy bonito y además me confesó que en el bolso tenía unos tacones que, por cierto, luego nunca se puso. Me gustaba mucho su naturalidad. Me gustaba que hubiera decidido quedarse con sus manolequinas. Se suponía que era una sorpresa y no sabía adónde íbamos, pero ya le había dado alguna pista y de camino al teatro sacó un folio de su chaqueta en el que había escrito con rotulador verde: «WAGNER». Me había descubierto pero igualmente estábamos emocionados. Entramos admirando la belleza del teatro y nos sentamos en nuestras butacas. Aún quedaba media hora para el comienzo, pero nos quedamos allí tranquilos, hablando; y fue un acierto, porque había un clarinetista

poniendo a punto su instrumento y dio la casualidad de que empezó a tocar suavemente una parte del concierto de Mozart para clarinete. El mismo concierto que años atrás le tocó a ella preparar para la prueba de grado medio de conservatorio, una historia que me había contado con pelos y señales con la promesa de que algún día lo interpretaría solamente para mí.

Cuando comenzó a sonar la pieza pude notar cómo se emocionaba. Y, como cada vez que nos sucedían cosas así, yo le dije: «¿Ves? Cuando estamos juntos, somos capaces de hacer que cualquier cosa sea posible». Y era una verdad de esas que son más grandes que cualquier catedral gótica del mundo. Empezó el concierto y ella de cuando en cuando me susurraba si la pieza era de Verdi o de Wagner. Yo también le preguntaba cosas. Recuerdo que, cuando sonó un fragmento de *Tannhäuser* mientras el coro cantaba con fuerza, me enseñó el programa y, golpeándolo con el dedo, me dijo: «Esta es de *Tannhäuser*, una ópera clave». Desde entonces, como os he contado antes, empecé a llamarla, de vez en cuando, Tanjauser. Fue brutal poder estar sentado con ella escuchando lo que era su pasión. Fue brutal cómo me agarraba de la mano mientras sonaban Wagner y Verdi. Fue brutal cómo dejaba de mirar al escenario para mirarme con unos ojos sinceros que eran capaces de hablarme.

Al acabar el concierto me dijo que me quería invitar a cenar a un Foster Hollywood. Tenía ese capricho y fuimos al que estaba justo al lado del teatro. Después, como solía hacer normalmente, la acompañé hasta el portal de su casa, pero esa noche me invitó a subir. Abrimos una botella de vino tinto y, tras unas copas, nos devoramos el alma. A las cuatro de la mañana volví a mi casa recordando cada segundo de cada momento desde que la vi aparecer con aquel vestido negro aquella tarde de marzo. Unas semanas más tarde fuimos a ver a Iván Ferreira, y al jueves siguiente decidió que era el día de interpretar para mí aquel concierto de Mozart para clarinete.

Después de clase fuimos a comer a Potomac, un bar restaurante cerca de su piso que nos gustaba visitar con frecuencia, donde comimos pizza y una ensalada César, que ahí, dicho sea de paso, está cojonuda. Al terminar subimos a su piso, sacó la partitura que ya me había enseñado un día en clase, abrió el estuche del instrumento y empezó la magia. Marcaba con su pie el compás, haciéndolo golpear contra el suelo. Sin hacer movimientos extraños con el clarinete ni con su cuerpo. Ella no bailaba porque ya lo hacían sus manos, sus labios y su respiración. Sus dedos, como pequeñas arañas, se movían con delicadeza y rapidez pulsando cada nota con precisión, y su boca apretaba con dulzura la boquilla que poco a poco se iba pintando con el rojo intenso de su pintalabios. *Allegro, adagio, rondo allegro, allegro, andantino, rondo allegro*. Y yo ahí, sentado junto a ella en el sofá, siendo el hombre más afortunado del mundo mientras la fotografiaba con el móvil, orgulloso de ella, sin que se diera cuenta. Unas fotos que, por supuesto, no os puedo enseñar y es una pena porque veríais lo guapa que estaba aquel día.

Cuando terminó de tocar, me dijo: «Bueno, hijo mío, esto ya ha terminado»,

quitándole en cuestión de segundos toda la importancia a lo que había sucedido allí mismo. Solía hacer eso con frecuencia, quitaba valor a todas sus virtudes, a todas las cosas que sabía hacer como ninguna. Después nos besamos y sus besos sabían mejor que nunca, lo juro. Llámenme loco, pero en su aliento y su saliva se había quedado el olor y sabor de la música que acababa de interpretar. Recuerdo aquellos besos como los mejores de todos los que me ha dado y creo que jamás se lo dije. Aún puedo intuir el sabor perfecto que tenía aquel día su boca. Unos meses después se tatuó el pentagrama, escrito de su puño y letra, con el comienzo de aquel solo de clarinete del concierto de Mozart por ser el culpable de su paso a grado medio del conservatorio.

Después de eso, al ver su espalda desnuda, aquel pentagrama en su cintura entre otros tatuajes que por allí campaban, me sentía afortunado por poder abrazarlo sabiendo que, años después de ese examen tan importante para ella, lo había tocado solo para mí. Siempre recordábamos, y estoy seguro de que recordaremos, aquel mes de marzo como un mes intenso en el que hicimos cosas que no habíamos hecho nunca y siempre habíamos querido hacer, y solo las hicimos a partir del momento en que nos conocimos. Cosas que nos hicieron sentir más vivos que nunca en una etapa en la que creíamos estar más bien moribundos.

Cuando estaba en pleno proceso creativo, escribiendo y dándole vueltas a este relato, fui una tarde al cumpleaños de uno de mis sobrinos. Llegó la hora de la piñata y, cuando todos los niños se estaban matando por coger cada uno de los juguetes y chucherías, hubo un momento en el que, al agachar la mirada para ver qué había caído por el suelo, me estremecí al reconocer un silbato azul celeste con forma de clarinete. Era el único. Según lo cogí y le hice una fotografía, uno de mis sobrinos, que estaba enloquecido cogiendo cosas a puñados, me lo arrebató de las manos y salió corriendo.

Hace poco iba por Fuencarral con mi amigo Duki. Pasamos por Colby, aquella cafetería donde me besó por primera vez, y descubrí que ya no estaba, que la habían quitado y que la habían convertido en una puta tienda de ropa para *indies* y *hipsters*. Se me cayó el alma al suelo y me quedé atontado, mirando por el escaparate el lugar en el que me había besado, un lugar que ahora estaba ocupado por unos malditos maniqués. Pero, a pesar de ello, fui capaz de reconstruir en mi cabeza aquel momento.

Ahora, pasado el tiempo, muchas veces busco en Spotify el concierto de Mozart para clarinete y, cuando le doy al *play*, me sucede algo que solo consigo con la música: convertirme en máquina del tiempo. Y al escucharlo me veo allí, otra vez, con ella y puedo saborear el dulce aliento de su boca y soy capaz de emborracharme con el recuerdo de su saliva.



LA MUJER CON CARA DE YONQUI Y EL MENDIGO CON CAPA DE REY

Ella a veces me había hablado de él. Yo solía acompañarla hasta su barrio después de clase y, esporádicamente, en ese trayecto, me había explicado cómo era aquel mendigo que yo nunca había visto. «Es un mendigo que no da miedo a pesar de sus pintas porque siempre está sonriendo». Hasta ahí no había nada extraordinario en la figura que me pintaba, pero entonces me dio otro detalle que sí que me sorprendió: «El hombre lleva una capa muy apañada». Ella utilizaba mucho esa palabra para referirse a diversas cosas. A mí, por ejemplo, directamente me llamaba «apañao» en muchas ocasiones, sobre todo cuando hacía alguna cosa que le gustaba aunque no me costara hacerla e incluso la hiciera con todas las ganas del mundo. Me miraba mientras sus brazos recorrían mi cintura, y me decía: «Gracias, apañao», y me besaba sin dejar de sonreír, pegando sus dientes a mis labios mientras yo me hundía en su acento y degustaba el dulce sabor de su saliva.

El caso es que ella me decía que el mendigo llevaba una capa «muy apañá» hecha con bolsas de basura y ropa vaquera. Cuando me dijo eso, no podía imaginarme a qué coño se refería. Y siguió con su descripción afirmando que la capa era muy larga, pero que hacía poco, según ella había deducido, los de servicios sociales le debían de haber facilitado una ducha y ropa nueva. Habían tirado su capa, pero por lo visto había empezado a hacer otra que le llegaba ya a la altura de los hombros. Yo seguía sin entender, era incapaz de imaginar una capa así. Pero un día, al volver de clase por nuestro habitual recorrido, por fin nos cruzamos con él. Pasó a nuestro lado sin mirarnos, con una enorme sonrisa. Su pelo castaño, descuidado y revuelto se movía con el viento, y su barba, como un fósil misterioso de otra época, parecía solidificada alrededor de su cara como una enredadera. Tendría unos treinta y tantos. Cuando pasó, ella me miró con sus ojos vivaces como diciendo (según lo que interpreté en su gesto): «¡Por fin conoces al mendigo de la capa apañá!». Ella sabía hablarme con la mirada y yo sabía interpretar su lenguaje. Le sonreí y, rápidamente, hablando en voz baja como si fuera a contarme un secreto, me dijo ilusionada: «Fíjate en la capa». Y al volverme descubrí una capa pequeña que le llegaba hasta los hombros. Era de color azulado, tal y como me había descrito. Después de aquel día nos lo volvimos a cruzar varias veces más y veíamos cómo, poco a poco, su capa iba creciendo y volviéndose más larga. Él siempre pasaba sin mirarnos, pero, eso sí, con una sonrisa jodidamente gigantesca.

Uno de esos días de abril en que parece que ya es verano porque el calor del sol se queda pegado en el asfalto de la ciudad evitando así que haga frío, pero sin llegar a provocar un calor agobiante, ella me invitó a comer. No recuerdo exactamente qué

preparó, pero sí que había ensalada de pepino; mi preferida. Bueno, en realidad, era mi preferida desde la primera vez que la probé, meses atrás, también en su piso. Nunca antes me había tomado una y el día que le comuniqué ese dato se echó las manos a la cabeza diciendo: «¡Ay! Si es que eres más de ciudad... No tienes remedio». Desde entonces siempre le decía que me moría de ganas por volver a tomar una de sus ensaladas de pepino con ese toque de vinagre que solo ella le sabía dar.

Recuerdo que comimos tarde y, mientras ella terminaba de preparar la comida, puse la mesa. Al terminar la sobremesa nos quedamos atrapados en su sofá, tumbados, hablando de nuestras cosas con una separación de pocos centímetros entre nuestras caras. Respirándonos el uno al otro. A las seis de la tarde se acordó de que Lucía estaba a punto de llegar y que habían quedado para hacer unas compras. A mí no me gustaba invadir el espacio de su hermana en aquel piso pequeño de universitarias, aunque sabía que no le importaba porque, al igual que ella, Lucía también era verdaderamente generosa y cálida conmigo. Pero por una cuestión de educación yo siempre trataba de marcharme del piso antes de que llegara cansada de clase. El caso es que, al acordarse de la llegada de su hermana, se incorporó de un bote en el sofá y me dijo:

—¿Tengo cara de yonqui?

Siempre me hacía esa pregunta después de haber pasado horas juntos cubriéndonos de besos, abrazos y algún que otro mordisco. Me hacía esa pregunta porque no quería que su hermana la viera así. Siempre se comportaba igual: apartaba su cara de la mía, se ponía seria y me lo preguntaba.

—Claro que no tienes cara de yonqui, estás guapísima —le respondía yo.

Pero inmediatamente replicaba:

—Claro que tengo cara de yonqui, y es por tu culpa, idiota.

Yo me reía y la abrazaba como siempre, como si fuera el último abrazo que fuera a darle en toda mi vida, y mientras le tocaba el pelo que le caía más allá de la cintura.

Se metió en su habitación, se cambió de ropa y fue al baño a maquillarse para disimularse la cara de yonqui. Se puso una blusa amarilla que solo le vi aquel día, conectó el iPod a sus altavoces, empezó a sonar «Rosa María» de Camarón a todo volumen y me dijo que no me pusiera pesado con ayudarla y que me quedara «sentaíco» en el sofá porque no iba a tardar nada. Abrió la ventana y se puso a tender la ropa en las cuerdas. Yo me quedé allí, sonriendo, hechizado al contemplar cómo el sol entraba por la ventana y todo su fulgor se congregaba en aquella magnífica blusa amarilla. Me puse a cantar la canción y a acompañarla con las palmas y ella, de cuando en cuando, se acercaba y me daba un beso. Cuando me incorporaba del sofá y trataba de echarle una mano se ponía seria y me amenazaba con quitar la música y echarme de una patada en el culo. Yo obedecía riéndome de su amenaza, me volvía a sentar y disfrutaba de aquella danza de su cuerpo mezclándose con el sol al ritmo de Camarón, del más grande cantaor de todos los tiempos.

Al salir del piso para volver a casa y bajar la calle, me fijé en que por la otra acera

subía el mendigo de la capa. Hacía unos cuantos meses que no lo veíamos y su peculiar manto había crecido mucho. Era una capa de auténtico rey. Sin dudarle un momento fui detrás de él, saqué el móvil y le hice una fotografía. Luego se la envié a ella para que viera cómo había crecido desde entonces. Después de aquel día desapareció del mapa. Ella tampoco lo veía por el barrio, pero cuando llegó el verano y empezó a trabajar en una tienda de la calle Goya, se hizo amiga de un mendigo que cada mañana se sentaba junto al escaparate de Lagasca esquina con Goya. Se trataba de un mendigo que veo allí desde que era pequeño. Cuando le tocaba abrir la tienda, lo primero que hacía era invitarlo a un café mientras charlaban. No se entendían bien porque él no hablaba buen español. Cada vez que me contaba que había estado tomando un café con aquel mendigo y sus perros, era aún más consciente de que me había enamorado de la persona adecuada.

Hace un par de meses, cuando caminaba por Argüelles haciendo gestiones, de pronto vi al mendigo de la capa saliendo de la boca del metro. Hacía tiempo que lo había borrado de mi mente, y al verlo sentí el profundo vacío que me invade desde que ella ya no está. El impulso que sentí fue ir a saludarlo, como si fuera un viejo conocido de toda la vida, y eso hice. Mientras me dirigía a su encuentro, me vino a la cabeza el día que ella me enseñó una foto de su amigo, el mendigo de la tienda. Salía sentado en el suelo, sonriente, pletórico, sosteniendo con una de sus manos el vaso de cartón con café al que todas las mañanas ella lo invitaba antes de entrar a currar. Pensé que, si ella hubiera estado allí conmigo, en ese preciso momento, le hubiera querido invitar a un café, así que decidí hacerlo en su honor. Cuando llegué a su altura, lo saludé y él, sin mirarme, como había hecho siempre, con su sonrisa de lado a lado me dijo «Hola» mientras seguía caminando calle abajo, hacia plaza de España.

—¿Quiere un café? —le pregunté.

Al escuchar esas palabras se detuvo, me miró fijamente y, sonriendo, dijo:

—Sí, por favor.

Lo llevé hacia el Starbucks de Argüelles y, cuando estábamos a punto de entrar, me dijo:

—No hace falta que sea aquí, el café es muy caro. Mejor en otro lado.

Obedeciendo a su petición, cruzamos la calle Alberto Aguilera hasta llegar a Blasco de Garay y entramos en el primer bar que encontramos. Nos sentamos en la barra, pidió un café con leche y yo una Coca-Cola. El hombre olía mal y su capa caía sobre el taburete. Era incluso más larga que la última vez que la fotografié. Cuando nos sirvieron, tímidamente traté de comenzar un diálogo con algo así como:

—Bueno, ¿qué tal todo? —Aunque según hacía la pregunta pensé que era una auténtica cagada comenzar así una conversación con un mendigo.

Él, con su generosa sonrisa, me dijo:

—Lo siento, pero no me gusta hablar mucho.

Ante eso no supe qué decir, así que me quedé callado mientras se escuchaba cómo sorbía el café en todo el puto bar.

—¡Uy! ¡Cómo quema el cabronazo! —blasfemó mientras seguía sorbiendo.

Volví a insistir y le dije que hacía tiempo lo había visto con una capa muy pequeña, y se me ocurrió preguntarle cuál era la razón de que la que llevaba fuera más larga. En ese momento dejó de sonreír, dejó de sorber el café, que se le vertió un poco sobre la barba, y me miró extrañado mientras decía:

—¿Capa? ¿Qué capa? Esto no es una capa.

Le pregunté entonces qué cojones era lo que llevaba a sus espaldas y, sin sonreír, me dijo que no quería contármelo. Al final lo terminé convenciendo y me explicó que se dedicaba a tejer mantas para regalárselas a otros mendigos y que las llevaba siempre encima porque «uno nunca sabe cuándo puede aparecer en la calle material para terminarla». Me quedé impresionado con la generosidad de aquel hombre y me hizo sentir ridículo y egoísta. Yo allí, invitándole a un café de mierda, mientras él se dedicaba a regalar algo más útil a los mendigos de Madrid.

Cuando terminó de sorber el café y yo de beberme la Coca-Cola, salimos del bar. Nos dimos un apretón de manos y, antes de soltarnos, le pregunté que para quién iba a ser la manta que llevaba encima. Sonriendo y apretando con fuerza mi mano, me dijo:

—Es para el mendigo que está siempre en Lagasca con Goya, ¿lo conoces?

Me quedé congelado sin poder responder nada y, antes de que pudiera reaccionar, me soltó la mano y, ya dándome la espalda, mientras se alejaba, pude escuchar cómo decía:

—Es un viejo amigo mío. Lleva ahí toda su maldita vida.

Volví a casa pensando en ello y, nada más entrar en mi habitación, me senté en mi silla y sobre mi mesa, aún con el olor del mendigo en mis manos y con el recuerdo más vivo que nunca de esa mujer que decía tener cara de yonqui, empecé a escribir esta historia.



NUNCA NADIE

Desde hace siete años no he parado de ir a conciertos. En un momento de mi vida empecé a hacerlo y desde entonces no me he desenganchado. En estos últimos dos cursos he estado en una infinidad, de todo tipo y género, incluyendo cuatro festivales de verano y una ópera. De todos los conciertos a los que he ido en este intervalo de tiempo, a cinco de ellos fui con ella. Esta es la historia de un concierto.

Fue a finales de septiembre de 2012. Nacho y su novia Iciar me compraron la entrada sin avisarme. Por lo visto, iba a ser un plan de parejitas, porque íbamos nosotros tres y una amiga de ella soltera, divertida y guapa. Pensaron que, además de escuchar buena música, sería un buen momento para que conociera a una chica con la que lograra congeniar. Pero lo último que yo quería era eso. Después de haber estado todo el puto año entre las cuerdas, noqueado por la chica a la que más he querido hasta el momento, un mes antes del concierto me había mandado a tomar por culo. Así, de golpe y porrazo. Y, claro, mis ganas de conocer a cualquier otra persona eran nulas, por muy soltera, divertida y guapa que fuera. Mi estado anímico me lo impedía.

Seis meses antes de que me mandara a tomar por culo, en el día de su cumpleaños, le regalé, entre otras cosas, el último disco de Leiva junto a una carta describiendo cada una de las canciones que componen el CD y explicando los paralelismos que tenían las letras con la historia que estábamos viviendo juntos en aquel momento. Por ello, ese disco es nuestro y de nadie más. A esto tengo que añadir que el concierto al que me invitaron era de Leiva, por lo que, en vez de disfrutarlo, iba a estar bien jodido.

El espectáculo arrancó y desde el primer segundo no pude evitar pensar en ella. En eso se resumió la siguiente hora y media. Con cada canción recordé todas las cosas que había escrito para ella a modo de regalo, todo lo que nos evocaban y todas las veces que nos hicieron gigantes y minúsculos. Trataba de imaginar dónde estaría ella en ese preciso momento, dónde estaría mientras yo cantaba las mismas canciones del día de su cumpleaños. Entonces empezaron a venirme a la cabeza imágenes de ella, pero no de ella a secas, sino de ella con algún cretino-pardillo, siendo feliz. Y eso me mataba. Llamadme hijoputa, pero eso de decirle a tus ex «Me alegro de que seas feliz con otra persona» es para fracasados, idiotas, rendidos y, sobre todo, para los que nunca han querido de verdad. Cuando alguien dice eso, hay dos opciones: o está mintiendo o ya no queda nada. Y si no queda nada, es que nunca hubo algo.

A la mitad del concierto, por detrás del escenario, a kilómetros de allí, una lluvia de fuegos artificiales inundaba el cielo y eso agravaba mi maldita aflicción. Me estaba poniendo tonto, gilipollas, nostálgico o como quieran llamarlo. Pensaba que

ese preciso momento tendría que estar viviéndolo con ella, deseaba con todas mis jodidas fuerzas que ella estuviera allí, conmigo, viendo todo aquello, como yo, para que así pudiera entenderme de una puta vez. Pensaba que todo estaba perdido, me sentía cabreado (y fracasado) porque estaba convencido de que ella ya me había olvidado por completo. Acabó el concierto. Me sentía como una auténtica mierda andante. Vacío. El plan de parejitas había fracasado y aquel concierto solo fue un puñetazo para mi alma que la dejó ensangrentada.

A los pocos días me escribió al móvil. Me quería pedir perdón por haberme mandado a tomar por culo de aquellas malas maneras el mes anterior, y además quería quedar conmigo para explicarme por qué lo hizo. No recuerdo cómo se desarrolló la conversación, pero en un momento dado me dijo: «El sábado estuve en el concierto de Leiva y, claro, no pude parar de pensar en ti ni un segundo. Así que hasta que no saque un nuevo disco no pienso volver a un concierto suyo, ni a escuchar sus canciones». Cuando leí aquello, me estremecí. Resultó que ella también estaba allí, y lo mejor de todo es que había sentido lo mismo que yo. Me envió una foto del concierto y estábamos prácticamente al lado, pero no nos vimos, ni escuchamos nuestras voces gritando esas canciones que habíamos compartido tantas veces. Aquel día me di cuenta de que, si una persona desea algo con todas sus malditas fuerzas, es probable que lo deseado suceda si la otra persona también está deseando que suceda lo mismo con todas sus malditas fuerzas. Llamadme cursi, pero es la jodida realidad. La triste y magnífica historia de mi vida se desarrolla rompiendo continuamente las leyes básicas de la probabilidad. Leiva publicó después *Pólvora*, un nuevo disco, y otra vez, justo como esperaba, sus canciones también hablaban de nosotros. Y sé que cuando ella las escuche, esté donde esté, recordará lo diferentes y únicos que somos del resto, y estoy seguro de que le entrarán ganas de atravesar el mundo para reencontrarse de nuevo conmigo. Mientras tanto, nunca nadie sabrá la verdad. Esta fue la historia del sexto concierto al que también fuimos juntos, pero sin saberlo.



HISTORIA DE UNA CAMA

Me fui unas Navidades a pasar unos días a una casa rural con mi familia. La verdad es que no recuerdo por qué. No solemos movernos de nuestra ciudad en esas fechas tan señaladas, pero eso fue exactamente lo que hicimos. Nos fuimos a un puto pueblo perdido en medio de la nada, como se suele decir. Estaba a cuatrocientos kilómetros, por lo que tuve que equiparme con mi música, mis auriculares y alguno de mis libros para leer por el camino. Ese año estaba muy obsesionado con Nietzsche debido a que ella era una verdadera experta en el autor y yo en cambio sabía lo justo y (no) necesario sobre él. Eso se solucionó cuando un día me regaló un ejemplar de *El Anticristo* y otro de *Ecce Homo*, acompañados de una avispa dedicatoria en la primera página para advertirme de lo que me iba a encontrar al abrir el libro y en la que, al final, mencionaba una broma que de vez en cuando nos recordábamos: «El día que nos casemos, tendremos una maldita cama en la terraza de nuestra casa para dormir allí en verano». Nos encantaba decir «Maldita sea», siempre lo decíamos en los momentos más inesperados de nuestras conversaciones para estallar en dos risas que se unían como un par de bombas frenéticas de alegría.

Más tarde yo mismo me compré *Zaratustra* para así completar la trilogía más mítica del filósofo alemán y, ya de paso, meterme un poquito más en la cabeza de esa chica. Porque, al fin y al cabo, una persona, entre otras muchas cosas, es la suma de sus lecturas, y yo en ese momento quería conquistar el cerebro de aquella mujer que hacía tiempo que me había atrapado. Ya habían pasado unos meses desde que nos habíamos alejado, y por esa razón volver a leer el final de aquella dedicatoria me hacía morir un poco, justo el efecto contrario que antes me producía. Me pasé dos meses subrayando esos tres libros. Repasando frases, teorías y locuras, para llegar al veredicto final de que Nietzsche tenía una forma brutal de escribir y una personalidad arrolladora y que podía decir lo que le saliera de los cojones en una época en la que decir lo que te saliera de los cojones era una blasfemia absoluta. Eso me hizo llegar a la conclusión de que, aunque no adopte toda la filosofía nietzscheana, me parece un hombre que tuvo dos cojones avalados por unas palabras que derrochaban una inteligencia privilegiada. Pero volviendo al tema, al viaje, allí estaba yo subido al jodido coche, junto a uno de mis hermanos, rumbo a no sé dónde, escuchando *El fluido García*, de Sidonie y subrayando como un energúmeno el *Ecce Homo*.

A los doscientos kilómetros hicimos un descanso. Mi viejo necesitaba echar una meada y nos tocó parar en el área de servicio más asquerosa del mundo. Todas las áreas de servicio de las carreteras, en general, son asquerosas y esta hubiera podido ser aceptable si me hubiera olvidado de comentaros el pequeño detalle de que estaba abandonada. No quedaba piedra sobre piedra, salvo un pequeño muro derruido que

alcanzaba una altura de tres metros y un largo de diez, aunque quizá en el pasado hubiera sido aún más alto y grande. Aprovechando ese parapeto, mi viejo y yo fuimos a mear allí, cada uno en un lado del muro. Ya en plena faena, mi padre me dijo:

—Cuando acabes con lo tuyo, pásate a este lado, te gustará más.

No supe a qué se refería. Me abroché la bragueta y pasé al otro lado del muro. Se me hizo un nudo en la garganta al ver una pintada gigantesca en la que ponía: «Así grafiteó Zaratustra». Eso me hizo pensar que todo o todos estamos conectados en este mundo de una forma u otra. Tal cual.

Un impulso extraño me hizo tirar contra el muro la piedra más grande que encontré en el suelo y luego nos fuimos de allí. El sol iba cayendo sobre las carreteras secundarias en las que nos habíamos adentrado. Las atravesamos con la tranquilidad que regala el aire fresco del campo y el color místico de un atardecer cargado de colores que parecían conspirar con los pájaros que volaban en bandadas cruzando el cableado eléctrico. Al llegar a la casa ya era de noche. Nos recibió un matrimonio de viejos que se hacían llamar Ernesto y Felisa. Eran cariñosos, serviciales, divertidos y naturales. «¡Me cagüen tó, pero si llevas una maleta más grande que tú!», me soltó Ernesto nada más verme.

Ellos eran los dueños. Cuando sus cinco hijas se fueron a estudiar a la ciudad y abandonaron el pueblo, decidieron convertir su domicilio familiar en una auténtica casa rural con todo tipo de lujos, pero sin variar algunas cosas típicas como muebles antiguos, objetos decorativos, etcétera. Ella preparaba los desayunos, las comidas y las cenas. Él se encargaba de arreglar las averías, cuidar del jardín y lo que hiciera falta. Vivían a cinco minutos de nosotros, en una caseta de vigilantes que estaba dentro de su propiedad, en un campo colindante. Nos explicaron la distribución de la casa y cuáles eran nuestras habitaciones y se despidieron hasta la mañana siguiente. A mí me tocó una habitación que era, según me dijo Felisa, de la pequeñita de sus niñas. Era bonita. La chimenea estaba encendida y se escuchaba el dulce crujido del fuego al contacto con la madera. Estaba muy cansado y no tenía hambre. Abrí la maleta, saqué el pijama, me lo puse y puse el resto de la ropa sobre la cama. Abrí el enorme armario para meter la ropa y me sorprendí al ver que el lado izquierdo estaba repleto de todo tipo de cosas: una lámpara destartada, un florero de cerámica, carpetas, pósteres enrollados, botes vacíos de la misma colonia y el maldito barril de cerveza.

Al principio no sabía qué era porque estaba tapado con unas viejas mantas y solo se veía una parte. Por curiosidad aparté las mantas y allí estaba: un pequeño recipiente de cinco litros de, posiblemente, la cerveza más asquerosa del mundo con la utilidad y el mensaje posiblemente más bellos que he visto jamás y que afectaban directamente a mi pasado, presente y futuro. Habían abierto una ranura en la parte de arriba del barril, que obviamente ya estaba vacío. Era un barril convertido en una hucha. Hasta ahí puede ser normal (o no), pero la jodida realidad es que a su alrededor habían escrito con un rotulador azul el objetivo de aquellos ahorros: «Para nuestra primera cama o lo que surja...». Al leer el mensaje, mi sistema nervioso

envió calambres a todas mis extremidades y pensé que ojalá aquello fuera una broma de mal gusto. Después pasé a reírme a carcajadas, como un chiflado sentado en el suelo y una parte de mí, que hacía tiempo que ya estaba muerta, resucitó. Volví a pensar que todo está conectado. Cuando volvió la seriedad a mi cuerpo, me puse a imaginar, y pensé en la pequeñita de las hijas de Felisa y Ernesto. Imaginé que un buen día habría iniciado aquel sueño con el que fuera su novio y quise imaginar que lo lograron, que no lo gastaron en cualquier «o lo que surja», sino que vaciaron la hucha hasta el último céntimo y compraron su primera cama en el maldito Ikea. Cogí el barril, o más bien la hucha, y, sin quitarle ni una mota de polvo, la puse en el suelo y le hice una fotografía. Salí de la habitación y estuve durante media hora paseando, pensando en ella, en aquella chica que antes quería tener conmigo una cama en la terraza de nuestra casa.

Con las luces apagadas regresé a la habitación. La noche seguía su curso. El viejo parqué de madera crujía a cada paso que daba. Estaba intentando dormir en una casa rural levantada en un pequeño cerro por encima de las casas del pueblo. Cerca quedaba la vieja iglesia y la plaza. Podía escuchar cómo el reloj del ayuntamiento marcaba las horas con golpes profundos y secos de campana. En la calle no había ni una sola alma. Era la una de la madrugada y el frío de diciembre no dudaba ni un segundo en helar cada trozo de los callejones vacíos que iba encontrando a su paso y, sin embargo, era incapaz de congelarme todos los recuerdos con ella que en ese momento se estaban apoderando de mi cabeza. Cerré las ventanas. A lo lejos se oía a los perros, como auténticos lobos, aullando su nombre o algo parecido.

•••••

EN MIL PEDAZOS, OTRA VEZ

Llevábamos meses sin hablarnos y esa noche no sé por qué, pero tenía el pálpito de que me iba a escribir al móvil. Yo nunca le escribía. No por nada, me moría de ganas de hacerlo cada día, y aún me sigo muriendo, pero cada vez que lo había hecho, ella era totalmente hostil e inmune a mis palabras. Había construido unos muros impenetrables. Era completamente hermética. Así que decidí dejar de intentar contactar con ella, porque las consecuencias siempre habían sido negativas. Hace tres mayos que estuvimos juntos en la presentación del disco *Santacruz*, de Supersubmarina, en la sala But. Fuimos de los pocos afortunados que compramos las entradas antes de que se agotaran. Teníamos muchas ganas de ir a ese concierto. Daba la puta casualidad de que era el día anterior a un examen final de una de mis asignaturas. Por aquel entonces me negaba a escuchar música en exámenes porque, cuando lo hacía y me ponía a estudiar, retenía en mi cabeza las canciones que había estado oyendo y me resultaba imposible concentrarme. Ella se reía de mí y me llamaba exagerado.

El caso es que publicaron *Santacruz* pocos días antes del concierto de presentación y, por ende, del examen, y decidí saltarme mi estúpida norma de no escuchar música por la simple razón de que tenía la sensación de que aquel disco hablaría de nosotros dos, y no me equivoqué; y ella, después de escucharlo, me dio la razón. A pesar de haberlo escuchado solo tres veces, llegué a la conclusión de que «Cometas» era la mejor canción del disco, aunque, insisto, cada canción había sido escrita para contar nuestra historia y al escuchar cada una nos estremecimos.

El concierto fue un miércoles y quedamos en nuestro lugar habitual, el de la primera vez, el café Comercial, junto a la salida del metro de Manuela Malasaña. Lo primero que hicimos fue ir a 100 Montaditos, porque ese día todo costaba un euro. Ella pidió tres montaditos y una Fanta; yo, cuatro montaditos y una sangría. También pedimos un cono de aceitunas, por supuesto. Todo para llevar. Con nuestra flamante caja rectangular aún caliente, nuestros vasos de cartón y mientras ella devoraba las aceitunas, nos instalamos en un banco en pleno Fuencarral. La gente que pasaba se nos quedaba mirando. Desprendíamos tanta alegría y naturalidad que supongo que se lo estábamos contagiando a todo el mundo que desfilaba a nuestro lado. Allí estábamos los dos, poniéndonos tibios, en un banco, riéndonos de la vida, desafiando a los cuatro elementos. Al acabar con las provisiones, entramos en la sala y allí disfrutamos de un concierto increíble. A la mañana siguiente, antes del examen, estuve estudiando en la biblioteca y no podía dejar de pensar en ella y en las canciones del nuevo disco. Al rato de estar allí me llegó uno de sus mensajes diciendo: «Deja de pensar en “Cometas” y aprueba el examen». Por ese tipo de cosas

(entre un millón más) estaba enamorado de ella. Era capaz de leer siempre mi mente. Como aquella vez que fui a Fnac a comprar dos entradas para ir a ver a Nacho Vegas y, cuando estaba allí, me envió un mensaje diciendo: «Seguro que ya estás en el Fnac comprando algo guay para mi cumple, que yo lo sé todo».

Pero volvamos al principio, a la noche en la que tenía el palpito de que me iba a escribir después de llevar mucho tiempo sin hacerlo. Ya era tarde y al día siguiente madrugaba mucho, pero en vez de acostarme estaba esperando a que sucediera aquello, lo juro. Y pasó exactamente lo que esperaba. Mi WhatsApp vibró con su mensaje: «¿Qué haces aún despierto?». Al leer eso pensé: «Si tú supieras...». Dio la casualidad de que en ese preciso momento Supersubmarina anunciaba en su Twitter que las entradas de su concierto en La Riviera salían a la venta. No lo dudé ni un segundo y le dije que estaba comprándolas para Nacho y para mí. Nacho se llevaba muy bien con ella y ella siempre me decía (medio en coña, medio en serio) que quería que él fuera su cuñado. No dudé tampoco en decirle que se viniera con nosotros y ella aceptó sin dudarle. El resultado fue comprar unas entradas dos meses antes del concierto sin saber qué cojones pasaría entre nosotros desde ese día hasta esa fecha.

Una semana después, quedamos para hablar de unos asuntos que teníamos que cerrar y yo aproveché para, antes de despedirnos, darle la entrada. Cuando la vio, me dijo que mejor se la guardara yo. Noté que se estaba echando atrás, así que presioné un poco para que se la quedara y viniera al concierto, sí o sí. Y pasaron dos meses como dos estancias del puto infierno de Dante, sin saber nada de ella, sin hablarnos, convertidos en dos completos desconocidos. Llegó el 13 de diciembre, el día del concierto, y yo estaba convencido de que no aparecería, de que seguiría sin dar señales de vida. Mi amigo, a primera hora de la mañana, ya estaba diciéndome que no me preocupara, que seguro que vendría. Yo lo dudaba absolutamente. Teníamos que estar allí a las seis menos cuarto porque nuestras entradas eran Meet&Greet, una manera finolis de decir que tienes acceso a la prueba de sonido y la oportunidad de charlar un rato con la banda.

A las tres de la tarde se puso en contacto conmigo para preguntarme a qué hora quedábamos. Como si hubiéramos hablado el día anterior, como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiera pasado nada. La realidad es que siempre que ella y yo nos hemos distanciado y hemos vuelto a unirnos, hemos sentido como si no hubieran pasado los meses, y hemos llegado siempre a la conclusión de que, a pesar de todo, siempre volvemos al punto exacto donde se quedó todo, donde dejamos detenida nuestra historia. Quedamos a las cinco y media. Nacho y yo llegamos cinco minutos tarde y, en cambio, ella ya estaba allí. Dos meses sin verla quizá os parezca poco tiempo, pero para mí habían sido eternos. Y allí estaba, joder, junto a la entrada de la sala, esperándonos, más guapa que ninguna, y le di dos besos mientras aspiraba suavemente el aroma de su pelo para quedármelo en la memoria. Mientras entrábamos en la prueba de sonido, Supersubmarina estaba ya improvisando un tema instrumental, una sencilla y bella composición ambiental que me puso los pelos de

punta y me hizo sentir afortunado de estar ahí, viviendo ese preciso momento, en ese preciso lugar, a su lado. Al situarnos en la pista, recordé cuando, meses atrás, entramos por esas mismas puertas con una ilusión aterradora, totalmente enamorados, para ver el concierto de Iván Ferreiro. Y, al evocar aquello, sentí cómo el corazón se me volcaba. Cuando las veinte personas que teníamos el pase especial ya estábamos en la sala, empezaron a probar las canciones. Yo no era consciente de que lo que iba a suceder hasta que empezaron con «Hogueras», una de sus canciones preferidas, una de las canciones de nuestra historia; y de pronto se me hizo un nudo la tripa recordando tantas imágenes que me venían a la cabeza de golpe. Después tocaron «Para dormir cuando no estés». Nos encantaba esa canción porque, como dice la letra, a mí también ella me llevó a un viaje por países de los que no sé volver, me contó secretos sobre cosas que no podríais creer, me condujo hasta las puertas del saber y nos rompimos en pedazos una y otra vez. Y porque nos gustaba cómo Chino subía la tonalidad de su voz en el estribillo final. Justo en el momento en el que lo iba a hacer, la miré y levanté el dedo pulgar hacia arriba para advertir el cambio de tono. Ella me sonrió como hacía tiempo que no lo hacía. Yo estaba temblando por dentro y apuesto a que a ella le estaba pasando lo mismo. Entre los dos estaba mi amigo, pensando, como siempre me dice: «Sois el hambre y las ganas de comer».

Luego sonó «LN Granada», «Hermética» y «De las dudas infinitas». Al terminar el ensayo hablamos un rato con cada integrante de la banda y nos echamos unas buenas risas por varias razones que no os interesarían y no os voy a contar. Salimos de allí más relajados y con la cabeza llena de recuerdos. Nos fuimos a tomar algo para hacer tiempo hasta que llegara la hora de la apertura de puertas. Estuvimos hablando los tres sobre música y de las cosas más cotidianas de la vida, que al fin y al cabo son las que nos gustaban y en las que encontrábamos los motivos para encendernos por dentro cada día. También discutimos sobre la raíz del *indie* nacional, como solíamos hacer, y siempre llegábamos a la conclusión de que la gente que se considera *indie*, si no conoce a Los Planetas, no tiene ni puta idea de lo que significa ese estilo. Una pena. Antes de irnos de allí, ella se excusó un momento para ir al servicio, y en esos tres minutos mi amigo sencillamente me dijo que éramos gilipollas, que se nos notaba a kilómetros algo especial, que dejáramos de perder el tiempo y comenzáramos a aprovecharlo juntos de una vez. Cuando vimos que volvía, cambiamos de conversación disimuladamente y nos fuimos al concierto, donde saltamos y cantamos juntos, firmando así nuestro tratado de paz. Al día siguiente cenamos en Malasaña. Todo volvía al punto exacto donde lo dejamos. Volvía a mirarme de esa forma distinta, de esa forma especial, de esa forma en la que solo me mira ella, haciéndome consciente de que estaba vivo.

Cuando se cumplió un año de aquel concierto, repetía Supersubmarina en La Riviera y mis amigos me dijeron que compráramos las entradas, pero me negué por completo. Me moría de ganas de ir al concierto, pero solo si era con ella. Aquella vez, no tuve los suficientes huevos para someterme yo solo a la tortura de un recuerdo

perfecto.

•••••

SUS OJOS ERAN NIEBLA

Me llamó al mediodía. Su melódica voz no sonaba melódica a través del auricular del móvil. Notaba cómo estaba a punto de llorar. Dijo asustada:

—Ven a buscarme al intercambiador de autobuses, salgo ya del trabajo y cada vez veo peor y más borroso. Estoy asustada.

Al escuchar aquello me acojoné, traté de tranquilizarla y salí de casa cogiendo el primer taxi que pasaba por allí. Después de muchos meses sin contacto alguno con ella, tenía un problema grave y acudía a mí para que la ayudara. Pudo pedir ayuda a alguien de su familia, pero no lo hizo. Me llamó primero a mí y a nadie más. Al llegar al intercambiador y vernos, mientras ella bajaba del bus, fuimos a encontrarnos y nos dimos un abrazo intenso. Aunque muertos de miedo, experimentamos una gran paz al sentir por fin juntos nuestros cuerpos. Sus ojos estaban nebulosos en el sentido más literal de la palabra. No me refiero a una puta metáfora. Se habían oscurecido y su color marrón había perdido toda su fuerza. Sus ojos eran niebla y, aun así, me parecían los más bonitos que había visto en mi vida.

No le dije nada de aquella apreciación para no asustarla. Suficientemente aterrada se veía su cara como para darle aquella noticia. Salimos de allí y nos fuimos directos al hospital que quedaba a unos siete minutos andando. Hacía ese frío seco que caracteriza a Madrid en el mes de diciembre, ese frío que tanto me gustaba sentir cuando paseaba con ella por nuestras calles preferidas, con el cielo azul conquistado por un sol luciente, ese sol que no es capaz de calentar la piel, pero te mantiene el corazón a una temperatura adecuada.

Llegamos al hospital. Estuvimos en la sala de espera alrededor de una hora. Trataba de calmarla contándole tonterías, cualquier historia que se me ocurría para distraerla. Era imposible. Ella me miraba con la cara más triste con la que jamás me había mirado desde el día en que nos conocimos. Estaba callada y me miraba, solo hacía eso, clavándome sus ojitos grisáceos. Al entrar en la consulta de urgencias y después de que la oftalmóloga la examinara, tuvimos que escuchar su relato, que lo pintó todo horrible e incluso nos dejó caer la posibilidad de que pudiera quedarse completamente ciega. Lloramos al escuchar aquello. A partir del día siguiente se iba a someter a un tratamiento para ir controlando su evolución. Nos expidió unas recetas médicas, las compramos en una farmacia y la llevé a su casa, que estaba cerca del hospital. Avisó a Lucía y a sus padres, que no estaban en la ciudad, y a pesar de que ella me insistiera para que me fuera a mi casa porque se sentía una carga, me negué por completo y me quedé allí hasta que llegó su familia, sobre la una de la madrugada.

Nos sentamos en el salón cuando eran las ocho de la tarde y estuvimos hablando

de qué cojones podría estar pasando. Ella, inteligente y consciente como pocos, después de llorar durante una hora, se calmó y empezó a imaginar qué pasaría con su vida si fuera ciega: su vuelta al pueblo, dejando los estudios y rompiendo con la ciudad para siempre. Yo, por mi parte, a la vez estaba pensando que, si eso sucediera, buscaría una forma para irme a vivir cerca de su pueblo, porque me negaba a que desapareciera de mi vida y ni una puta ceguera eterna iba a hacer que cesaran todas las cosas que sentía por ella. Pero no le decía nada, simplemente me dedicaba a bromear con ella, y le dije:

—Yo te daré mis ojos, como en la peli esa de *Siete almas*.

Ante mi frase, me respondió con media sonrisa mientras decía:

—¿Te imaginas? Sería guay llevar tus ojillos.

Al oír aquello se me hizo un nudo en la garganta y, a pesar de lo que estaba sucediendo, me llené de alegría. Luego me preguntó:

—¿Voy a poder leer? Es decir, ¿voy a poder aprender braille y seguir leyendo libros?

—Pues claro —respondí yo.

Pero ella insistía:

—Me refiero a que si los libros que quiero, que me gustan, estarán en braille.

Esa preocupación suya de poder seguir leyendo libros en aquellas circunstancias tan críticas me hicieron enamorarme aún más de ella. Se la sudaba ya quedarse ciega, pero sus libros, ni tocarlos. Después, con un suspiro repleto de miedo, me dijo que aquel día estaba siendo, sin duda, el peor de toda su vida.

Sobre las diez de la noche preparé la cena. Decía, como era lógico, que no tenía hambre, que no tenía ganas, así que yo no insistí y al final la convencí para que cenara diciéndole la estupidez de que comer siempre alegre a todo el mundo. Preparé algo muy sencillo: sándwiches de atún con tomate, y una ensalada que acabó siendo un fracaso, ya que la aliñé yo y ella era la experta en eso.

Se quedó tumbada a mi lado y me pidió que no le permitiera dormirse, porque tenía miedo de no ver nada al despertar. Pero no pasaron ni quince minutos antes de que se quedara dormida y yo, por supuesto, no lo impedí. Allí estaba, tranquila, tumbada en el sofá con la cabeza apoyada sobre mis piernas. Llevábamos meses sin hablarnos, como si fuéramos desconocidos. Hacía muy poco que habíamos retomado el contacto y allí estaba yo, junto a ella, de nuevo, después de mucho tiempo, acariciando su pelo y su cara sin que ella lo supiera, mientras ella soñaba profundamente. Me dediqué a examinar cada parte de su cara y me maravillé mirando con atención sus finos párpados cerrados. No me podía creer que estuviéramos allí juntos, respirando el mismo aire después de tantísimo tiempo, en su piso, un lugar que hacía meses que no pisaba. El mero hecho de poner un pie allí solo me traía buenos recuerdos. En ese momento me sentí afortunado por ser yo y solo yo el que estaba a su lado, compartiendo el peor día de su vida.

Antes de que llegaran sus padres y su hermana la desperté, y al abrir los ojos me

dijo que seguía igual de mal, que incluso veía peor. En cambio, yo ya apreciaba cómo sus ojos habían logrado disipar un poco aquella niebla y notaba el fulgor de su color marrón, que volvía a explotar dentro de su suave iris. Cuando subieron sus padres y su hermana Lucía, estuvimos un rato hablando y, después de que me dieran las gracias varias veces, yo ya les dije (sabiendo que lo que iba a decir lo decía por algo que ellos ni se podrían imaginar) que por su hija haría lo que fuera. Al escuchar aquello se rieron mucho, especialmente su padre, que me dio unas palmaditas en el hombro. Se creerían que era una frase hecha o algo así, una muestra de educación o un jodido cumplido, pero lo cierto es que lo decía con la sinceridad y el pleno conocimiento de todo lo que conllevaba. Me despedí de ellos y luego me dirigí hacia el sofá donde estaba, me incliné y, mientras la piropeaba (en bajito para que no me escucharan sus padres), la fui a besar. Antes de llegar a sus mejillas ella lo impidió, se incorporó y sus brazos me rodearon la espalda, dándome un beso en la cara que me pareció perfecto mientras me decía que no había nadie como yo. Un beso, unas palabras y un abrazo que indicaban de forma indirecta un nuevo rumbo ascendente en nuestra historia.

Al día siguiente se despertó con la vista perfecta. Todo quedó en uno de los sustos más grandes de su vida y de la mía. Hoy, que ya no soy el centinela de su mirada, a veces sigo pensando qué hubiera pasado si jamás hubiera recobrado la vista, si jamás hubiese vuelto a ver el color marrón de su mirada. Y siempre llego a la conclusión de que me hubiera vuelto aún más majareta por vivir junto a esos perfectos ojos de color niebla.



ENERO EN LA PLAYA

Habíamos pasado la semana juntos, estudiando en la biblioteca de la facultad los primeros exámenes del cuatrimestre para acabar la carrera. Aquel martes de un frío enero, a las ocho de la tarde, ya estábamos saturados de tanto libro y me invitó a cenar en su piso. No lo dudé y acepté, a pesar de lo que me esperaba al día siguiente. Pensé que la cosa no se alargaría, pero lo cierto es que se alargó, y mucho. Preparó unos carbonara con absolutamente todos los ingredientes que se precisan para que no sean unos carbonara de mierda. También hizo una ensalada de pepino, aceitunas, tomates, aceite y algo más de vinagre, como a ella le gustaba y como a mí me empezó a gustar desde que probé la primera de sus ensaladas. Nos bebimos media botella de vino tinto y nos quedamos en el sofá hablando, con la televisión encendida de fondo. En aquel momento estábamos en un punto de verdadero nacimiento de la relación, en un punto en el que ella me recordaba de vez en cuando que aún no estaba preparada para empezar algo conmigo y yo le contestaba siempre que lo respetaba y que no había ningún problema. En realidad era mentira, me moría de ganas de ser yo el afortunado de quedarme a vivir en su cabeza. Por aquel entonces ya habían pasado más de trescientos sesenta y cinco días desde que ella se había mudado a mi mente.

Nos pusimos a hablar de nosotros, de todas nuestras historias, de nuestros buenos y malditos recuerdos y, sin darnos cuenta, acabamos devorándonos a besos allí, sobre el sofá, durante una hora. Al ver el reloj descubrimos que el tiempo nos estaba engullendo, mi móvil marcaba la una de la mañana, era tarde. Me incorporé y, mientras me ponía las zapatillas, su apacible voz pronunció las cuatro palabras más bellas del mundo:

—¿Te quedas a dormir?

Y me quedé. Aunque, por supuesto, no dormimos. Pasamos la noche en vela, hablando de todo el tiempo que habíamos perdido. Sincerando todas las putas mentiras que dijimos para tratar de evitarnos durante los meses pasados. Nos reímos muchísimo y también lloramos, o más bien solo lloré yo, no lo recuerdo. Ella era más fuerte, o eso aparentaba siempre que estábamos juntos. A las seis de la mañana nos quedamos dormidos. Una hora más tarde me desperté. Me senté sobre la cama y después de pronunciar su nombre añadí:

—Me voy ya, después del examen nos vemos.

Ella, como respuesta, buscó mis ojos y me cerró la boca con un breve beso. Antes de irme, le dije que las veinticuatro horas que habíamos pasado juntos me recordaban a una canción, pero nunca llegué a decirle cuál.

Aquel examen lo suspendí y la verdad es que volvería cuantas veces hiciera falta a esa misma mañana fría de enero para suspenderlo de nuevo.

Cuando estaba escribiendo esta historia, entré en la web de mi facultad para hacer unas gestiones. Mi jodido corazón vibró al descubrir que la foto del fondo de pantalla de la página web es una en la que sale la biblioteca, con todos los alumnos estudiando, incluidos ella y yo. Tengo buena memoria y recuerdo qué ropa llevábamos aquel martes frío de enero, y sí, la fotografía pertenece a ese día que os acabo de contar. Tengo la suerte de que mi vida se sustenta en las casualidades más bellas de la faz de la tierra. Lo que intuyo (y me preocupa) es que jamás podré vivir de ellas.

...0000*

LA ÚLTIMA CENA

A principios de abril cené con ella por última vez. Aquel día tenía el presentimiento de que sería una de nuestras últimas citas, y fue así. Bueno, en realidad fue la penúltima, porque la última fue en un examen de finales de mayo. Pero no quiero empezar por el final. Para nosotros, cenar era como una especie de religión, de filosofía, de diversión y de amor. Lo fue así desde el principio, desde que nos conocimos. Nos gustaba reservar o perdernos por las calles del centro hasta dar con el sitio adecuado, como aquella vez que acabamos en un restaurante cuyo nombre no recuerdo detrás del reloj de Sol, donde pedimos una parrillada pensando que podríamos con ella y, sin embargo, cuando la trajeron, recuerdo mirarla y ver cómo sus ojos (que de por sí ya son grandes y alargados) se agrandaron más haciendo un gesto de negación que significaba: «No nos acabamos esto ni de puta coña». Y fue cierto, no fuimos capaces de acabar con ello.

También nos gustaba recorrernos Malasaña sabiendo que acabaríamos en Naif o en Lolina, dos de nuestros lugares preferidos del barrio. Nuestras cenas se alargaban, las disfrutábamos como auténticos niños y las terminábamos mordiendo, esta vez los labios del otro.

Recuerdo una de las últimas veces que cené con ella en su piso. Después hubo muchas más, pero en otros lugares de la ciudad, nunca en su casa. Me encantaba aquel piso desde el día en el que me dijo que le recordaba a mí y que siempre que nos habíamos distanciado se pasaba las horas imaginándonos en cada rincón de la casa. Ya solo por eso me sentía afortunado cada vez que subía al 5º 2. Además me gustaba porque tenía la pared de su habitación repleta de las entradas de los conciertos a los que habíamos ido, de posavasos de cafeterías en las que habíamos estado y de los regalos que yo le había hecho. Su habitación poco a poco se había convertido en yo o en mí, o cómo coño se diga. Creo que ya habéis entendido a qué me refiero.

Aquella noche le había prometido que yo me iba a encargar de todo. Ella salía de trabajar a última hora de la tarde y, mientras llegaba, me fui a comprar la cena al mercado de El Corte Inglés que estaba más cerca de su casa. No tenía muy claro el menú. Bueno, en realidad lo único que tenía claro es que compraría aceitunas y una botella de vino. Siempre que le compraba aceitunas trataba de encontrar las mejores y, a ser posible, que fueran de Jaén. Lo primero siempre lo conseguía, pero lo segundo no. Nunca tenían aceitunas de allí, cosa que me cabreaba profundamente. Cuando ya había metido en el carrito de la compra las aceitunas y el tinto, decidí ir a la pescadería y pedir emperador, vulgarmente conocido como pez espada. Es un pescado que me gusta mucho desde pequeño porque no tiene espinas y su sabor se aleja mucho de la mayoría de los otros pescados. Después compré canónigos y queso

de cabra, ya que, si hay algo probado en esta vida, es que si mezclas ambos conceptos te sale una ensalada cojonudamente rica. Aún conservo el tique de la cena y lo guardo como si fuera una verdadera joya.

Después de hacer la pequeña compra y viendo que todavía era temprano, fui a un chino cercano y compré velas. Cuando estaba a punto de salir de la tienda, me acordé de que en su piso no tenía copas de vino, así que, como en un chino tienen de todo, compré también dos copas que la china me envolvió en papel de periódico para evitar que se me rompieran por el camino. Me fui de allí con unas ganas enormes de llegar a su piso, acabar la cena y perderme por fin en su pelo infinito. Cuando me abrió, lo primero que hizo fue darme un abrazo. Luego me dijo que ella también había comprado vino. Mejor. Teníamos dos botellas y una noche entera por delante.

Ella acababa de llegar a casa y estaba a punto de entrar en la ducha. Así que, mientras tanto, aproveché para preparar la cena y poner la mesa en el salón. Normalmente yo era el que preparaba la mesa mientras ella terminaba de cocinar. Comíamos y cenábamos en el salón, en una esquina en la que tenía dos mesas bajas de Ikea. Las dos formaban parte del comedor y también servían a veces como mesa de estudio. Las juntaba cerca del sofá, ponía aquel mantel de cuadraditos blancos y verdes y el resto ya os lo imagináis. Yo siempre me sentaba en el asiento y ella en el suelo. No es porque la echara de mi lado o porque no hubiese espacio, sino porque le gustaba comer allí. No os imagináis lo que me gustaba verla sentada sobre un cojín mientras comíamos, hablábamos de todo y reíamos por nada.

Cuando salió de la ducha, ya estaba la cena preparada, solo faltaba que ella aliñara la ensalada. En la mesa había puesto unas velas, el vino ya estaba abierto y las copas del chino (previamente desinfectadas) rebosaban con un tinto. Al ver todo aquello se empezó a reír y me dijo: «¡Ah! Que esto va a ser una cena romántica y todo eso, ¿o qué?». Y, cogiendo nuestras copas, brindamos mirándonos a los ojos, pegamos un trago y nos dimos un beso. Al apartar su cara de la mía me echó el mejor piropero de todos los que me propinó y la verdad que era bien sencillo, nada cursi y bonito: «¡Estás loco!». Y volvía a saborear sus besos. Lo cierto es que cada día luchaba para que me dijera eso, sencillamente porque era la verdad; estaba loco por ella. La noche terminó cuando aquellas velas se apagaron y las dos botellas de vino quedaron vacías.

Un par de meses después todo se nos fue a la mierda o, más bien, dejamos que se nos fuera a tomar por culo. Nos acojonamos, como nos solía pasar. Después de mucho tiempo he llegado a la conclusión de que nos sucedía eso por dos motivos: éramos gilipollas y nos acojonaba el hecho de habernos conocido, de haber sido capaces de sentir ese amor tan grande que nunca antes habíamos experimentado. Dos personas tan parecidas y tan diferentes, prendiendo fuego como nunca a nuestros malditos corazones. Lo crean o no, eso la acojonaba excesivamente a ella. Pero eso es otro asunto, difícil de explicar y que tampoco contaría. Aun así, después de joderlo todo, nos seguíamos viendo, sencillamente por lo de siempre, porque somos

incapaces de no saber el uno del otro, porque nos necesitamos a pesar de intentar negarlo y así será siempre. Yo sé que nací para enamorarme de ella un día y ella nació para enamorarse de mí. La fórmula parece sencilla cuando en realidad es complicada, pero yo voy a resolverla. Lo juro.

Una tarde, después de llevar varios días sin hablar, decidí invitarla a tomar algo. Me gustaba ir con ella a sitios en los que no hubiera estado nunca para sorprenderla y para que, si en algún futuro se atrevía a pisarlos sin mí, le viniera a la cabeza nuestro recuerdo aplastante y sintiera cosas grandes. Justo esa semana habían abierto la terraza de la azotea del hotel Room Mate Óscar y allí fuimos. En pleno corazón de Gran Vía, con unas vistas inmejorables y con el sol dándonos de cara, pasamos unas horas tocando el cielo de Madrid. Ella pidió un zumo. Recuerdo cómo me quedaba atontado viéndola sorber poco a poco con la pajita mientras nos contábamos un montón de cosas y tratábamos de ocultar el nudo que teníamos en las tripas, ese nudo que impide que salgan todas las cosas buenas que sentimos en lo más escondido de nuestros corazones delatores.

Corría un poco de viento. Su pelo largo, castaño, profundo y liso ondeaba suavemente como una bandera que se iza en señal de paz. El sol de abril aún no calentaba los huesos, así que, aprovechando la llegada de unas nubes que lo taparon, bajamos de nuevo a la tierra y fuimos al Dunking Donuts de Fuencarral para seguir merendando como verdaderos gordos; tanto que nos dieron las diez de la noche y decidimos ir a cenar (por si aún nos quedaba espacio en el estómago...) a Potomac, aquel bar restaurante cercano a su casa. Al acabar subimos a su piso. A ella le había entrado un poco de jaqueca y al llegar arriba se tumbó en la cama y se cubrió con el nórdico. Yo me quedé sentado sobre el colchón y, al ver que se encontraba exhausta, le dije que me iba a casa para que pudiera descansar, pero me pidió que me quedara con ella hasta que se durmiera. Quité la luz del techo, encendí la de la mesilla y me tumbé a su lado, mientras ella posaba su cabeza, como una pluma, sobre mi pecho y uno de sus brazos se enroscaba en mi cintura, como una dulce garra de dragón. Yo miraba la pared, sus pósteres, aquel espejo que tenía sobre la mesa y sentía cómo su respiración golpeaba dulcemente en mi camiseta. En aquel momento era el hombre más afortunado de todo el planeta.

A los veinte minutos se le pasó la jaqueca y me acordé de que en el bolsillo de mi abrigo llevaba una carta que le había escrito y había olvidado darle, así que me incorporé y fui a por ella. Aquella fue la última carta que le escribí, sin contar este libro, que es también una carta en toda regla. En ella le advertí de todas las cosas que iban a sucederle en las semanas y meses siguientes, escribí una especie de profecía que en buena medida se ha cumplido y se sigue cumpliendo. También le recordé todo lo que la amaba y le expliqué por qué ese amor jamás podrá morir. Acabé la carta manipulando aquel verso de Lope de Vega que decía: «¡Esto es amor! Quien lo probó lo sabe», pero en este caso diciendo: «¡Esto es una carta de amor! Quien la leyó lo sabe».

En cuanto terminó de leer la carta nos besamos con más sinceridad de la que nunca habíamos puesto en un beso, pero también con gran dolor y tristeza. Aquello era una despedida. Era una despedida forzada. Una despedida de esas que no quieres que termine, una de esas despedidas que ya habíamos vivido, que nunca tuvo que producirse. En definitiva: una puta mierda. Nos acojonamos pensando que lo nuestro jamás tendría futuro, se nos hizo todo grande y decidimos romperlo. Puto error. Después de aquellos besos se tumbó de lado cogiendo mi brazo para cubrir su cintura y así nos quedamos hasta que decidí descubrir su espalda y besar cada rincón. Pude pasarme media hora besando cada uno de sus territorios, derramando una especial ternura en sus tatuajes. El tiempo se detuvo con cada beso y solo volvió a pasar cuando llegó Lucía y tuve que irme. Me despidió desde la puerta de la entrada de su piso abrazándome mientras me decía al oído: «Nadie ha invertido tanto tiempo en mi espalda como tú y eso me encanta». Escuchar esa frase me volvió majara.

Aquella fue nuestra despedida. Me fui a casa pensando que el amor es un encuentro y que el nuestro tenía momentos que detenían el mundo. Por eso lucho como si los días, las semanas y los meses que nos siguen devorando, no existieran, y lograr vivir un encuentro diario con ella, toda la vida. Sin últimas cenas.



MADRID-CARIÑO

En abril me fui a Galicia. Me fui al norte para estar lo más lejos posible del sur. Necesitaba desconectar durante un fin de semana en un lugar totalmente desconocido para mí. Abrí un viejo atlas que tenía del colegio y busqué en esa comunidad autónoma. De forma aleatoria iba mirando los pueblos más cercanos al mar. No sabía cuál elegir hasta que llegué a Cariño. Lo escogí solo por el nombre y además porque cumplía la función geográfica de estar en la otra punta de la Península. Busqué en Wikipedia la información básica del lugar al que iba a ir; un pueblo de unos cinco mil habitantes que principalmente vivían de la pesca. Era perfecto. Elegí un fin de semana y estuve esperando a que en BlaBlaCar alguien se prestase a ir al fin del mundo. Después de varios días buscando, un hombre de cuarenta años llamado Casimiro viajaba a Cariño, según decía el anuncio, para visitar a sus padres, el viernes a primera hora de la mañana y volvía el domingo por la tarde. Me puse en contacto con él y el día de salida quedamos a las nueve en el intercambiador de Moncloa.

Apareció diez minutos tarde con un Peugeot 309 blanco destartado. Pensé que ni de coña podríamos hacer un viaje tan largo sin matarnos antes o sin una avería de cojones que nos dejara tirados en medio de una cuneta. Se bajó del coche, nos presentamos con un apretón de manos y metió la maleta en el maletero. Lo primero que me dijo mientras salíamos ya por la carretera fue:

—Te presento a Flechita; como él no hay nadie. —No sabía a quién se refería hasta que empezó a dar manotazos contra el salpicadero—. ¡Tiene mil años y aquí sigue como un toro, haciendo kilómetros y kilómetros sin fallar nunca, el muy cabronazo!

Me cago en la puta con Flechita. Desconfiaba plenamente de su rendimiento, pero, bueno, supongo que si lo bautizó así sería por algo. Además, en el coche solo se oía Radio Clásica, cosa que sumaba puntos automáticamente a Flechita y a su conductor. Durante la primera hora y media estuvimos hablando de a qué nos dedicábamos, en qué zonas vivíamos, qué tiempo hacía últimamente y demás gilipolleces de las que hay que hablar para romper el hielo entre dos desconocidos. Con esos pocos datos me di cuenta de que Casimiro era un tipo sencillo pero profundo. Lo terminó de ratificar la historia que me contó de cuando era pequeño. Parece que el pobre Casimiro, después de haber hecho un esfuerzo titánico desde que tenía uso de razón para aprender a tocar el piano, logró entrar en el conservatorio de Madrid, pero a los catorce años lo tuvo que dejar. Sufrió la desgracia de que, jugando con su hermano, este le cerró la puerta metálica del taller de su padre en las narices. Bueno, en las narices no, en una de sus manos. Y automáticamente, las bisagras

oxidadas le cortaron por completo el dedo meñique, el anular y el corazón de la mano izquierda. Dejó de tocar el piano, entró en depresión y sus padres decidieron vender el instrumento a un viejo anticuario del centro de la ciudad con el fin de que Casimiro olvidara aquel suceso. Por supuesto, no lo olvidó jamás. Desde que entró en el conservatorio, soñaba con ser como Franz Liszt y componer infinidad de obras para piano.

—Pero ya ves, no lo he logrado —dijo con una media sonrisa mientras apartaba la vista de la carretera para mirarme, levantando del volante su mano izquierda para enseñarme sus dedos perfectamente amputados—. Soy uno de esos solteros cuarentones que van todos los fines de semana a ver qué tal están sus padres. Están jubilados y se fueron a vivir a la casa de mis abuelos maternos cuando se murieron. Después, sin darme cuenta, empezó a hablar del amor. En realidad me hablaba de un antiguo amor que tuvo y que parece que fue el amor de su vida, por lo que contaba.

—Nos amábamos, joder —me dijo con el gesto enfurecido—. Estábamos hechos el uno para el otro. Teníamos grandes diferencias, lo sé, pero también teníamos grandes cosas que nos unían y, a pesar de nuestras discusiones, nos amábamos como verdaderos locos, pero yo fui un inútil y ella también se acojonó. Aquel contraste entre lo diferentes y parecidos que éramos nos hacía verdaderamente únicos y nos provocaba una atracción de amor plena. Pero fuimos incapaces de ceder y darnos cuenta de que el puto amor está por encima de todo y de canalizarlo hacia el lado correcto. Porque amar es lo primero, lidiarás con lo que va viniendo después según llegue. Si amas, el resto se puede ir a tomar por culo. Hazme caso, amigo, si en tu cabeza tienes una chica día a día no dejes que se vaya, haz lo que sea por decirle por última vez que la amas y que aún tenéis tiempo para amaros como nadie se ha amado antes.

Me quedé noqueado después de escuchar aquello. Yo no dije nada sobre su parrafada, que, por cierto, me había tocado bastante los cojones. Después me preguntó cuál era el motivo de mi viaje a Cariño y tan solo le comenté que iba para desconectar, para encontrar algo que aún desconocía. No iba a encontrarme a mí mismo y esas gilipolleces que hace la gente que se va hasta la India teniendo lo que buscan en su propia casa. Seguimos hablando de muchas más cosas, pero ninguna tan relevante como las que os he contado. Sí que quiero anotar el detalle de que, cuando estábamos a una hora del pueblo, me dijo que, si quería, podía cambiar de emisora, y cuando puse una totalmente al azar, en ese preciso instante comenzó a sonar «SPNB», de Iván Ferreiro. Al escuchar aquella canción tan importante para mí, el corazón casi se me escapa del pecho.

Casimiro, actualmente, es profesor de música en un colegio público y se compró un piano electrónico cuando se independizó. Al llegar a Cariño me dejó en el hotel Cabo Ortegale, un complejo formado por tres casas coloniales decimonónicas donde me dieron una habitación individual y registrado bajo el nombre de Paul Auster, sencillamente porque en las películas americanas todo el mundo se registra con un

nombre distinto y yo no iba a ser menos. Aun así, el maldito recepcionista me llamaba por mi puto nombre, el que aparecía en mi DNI, como era lógico, por otro lado, pero yo quería que me llamara «señor Auster». En esos tres días, no lo hizo ni una jodida vez.

Lo que quedaba del viernes lo aproveché para pasear por el pueblo y leer una antología de poemas de los mejores poetas andaluces de todos los tiempos sobre unas rocas en las que chocaban con fuerza las olas del mar. Cuando el sol se fue, volví al hotel, cené un poco de pulpo acompañado de una Estrella Galicia y me acosté mientras veía desde la cama la luz del faro golpeando contra las cortinas de mi habitación. Al día siguiente me desperté a la una de la tarde y directamente me fui a comer a un bar de pescadores que estaba junto a una playa y que me habían recomendado en el hotel. Comí en la barra: emperador, ensalada y varias copas de vino. A mi lado estaba sentado un viejo con el que entablé conversación cuando me estaban sirviendo el café, igual que a él. Tenía el pelo largo, muy blanco, una barba espesa y gris. Llevaba unos pantalones de pana de color verde, chaquetón tres cuartos de color beis y botas de pescador. Con mucho acento gallego se dirigió a mí diciendo que se me notaba a la legua que no era de allí, pero que tampoco le interesaba saber qué hacía en Cariño. El viejo chocheaba. Cuando yo hablaba me cortaba constantemente y cambiaba de tema. Solo me dejó participar de la conversación cuando me preguntó por mi nombre. Él se presentó como Anxo y al terminar el café me dijo que quería enseñarme algo.

Pagué la comida y salimos de allí. Me llevó hasta un acantilado que estaba cerca. Tendría unos ochenta años y el cabronazo se movía con más facilidad que yo. Cuando llegamos arriba, levantó una piedra y descubrió su joya escondida; un libro bastante viejo y deteriorado con poemas de Rosalía de Castro. Eso ya me confirmó que el hombre estaba completamente loco, pero a la vez me pareció tremendamente mágico que tuviera escondido un libro entre las rocas de aquel paisaje escarpado. Me miró sonriendo y lo cogió. Imaginaos su cara y sus formas; era lo más parecido a Gollum y su tesoro. Abrazó el libro contra su pecho y buscó entre sus páginas hasta que reparó en una y empezó a entonar un poema: «Te amo... ¿Por qué me odias? Te odio... ¿Por qué me amas? Secreto es este el más triste...».

Su entonación con el acento gallego me caló hasta el fondo, especialmente en los últimos versos. Y antes de que me dejara decir nada, señalando al mar, me dijo: «Mira que enfurecido está». Las olas se elevaban y rompían contra las piedras con especial violencia y las que llegaban a la playa lo hacían metamorfoseadas en espuma, aún embravecidas. «¿Lo ves? Así son las mujeres. Pueden hacer que creas que no están seguras de nada, como hoy hace el mar, empujando las olas sin ningún tipo de armonía, creando desastres. Pueden hacerte creer que hoy no es su día, que no te quieren, pueden hacer que pienses que solo quieren zarandearte porque no las comprendes. Pero hay otros días en los que el mar está en calma y te das cuenta de que todas las mareas del mundo merecen la pena con tal de contemplarlo así. Así

pasa con ellas cuando te hacen ver que lo tienen todo claro, que saben perfectamente dónde y con quién quieren ir al fin del mundo. Eso es lo que te hacen pensar, aunque puedan cambiar en el momento menos esperado». Y volvía a señalar al mar enfurecido, que parecía estar conspirando con el viento, mientras yo permanecía callado, escuchando. «Recuerdo cuando íbamos a pescar y el agua llenaba la cubierta del barco queriéndonos hundir. El barco gruñía y hacía crujir toda su estructura metálica en respuesta a los golpes del mar. Y cuando nos íbamos a dormir yo pensaba en todo aquello y notaba cómo el camarote se movía hasta hacerme imposible conciliar el sueño. Y fue en ese momento cuando terminé de confirmar toda mi teoría, y al mar lo llamé mujer. Porque, dime, ¿cuántas veces no has estado insomne por una discusión, por una tormenta, por ver a la chica que quieres sin saber lo que quiere hacer contigo, como si dentro de ella hubiera un verdadero maremoto?».

Sus palabras me estaban aterrando y solo era capaz de asentir con la cabeza. Y seguía con su discurso, gesticulando con las manos, golpeando su puño contra mi brazo cuando quería enfatizar algunas palabras: «En eso se resume ser un marinero, un pescador, una persona que ama a otra; en luchar contra vientos, aguas heladas y la fuerza desatada de la naturaleza, que exprime toda tu resistencia física y psicológica. Pero no te preocupes. Ahí reside la magia de una mujer. Recuerda, se muestran como una superficie embravecida, pero en lo más profundo de su corazón saben perfectamente qué quieren, cómo lo quieren y cuándo lo quieren. Por dentro están en calma, como las profundidades del océano. Allí esconden sus sentimientos, sus deseos más profundos, su amor.

»Ya lo creo. Una mujer puede tener las peores olas de todo el maldito océano, puede vivir engañada, convencida de que lo que está haciendo la hace feliz, y de hecho puede que esté siendo feliz de una forma mediocre. Tranquilo. Recuerda que en lo más profundo todo es calma y en la calma, a pesar de demostrar su superficie un aspecto totalmente distinto, todo está claro. Saben lo que quieren y, en el momento que menos lo esperes, lo sacarán a relucir. En sus profundidades hay silencio y no hay nada más inquietante que el silencio más absoluto que te permite escucharte a ti mismo y descubrir la realidad más pura. Recuerda que dicen que los mares en calma no crean grandes marineros. Cuando llegue el momento, bucea a lo más profundo y rescata todo lo que ella escondió un día».

Después de esas palabras, me llevó a su vieja casa. Cenamos pronto, antes de que anocheciera, y preparó una queimada. Estuvimos bebiendo mientras me hablaba de su vida hasta que el alcohol nos aletargó por completo y nos quedamos dormidos cada uno en uno de sus sofás. Después de un par de horas me desperté y ya no pude pegar ojo en toda la noche. Y Me dediqué a pensar en ese mar salvaje que tanto me gustaba surcar, que tanto me ha desvelado, en el que tanto he buceado. En el mar más bello que he visto en mi vida. Cuando empezó a amanecer, caí rendido y me dormí a la par que escuchaba a lo lejos el sonido del océano colarse entre las viejas maderas de las paredes de la casa.

A la mañana siguiente el chiflado de Anxo me despertó con el olor intenso de su cafetera y el ruido que esta producía. Me sirvió un desayuno y nos despedimos con un fuerte abrazo. Volví al hotel y pasé el resto del día durmiendo hasta que llegó Casimiro a buscarme. Esta vez subí yo el equipaje en su maletero y nos fuimos de Cariño. Él estaba hablador, me contaba lo que había hecho durante el fin de semana, lo que, con todo el respeto, me importaba una puta mierda. Después de hablarme durante media hora sobre una comida familiar que había tenido, y que, por lo que me contaba (en mi opinión, que era totalmente contraria a la suya), había sido un verdadero infierno, me preguntó por fin:

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Sin mirarlo respondí:

—Sí.

Y ya no hablamos más durante el resto del camino. En Radio Clásica sonaron óperas de Wagner y Verdi con motivo de su bicentenario. Al llegar a Madrid ya me sentía más cerca del sur.

•••••

MI ENFERMEDAD

«¡Nadie ha muerto nunca de amor!». Me lo dijo a la puta cara. Yo no respondí. Me parecía inútil decirle que aquella frase era la mayor mentira que jamás había escuchado, así que me limité a hundirme en sus ojos hasta que ella se despidió, dio media vuelta y desapareció entre la gente pensando qué había sucedido para acabar diciéndome esa maldita frase tan falsa. La historia de la humanidad ha demostrado que el amor es la enfermedad más jodida que podemos sufrir. Nadie muere de amor, no. Uno se consume poco a poco hasta desaparecer por la falta del amor que un día sintió, le hizo ser inmortal y ahora ya no tiene a su alcance.

Me acordé de Dafne, que siempre había ignorado al pobre Apolo y huía de él constantemente hasta que los dioses griegos se apiadaron de la ninfa y, durante una persecución, fue transformada en árbol. A pesar de ello, Apolo, abrazado al árbol, le juró amor eterno y allí se quedó, junto a Dafne, junto al árbol más bello de la historia. También recordé a la famosa Helena, aunque en ese caso tuvo toda la culpa Paris y su puto juicio, que le permitió escoger a la que él consideraba la más guapa, provocando una guerra y la destrucción de la ciudad de Troya.

El amor provoca guerras. Guerras como las que se iniciaron entre las familias Capuleto y Montesco, que desembocaron en un trágico final para Romeo y Julieta. No pude dejar de recordar tampoco la historia de Cyrano de Bergerac, el narizotas que murió en brazos de la mujer que había ignorado su amor hasta ese preciso momento. ¡Tiene cojones! ¿Verdad? Cuando él se está muriendo, resulta que aquella chica también quería amarlo. No me jodas, ya podría haber sido antes y no en el momento en que la está palmando. Finalmente, me acordé de Werther, un tipo magnífico enamorado de una chica que prefería estar con un gilipollas. El tipo decidió robar las pistolas de caza del gilipollas y se pegó un tiro en la cabeza. Una solución de cobardes que jamás me parecerá bien. A su entierro no acudió nadie, ni si quiera el cura, solo el enterrador. A su muerte, el joven Werther dejó unas cartas para la chica. Ella, al leerlas, lo entendió todo y solo quería revivir al muerto y pasar la vida con él. Demasiado tarde.

«¡Nadie ha muerto nunca de amor!». La frase no para de golpearme por dentro y he llegado a la conclusión de que, si jamás vuelvo a encontrarme con ella y ella y yo no nos juntamos con un/a cretino/a, espero que, al final, nos entierren juntos, en el mismo cementerio, en la mista tumba, y que en nuestra misma lápida ponga: «Murieron de amor y ahora “serán ceniza, mas tendrá sentido, polvo serán, mas polvo enamorado”».



EL ENCUENTRO

Rubén Pozo dijo que, cuando cuentas una historia, todo cambia. Eso le pasó al escribir una canción. Todos los días, de madrugada, a las cuatro y veintiséis, alguien lo llamaba a su móvil con el número oculto. Descolgaba el teléfono, preguntaba, y al otro lado nadie respondía. Así todos los putos días, a las cuatro y veintiséis, ni un minuto más ni un minuto menos. Rubén se empezó a obsesionar (y a acojonar) hasta que compuso una canción sobre lo que le estaba sucediendo y desde ese momento dejó de producirse la misteriosa llamada.

La historia que os voy a contar se desarrolla en un mes lluvioso y frío. Sin embargo, el día que empecé a escribirla, al despertarme y subir las persianas, descubrí después de mucho tiempo un cielo azul y un sol cegador. Quizá estas palabras provocaron el cambio meteorológico o puede ser que ya esté a disposición judicial una de las culpables de ese tiempo tan asqueroso que no es propio de la primavera. En aquel mes hubo un día en el que me desperté perdido, triste y rendido. Era uno de esos días en los que te sientes un completo fracasado y no hay más remedio que aceptarlo. El tiempo estaba bien jodido. Hacía frío en mayo y eso provocaba que me cagara en la puta madre del listillo que inventó el dicho de «Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo». Si hubiera cogido a uno de esos que habla del calentamiento global, habríamos tenido más que palabras.

Por la mañana estuve viendo en la tele un documental en el que entrevistaban a enfermos que padecían esclerosis. La mayoría decía que preferían morir antes que vivir así. Apagué la tele. Aquello no ayudaba a mi estado de ánimo. Salí de casa para coger el bus. Al subirme me situé en la zona reservada para carritos de niños y sillas para discapacitados sin darme cuenta de que junto a mí había una chica de unos veintitrés años en su silla de ruedas. Al mirar hacia su lado me sorprendí. Sorpresa que creo que expresó mi cara sin ser consciente de ello, porque, al mirarnos, me dijo:

—Buenas tardes —y lo pronunció con la sonrisa más sincera y limpia que me habían dedicado en las últimas semanas.

Yo le devolví el saludo con las mismas palabras, tratando de imitar su sonrisa, aun sabiendo que era imposible igualarla.

Discretamente, me fijé en ella durante el trayecto. Era muy guapa. Iba con esa mueca pegada a los labios, una de esas sonrisas de boca cerrada y labios infinitos que recorren la cara. Sus ojos miraban a todos los sitios que le alcanzaba la vista, atravesando las ventanas del bus. Ella era capaz de transmitir al resto del mundo que aquella tarde grisácea, fría y asquerosa era jodidamente bella. Pasado un rato, me dijo:

—Hace un día perfecto.

Sorprendido con aquella frase inesperada, mientras veía cómo comenzaba a llover de forma enfurecida y pensando que el día era una basura, respondí:

—Pues es verdad, no me había fijado. Hace un día inmejorable.

Ella asintió con la cabeza y comenzamos a charlar de cosas anodinas. Hablaba de forma entusiasta y alegre. Cuando estábamos llegando a mi parada me fui despidiendo verbalmente, pero ella me tendió la mano y yo le di la mía. Apretándola intensamente con la fuerza de un gigante, me dijo:

—Hace unos años que me diagnosticaron esclerosis múltiple y desde entonces me siento más viva que nunca.

Sus palabras me pusieron el corazón en la garganta, no pude responder nada y me bajé del autobús. Aquella chica llevaba en los ojos la expresión «Carpe diem» en su sentido más puro.

Ese día pude no haber visto el documental sobre la esclerosis, podría haber cogido otro bus en el que no estuviera ella o haber decidido ir en metro o incluso andando, pero no. Estoy seguro de que en alguna otra parte de la ciudad ella sintió de alguna forma cómo me encontraba y vino a buscarme para ofrecerme un trocito de alegría en un día en el que me sentía un completo fracasado.

Es curioso cómo el mal tiempo afecta al estado de ánimo, pero tengo que confesaros algo: yo fui el culpable de que en ese mes de mayo hiciera un tiempo de mierda. Bueno, en realidad, también ella, la chica de Los Planetas. Juntos decidimos quemar la historia que creamos antes de la primavera, cuando el frío recorría las calles. Desde entonces se detuvo el tiempo en el invierno y ahora nos sigue buscando el Gobierno con el fin de pedirnos responsabilidades judiciales y encerrarnos en la cárcel para pagar por ello. Eso hubiera sido perfecto. Me entregaría a las autoridades y fuerzas del Estado. Sería la única forma (si es que la encuentran) de volver a estar cerca de ella. Dejó de llover y dejó de hacer frío. La maldita primavera venció. Tarde, pero volvió a vencer. El mes de mayo llegó a su fin y, desde que me confesé culpable de aquel tiempo frío, lluvioso, inestable y puto, terminó saliendo el sol durante todo el fin de semana sin ningún tipo de contratiempo hasta el lunes.

El lunes tenía un examen. Estaba tranquilo porque sabía que me saldría bien, pero estaba muy nervioso porque sabía que ella también estaría allí haciéndolo. Por ello decidí vestirme con algo «sugereante»: una camisa que ella misma me regaló y con la que mil veces me cubrió con besos y caricias.

Al entrar en el aula, no había ni un puto alfiler y había mucha gente de pie esperando a que les hicieran un hueco. Yo era uno de ellos, y ella también. Cuando la vi, una explosión interna se produjo en mi tripa. Eso me hizo sentir vivo, me hizo recordar que lo que sentía por ella era jodidamente real; y fue lo que me animó a pensar que debía tratar de lanzarle una señal. Me tocó sentarme en primera fila en el pasillo central y a ella, en la tercera final del lado opuesto, pero junto al pasillo, por lo que si giraba un poco la cabeza la podía ver de reojo. Estaba preciosa. Más guapa que nunca. Su pelo infinitamente largo y castaño había cambiado. Meses atrás le había

advertido de que no lo hiciera y no me hizo ni puto caso. Y menos mal, porque las malditas californianas, esas que están tan de moda, le quedan brutales.

El profesor nos pidió a una chica y a mí que repartiéramos los folios. Me adelanté a la chica para poder llevarlos a la fila en la que estaba ella. El puto corazón se me iba a salir por la boca, lo juro. Primera fila, segunda fila y al llegar a ella estaba haciéndose la distraída, escribiendo en la mesa con la cabeza gacha. Cuando la levantó, nos saludamos con un simple «Hola, ¿qué tal?» y una sonrisa. Le fundí los ojos con una mirada que, por cierto, no me aguantó más de cinco segundos (aproximadamente). Se había delatado. Noté los nervios en cada centímetro de su cara. Estaba descolocada con la situación, como yo, claro. Pero estoy seguro de que su corazón, igual que el mío, también estaba tratando de escaparse por su garganta.

Al terminar de repartir los folios y volver a mi sitio, recordé que aún tengo en la carpeta una foto que me regaló para forrarla, cosa que yo no hice porque nunca forro nada a pesar de que eso siempre la puso nerviosa. Me devolvía forrados todos los libros que le dejaba para leerse. Era una verdadera dulzura de mujer. Pero eso es otro asunto. Decidí sacar la foto, agarrarla con las gomas y dejarla en el suelo, de forma que mirase hacia ella. Lo hice como el que saca una maldita bandera blanca. Lo hice para emitir una señal y así decirle de forma simbólica que sigo loco de remate por ella. En ese momento no sé qué pensaría, pero poco me importaba.

Comenzó el examen y, aunque estaba concentrado, no podía parar de pensar en ella. A los tres minutos el sonido de un trueno entró por las ventanas enmudeciendo el aula, y luego otro y otro, hasta que empezó a llover intensamente. Sonreí y me estremecí por dentro porque, como ya os dije, los dos éramos los culpables de que el tiempo estuviera tan gilipollas. Aquel lunes se volvió a demostrar: bastó juntarnos los dos bajo un mismo techo para provocar una jodida tormenta que no acabó hasta que yo salí del examen antes que ella. Fue suficiente poner un pie en la calle para que la lluvia se detuviera y el sol volviera a salir. Me acordé de Paul Auster y su libro *Diario de invierno*, en el que cuenta cómo, el día de su boda, en el momento de decirle «Sí, quiero» a su mujer, el sonido de un trueno rompió sus palabras provocando una conmoción emocional entre ellos. Así de poderoso me sentí sabiendo que aquello no era una casualidad atmosférica.

¿Cuál fue su reacción al ver la foto? No tengo ni puta idea. Pero allí se quedó mi bandera hasta que terminé el examen. ¿Qué sintió al verme? No lo sé, maldita sea, no soy un puto adivino. Dejad de hacerme preguntas que no puedo contestar. Lo que sí puedo deciros es que conozco cada rincón de sus gestos y cada callejón de su cerebro. Estoy seguro de que, telepáticamente, nos dijimos cosas que aún desconocemos y pongo mi mano, qué cojones, pongo mis dos manos en el fuego, porque nuestros corazones vibraron hasta provocar una tormenta perfecta.



IDA Y VUELTA

Ella y yo siempre nos regalábamos o nos recomendábamos libros. Un ejemplo de entre muchos es aquella tarde que por fin decidió leer *Werther* después de pasarme varios meses dándole el coñazo para que lo hiciera. Necesitaba que leyera ese maldito libro.

Un día fue a la Facultad de Filosofía con Pilar y lo sacó prestado. Me cuesta recordar cómo encadenamos la buena costumbre de saborear libros, pero sí recuerdo que la inicié yo cuando, al poco de conocernos, le presté *El palacio de la luna* y a los pocos días me lo devolvió repleto de notas y pósits de colores. El palacio jamás había estado tan iluminado en todo el tiempo que llevaba conmigo, tuvo que llegar ella para llenarlo de luz. Parecía que el libro había cobrado vida, como si los propietarios del palacio hubieran vuelto al lugar después de un largo verano y hubieran organizado una sofisticada fiesta. Los primeros Reyes Magos que pasamos juntos, con algún que otro detalle más, le regalé *El guardián entre el centeno* y le prometí que cada seis de enero le regalaría un libro. Ella me prometió lo mismo pero con los discos de Los Planetas. Ese año me regaló *Pop*.

Tenía un libro de Bukowski que me dio mi hermano Antonio y que, a su vez, a él se lo regaló un escritor que a día de hoy sigue publicando libros. Era una antología de relatos y poemas que se llamaba *Peleando a la contra* y que, ya antes de que me lo regalara, me dedicaba a robarle a escondidas para disfrutar de aquella literatura no aconsejable para un tipo que solo tenía catorce años.

Me gustaba el título. Me gustaba pensar que en algún momento desconocido de mi vida decidí también pelear a la contra. Me sentía identificado con aquello. La noche anterior a la boda de mi hermano le regalé una fotografía en la que salíamos los dos juntos cuando éramos pequeños y en el dorso de la misma le escribí un poema que creo recordar que era una puta mierda pero que a él le gustó. En los versos le daba las gracias por todas las influencias artísticas que me había transmitido desde siempre. Especialmente, por acercarme desde pequeño a la música de Los Planetas y a los libros de Bukowski, Auster o Salinger, entre otros muchos. Cuando vio la foto y terminó de leer el poema, echó un vistazo a su estantería y cogió aquella edición de *Peleando a la contra* y, sin ningún tipo de ceremonia emotiva, se dirigió a mí y me dijo: «Llévatelo antes de que me arrepienta». Y así es como el libro acabó en mí poder.

Para mí era una verdadera reliquia por el hecho de que me había acompañado a lo largo de mi crecimiento personal y porque era una de esas ediciones que ya cuesta encontrar en las librerías. Siempre abría las páginas al azar para releer lo que allí saliera. De todo el libro tenía tres fragmentos preferidos. El primero de ellos era aquel

poema en el que se da una serie de consejos, como una lista de lo que hay que hacer antes de morir. Luego estaba el relato sobre el día en que murió su padre y, cuando todos sus vecinos le fueron a dar el pésame, él aprovechó para regalarles todos los putos muebles a los que por allí pasaron. Y por último, el poema que trataba sobre una radio irrompible.

No creo que Bukowski tenga una vida ejemplar, pero creo que era un hombre honesto que guardaba un pájaro azul en el corazón y se empeñó en esconderlo para evitar que lo descubriera la gente. Es probable que nadie le hubiese entendido si lo hubiera dejado escapar de sus entrañas.

Recuerdo que las primeras veces que quedé con ella, entre otras muchas cosas, le hablé de Bukowski y del poema «Pájaro azul». Ella no conocía mucho al autor y la verdad es que yo no hice casi nada para que eso cambiara. Solo le fui contando algunas cosas de él y tuvo que pasar un año para que se me ocurriera la idea de regalarle algo suyo. Ese día fuimos a cenar al Home Burger. Hacía muchísimo tiempo que no hacíamos planes y que no hablábamos tranquilamente. El día anterior habíamos ido juntos al concierto de Supersubmarina en La Riviera y esa noche, cuando aceptó mi invitación a cenar, me di cuenta de que era el momento perfecto para regalarle el libro y desprenderme de aquel trozo tan importante de mí para, de esa forma, celebrar que, contra todo pronóstico, volvíamos a estar juntos. Un par de planetas con órbitas distintas que solo en ciertos momentos lograban alinearse, convirtiéndonos en auténtica leyenda.

Guardé el libro en el bolsillo de mi abrigo y salí de casa. Primero estuvimos en Naif tomando algo y después ya fuimos al Home Burger de Espíritu Santo, donde rápidamente nos pusimos al día de las cosas que nos habían sucedido en todo ese tiempo en el que nos habíamos borrado del mapa, mientras comíamos una de las mejores hamburguesas que puedes encontrar en Madrid acompañada de una ensalada César, que acostumbábamos a pedir en cualquier sitio. Cuando terminamos, fuimos a Malabar, una cafetería que nos gustaba en la que ella decía que el café no era de los mejores que había probado a pesar de que acababa pidiéndolo siempre. Igual que esa noche, porque ella no tenía límite cuando se trataba de tomar café fuera la hora que fuera. Yo, por mi parte, siempre pedía una Coca-Cola. Era una especie de equilibrio entre los dos pedir aquellas cosas tan dispares que solo tenían en común la cafeína. Pero eso era antes porque, finalmente, ella (su adicción) fue la que hizo que, en cuestión de unos meses, acabara pidiendo siempre una taza de café.

Desde el día que nos conocimos hizo que me gustaran cosas que antes no me gustaban, hizo que pensara en cosas que jamás había pensado y también hizo que me diera cuenta de cosas de las que antes no me había percatado nunca. Os parecerá una tontería, pero me alegro de que me descubriera tantas cosas tan importantes. Y también me alegro de que el café me guste gracias a ella, porque desde entonces siempre que lo tomo no puedo evitar acordarme de su boca mientras bebía, con las gotas disfrazándole las pequeñas pecas dibujadas encima de sus labios, esas que ella

tanto odiaba tener y que a mí me hipnotizaban por completo.

El caso es que solíamos acabar en Malabar cuando el resto de cafeterías de Malasaña ya estaban llenas. Nos sentábamos siempre en la misma mesa. Parecía que aquel sitio estaba reservado para nosotros porque casi nunca estaba ocupado. Después de unos minutos hablando, le advertí de que tenía un regalo para ella, un pequeño detalle que, no obstante, era muy importante para mí. Saqué el libro del abrigo, le conté su historia, leyó la dedicatoria que le había escrito, en la que, resumidamente, la incitaba a pelear a la contra de todo, y luego le advertí de que antes de dárselo de forma definitiva quería leerle «La muerte del padre», «Una radio con cojones» y «Consejo amistoso a un montón de jóvenes». Y eso fue exactamente lo que hice.

Hay cosas que para mí son especiales y ese momento lo fue. Quizá el noventa por ciento de la población mundial piense que estoy loco o que soy un jodido friki, y puede ser que tengan razón, pero no me importa. Allí le recité aquellas palabras mientras el corazón me latía enfurecido cada vez que apartaba la vista del libro y miraba sus ojos grandes, alargados y del color de su pelo. Al terminar de leerlo se lo di. Ella lo cogió y, con una sonrisa que le hacía buena competencia a la maldita luna que ese día había en el cielo, me dijo que era tan importante para mí que no podía aceptarlo. Pero insistí una vez más con el argumento de que un día ese libro estaría en la estantería de nuestra casa, como todos los que ya le había regalado y que, por ello, en un futuro también dejaría de ser suyo y pasaría a ser de los dos. Se rió con la explicación y me dio dos largos besos para agradecermelo.

Siempre midiéndonos la distancia, como si fuéramos un par de extraños que acaban de conocerse. Si no lo hacíamos, éramos conscientes de los terremotos emocionales que sobrevendrían y que bien podrían destruir un imperio entero. Pasaron un par de meses de aquello y seguíamos avanzando. Ella iba leyendo el libro y un día, después de haber estado dando una vuelta hasta bien entrada la noche, al despedirla en su portal, me rodeó la cintura con sus brazos y, pegando su frente a la mía, rozando su nariz con la mía, me susurró: «Las chicas del mundo se sienten afortunadas, pero a ellas nadie les ha leído poemas de Bukowski en una cafetería de Malasaña».

Hay palabras con tanta fuerza que son como un disparo que te atraviesa el pecho en menos de un segundo y te revienta el corazón. A mí, el escuchar aquello me hizo besar su boca de manera automática, explotar por dentro y darme cuenta de que, al final, el friki que le leyó aquello en medio de la cafetería no era tan friki, o sí, pero a ella le gustó y a mí el resto me la sudaba. Pero, como ya sabéis, decidimos verter el café sobre nuestros pájaros azules. Los escondimos en lo más profundo de nuestros ventrículos. Dos pájaros únicos en toda la tierra, en peligro de extinción, con los colores más vivos y desconocidos que jamás hayáis visto, que nos exigen que volvamos a soltarlos para que vuelen juntos bien alto y provoquen la alineación de los planetas que nosotros siempre hemos detenido.

Cuando hicimos que todo se torciera, me di cuenta de que estábamos aplicando el

título del libro de forma incorrecta, inversamente, peleando en nuestra contra hasta el punto de destruir lo que teníamos. Dejando pasar los meses en silencio tratando de olvidar todos los momentos tan únicos que habíamos vivido desde el día en que nos conocimos. Suerte que en el mundo aún quedan cosas imposibles de matar por mucho que uno se empeñe. Suerte que, desde nuestra despedida definitiva, tardé muy poco en darme cuenta de que quería seguir peleando hasta volver a pelear con ella, a su lado, los dos juntos, a la contra del resto.

Este año no hubo seis de enero; no hubo regalos, ni libros, ni discos de Los Planetas. No tuvimos Reyes Magos, de momento, porque para mí el tiempo no existe y todo menos la puta muerte tiene remedio. Aunque suene jodidamente cursi, típico, tópico y ridículo: iría con y por ella hasta el final del mundo. Ida y vuelta.

...0000*

SEÑORA DE LAS ALTURAS

Desde que la conocí, la llamaba «la Señora de las Alturas», robándole el título a un tema de Los Planetas. La letra de aquella canción me recordaba a ella, a nuestra historia, a nuestra situación, a lo que yo sentía: que había bajado de lo más alto para cruzarse en mi vida.

Recuerdo el día que fuimos al Hard Rock. Hacía tiempo que me estaba diciendo que le apetecía ir a comer allí y a los pocos meses allí estábamos. Nos atendió una camarera de esas que son excesivamente agradables y simpáticas, tanto que nos acojonaba un poco.

—¡Buenas tardes, chicos! ¿Qué tal estáis? Bienvenidos. ¿Sabéis ya lo que vais a tomar? Os recomiendo la hamburguesa de la casa. Tened en cuenta también que hay que reservarse para tomar uno de nuestros fabulosos postres...

En fin, nos dijo un millón de cosas más de ese estilo en un tiempo estimado de treinta segundos. Cuando tomó nota y se marchó, recuerdo que ella me dijo:

—¡Joder! ¡Qué tía más explosiva!

Me morí de la risa porque era una definición perfecta de la camarera. En cualquier caso, comimos bien a pesar de aquella bomba que de vez en cuando nos interrumpía amablemente para saber si todo estaba a nuestro gusto.

Antes de irnos pasamos al servicio. Cuando terminé la esperé en la entradilla, donde había unas cabinas de teléfono. Debo reconocer que estoy como una cabra y a veces se me ocurren cosas sin sentido. En esa ocasión me dio por fingir una llamada y al salir de los baños y verme con el teléfono en la oreja, me preguntó:

—¿Es Nacho?

Y yo respondí que sí con plena seriedad, y le pasé el teléfono.

Recuerdo su cara de ilusión al cogerlo y decir, con una sonrisa de lado a lado:

—¡Nacho! ¿Qué tal?

Al escuchar el pitido alargado de la línea, colgó y me dijo:

—¡Qué gilipollas eres!

Y yo me colé en sus brazos y empecé a besarla mientras me metía con ella con cariño y ella me devolvía los besos cargados de dulzura.

Nacho es uno de mis mejores amigos y cuando ella lo conoció de inmediato se dio cuenta de que era un auténtico *crack*. Desde el primer minuto se llevaron de maravilla. Cada vez que quedábamos todos en algún lugar y se juntaban los dos, me gustaba. Disfrutaba mucho viendo cómo se descojonaban ambos con las cosas del otro, sobre todo porque veía cómo ella se reía de todas las chorradas que hacía o decía mi amigo. Verla reír siempre era un verdadero espectáculo de magia sin chisteras. Me hacía mucha ilusión que hubiera congeniado tan bien y de forma tan

natural con él.

Nacho ha sido la persona a la que más he involucrado en nuestra historia. A la que más he metido en buenos marrones. Cuando le dije hace poco que próximamente volvería a quedar con ella después de un montón de tiempo, se alegró tanto que me confesó que hasta se había puesto nervioso con la noticia. Además me dijo:

—No la lées. —No sabía a qué se refería hasta que continuó—: Que te conozco y buscas al mejor clarinetista de Viena para que toque una pieza para ella o convences a un jugador del Sevilla para que vaya a tomar unas copas con vosotros ese día.

Ella, como sabéis, es clarinetista; pero además es forofa del Sevilla hasta la médula. El año pasado le regalé la camiseta del equipo y en un par de ocasiones moví cielo y tierra para ir con ella a ver a su equipo cuando venía a jugar a Madrid.

La advertencia de Nacho me hizo mucha gracia. Escuchar aquella frase me hizo sentir bien, porque me di cuenta de que todo el mundo sabe que soy capaz de hacer cualquier cosa por ella con tal de que sea feliz, desde encontrar al mejor clarinetista del mundo hasta lograr comerle la cabeza a un jugador del Sevilla para que se tome una copa con nosotros.

Pero, volviendo a aquel día. Después de comer nos fuimos al Starbucks de la calle Serrano, donde, como siempre, nos sentimos tentados a robar la taza, cosa que finalmente nunca llegábamos a hacer. Aún me recuerdo sentado a su lado en uno de esos sofás grandes mirando hacia la calle. Éramos realmente felices con nada. Cualquier cosa nos valía. Antes de irnos se nos ocurrió llamar a Nacho por el móvil, esta vez de verdad. Esa misma noche la selección española se jugaba el pase a semifinales de la Eurocopa. Yo había quedado para verlo en casa de Nacho con algunos de mis colegas y ella volvió a su piso con su hermana y una amiga. La verdad que el partido me la sudaba bastante. Me preocupaba más el plan que estaba empezando a organizar en mi cabeza.

Me había dado cuenta de que era la noche de San Juan. El año anterior ya había estado con mis amigos en las hogueras que organizan en un parque de La Latina cuando cae la noche y pensé que era una excusa perfecta para verla de nuevo. Lo necesitaba aunque hubiéramos pasado juntos todo el día. Ella y yo siempre teníamos una necesidad brutal el uno por el otro. Así que se lo propuse a mis colegas y, cuando aceptaron, les dije a ellas que vinieran con nosotros.

Fuimos a buscarlas en el antiguo coche de Nacho. Aún recuerdo lo guapa que estaba cuando la vi subirse: su pelo rozando sus pitillos ajustados, y una blusa y unas cuñas de verano. Nacho, mientras conducía, iba cambiando la música desde su iPod y puso a todo volumen «El hombre que casi conoció a Michi Panero», porque sabía que le gustaba, y fue un acierto; automáticamente, ambas hermanas se emocionaron y la cantaron a pleno pulmón. No sabéis lo feliz que me sentía en el asiento del copiloto escuchando su voz detrás de mí. Cantaba sin su acento andaluz y eso me parecía curiosamente gracioso, ya que no estaba acostumbrado a escucharla hablar así. Un año más tarde le regalaría por su cumpleaños dos entradas para que viera por primera

vez en su vida a Nacho Vegas en concierto, pero eso es otra historia.

Llegamos allí. El parque está pegado a San Francisco el Grande, una basílica que a mí siempre me ha gustado y de la que nunca antes le había hablado. En cuanto pasamos a su lado se fijó en su inmensa cúpula. Siempre se fijaba en todo lo que la rodeaba y más si se trataba de arte. Aquella cúpula se considera la tercera más grande de todas las basílicas del mundo. Me preguntó de qué estilo era, pero no supe responder. Me dijo que estaba segura de que era neoclásica, cosa que yo negué, pero, como siempre hacía cuando algo le inquietaba, lo buscó en el móvil y, en efecto, no se confundía. Me pidió que un día la llevara a verla. Era una chica culta e inteligente. A su lado me sentía minúsculo en todos los aspectos, cosa que me gustaba. Ella decía lo mismo respecto a mí, pero la realidad era que yo podía aprender muchas más cosas de ella que ella de mí. Me hechizaba poder discutir con una chica tremendamente guapa a las once de la noche sobre el puñetero estilo arquitectónico de una iglesia. El resto del mundo nos miraría raro por ello y creo que eso nos hacía sentir únicos, distintos al resto de los habitantes del Sistema Solar.

Las hogueras ardían a una distancia de unos ocho metros entre unas y otras. Habría unos veinte fuegos ardiendo mientras la gente alrededor miraba, reía, bailaba, bebía y saltaba de un lado a otro de las brasas después de quemar un papel con un deseo escrito. Uno de mis amigos cogió una revista que había en el suelo y nos repartió a todos un trozo. Fue pasando un bolígrafo para que cada uno apuntara su deseo y luego lo echara a la hoguera. Yo escribí simplemente su nombre y apellidos en mayúsculas. Ese era mi deseo, bien claro. También recuerdo que ella apuntó algo que nunca me dijo y que después tiró el papel sobre las llamas.

Mis amigos y su hermana saltaron varias veces la hoguera, pero nosotros no lo hicimos, no necesitábamos ese tipo de gilipolleces. Luego todos acabamos sentados en una zona con césped y estuvimos un rato hablando mientras bebíamos calimocho hasta que decidimos volver al coche. Las dejamos de vuelta en el portal de su casa, pero antes nos quedamos charlando un rato. Mi amigo Nacho siempre preguntaba cuándo iban a organizar una fiesta en su casa y creo que la conversación fue por esos derroteros. Sin llegar, como siempre, a concretar la fecha de la esperada fiesta, nos despedimos. En primer lugar de su amiga y de su hermana y luego le di dos besos a ella y, mientras le daba el segundo, le susurré lo primero que se me pasó por la cabeza: «¡Me encantas!». Y ella, sonriendo, mientras besaba de lleno mi mejilla, me respondió «Y tú a mí, tonto». Mi deseo ya se está cumpliendo.

Escuchar aquella simple frase me abrió las tripas y me atropelló por dentro. Unos días más tarde, volvimos a San Francisco el Grande. Era una tarde calurosa de julio. Ella iba con unas sandalias de verano que dejaban ver sus pequeños dedos y con aquellos vaqueros ajustados de color salmón claro que tanto me gustaban. Pagamos la entrada e hicimos la visita guiada. Seríamos un grupo de quince personas. El guía, ataviado con un traje negro, indicaba con precisión cada cosa y lo hacía con tanta seriedad que nos hacía gracia.

La visita fue impresionante. Vimos, entre otros muchos cuadros, el Goya y el Zurbarán que esconden sus paredes. También esculturas, altares y, por supuesto, enmudecimos con la cúpula. Caminar juntos entre aquella penumbra con olor a incienso y a vela encendida fue especial para los dos y siempre lo recordábamos. Ese día más que nunca ella fue la Señora de las Alturas. Verla allí, mirando todo con tanta atención, escuchando al guía mientras levantaba la vista hacia el cielo para no perder detalle de nada, o apoyando su cabeza sobre mi hombro y agarrando una de mis manos, fue una experiencia verdaderamente mística. Algo único que solo ella y yo podíamos entender y sería inútil explicar a una tercera persona.

Después nos fuimos hasta la plaza de Santa Ana y nos sentamos bajo la estatua de Calderón de la Barca, justo en el extremo opuesto de donde está ubicada la figura de Lorca. Allí le di una carta que había escrito. Le escribía cartas a menudo porque, sentado en una mesa con un bolígrafo y papel, me resultaba mucho más sencillo explicarle todas las cosas que quería decirle. También lo hacía porque creo firmemente que una vez que lees algo ya no hay marcha atrás y esas palabras e ideas que tu cerebro ha asimilado (si son intensas y verdaderas) empiezan a poseer tu cabeza, a conquistar todas y cada una de tus neuronas, y luego se quedan guardadas en alguna parte científicamente desconocida de nuestro cerebro para siempre. Cuando terminó de leerla me abrazó y me dio un beso de esos que saben distinto, que saben mejor que otros, mientras me decía que se había emocionado. La carta cumplió su cometido, o no, todo depende de cómo se mire.

Ese día le había dicho que la llevaría a un sitio donde es obligatorio ir aunque solo sea una vez en la vida si vives en Madrid. Fuimos a Mauna Loa, el famoso hawaiano de la capital. Un lugar donde el hilo musical son sonidos de esas tierras y los camareros, también hawaianos, llevan las típicas camisas de todo tipo de colores cantosos que rozan lo patético. Te atienden educadamente, regalan a las chicas un clavel y unas guirnaldas y te sirven un volcán en erupción (literalmente) cargado de rones y zumos acompañados de raciones de aceitunas, patatas, frutos secos y un sándwich.

Nos pusimos las guirnaldas alrededor del cuello por hacer un poco el capullo y ella se colocó el clavel en una de sus orejas. Estaba preciosa. El rojo intenso de la flor conjuntaba a la perfección con el de sus labios. Pedimos el volcán con más zumo que alcohol a petición de ella: «Para que no tengas que sacarme de aquí a rastras» (cosa que no me hubiera importado), y saboreamos cada segundo, como siempre. Porque con ella el tiempo no pasaba volando. Iba despacio. Deteníamos el tiempo y todas las cosas buenas del mundo se congregaban a nuestro alrededor.

Volvimos desde allí andando. No cogimos ni el metro ni el autobús; una buena caminata que fue divertida y agradable. Caminábamos lentamente, con el calor del asfalto madrileño aún causando estragos. Íbamos hablando de nuestro futuro, haciendo planes. Paramos varias veces apartados de las farolas para darnos besos tan insolentes que bien podrían haber causado una guerra más cruenta que la de Troya.

Cuando llegamos a su barrio, a unas manzanas de su casa, vimos una mesa abandonada en buen estado y ella hizo el comentario de que le gustaba mucho, así que, sin dudarlo, la cargué y la subimos por las escaleras entre risas y tropiezos hasta llegar a su piso. Su hermana estaba en casa, así que nos despedimos en el rellano tan contentos que no parecíamos de este mundo. Y es que ella y yo éramos felices con poco o nada; incluso subiendo a un quinto sin ascensor una mesa que habíamos encontrado en la calle.

En mayo, cuando había pasado más de un mes desde nuestra despedida definitiva, mi hermano Rodrigo me invitó a ver el derbi en un palco del Calderón y, después de dedicarme a inflarme a base de todo tipo de pijerías gastronómicas que el *catering* ofrece gratis a este tipo de entradas, me senté en mi butaca para ver ya el partido y en lo primero que me fijé no fue en el campo sino en la cúpula de San Francisco el Grande, que desde mi asiento podía ver asomándose al estadio desde La Latina. Y parecía que aquel gigante de piedra me decía: «Ni se te ocurra olvidar nunca en la vida a la Señora de las Alturas».

Hace poco fui a un pueblo a hacer unas gestiones con un amigo y, antes de irnos, pasamos por la cooperativa para comprar vino y llevárnoslo a Madrid. Al salir de allí y meter las botellas en el maletero, me fijé en una pared del lugar. En ella estaba escrito el nombre de la cooperativa con letras mayúsculas bastante grandes y de color negro sobre un fondo amarillo: «Señora de la Paz», ponía. Al leerlo, instantáneamente pensé en ella y me dije: «Yo no quiero paz contigo, yo quiero hacerte la guerra hasta conquistar cada trozo de ti y colocar sobre tu pecho una bandera blanca».



23-F: GOLPE DE ESTADO A LA CHICA DE LOS PLANETAS

Ella era hipocondriaca a un nivel que nadie podría llegar a imaginar. Me miraba con seriedad y, con gesto dulce y preocupado, me decía: «De aquí a una semana me muero y ya lo tengo asumido; no pasa nada». Esa frase me la llegó a decir unas tres veces en todo el tiempo que estuve a su lado. Yo, al escucharla, hacía siempre lo mismo; me reía y la abrazaba con fuerza mientras le decía que no se preocupara, que no se iba a morir. Pero ella siempre insistía diciendo: «Que sí, que esta vez es de verdad, pero tú tranquilo, que me preocupa cero». Pero era mentira. Se quedaba mirando al infinito totalmente empanada e inquieta y, aunque tratara de hacerla reír, en aquellos momentos era imposible. El mes anterior había perdido la visión durante todo un día y, desde entonces, cada vez que se volvía encontrar mal, pensaba que se le estaban encadenando todas las cosas malas. Por aquel entonces estábamos planeando irnos el curso siguiente a Londres para aprender inglés y todas esas cosas que ahora hacen los de nuestra generación por culpa de la crisis económica. Yo se lo planteé porque ya estaba buscando cosas y ella, sin dudarlo, se unió al plan cuando le propuse la idea. Esa misma semana me dijo que antes de irnos tendríamos que hacernos análisis para saber que los dos estábamos completamente bien, y que me iba a obligar si me negaba. La verdad es que a mí me daba igual saber si estaba sano.

Cuatro meses después de conocernos ella se fue a Londres durante unos días con su amiga Pilar y, como ya os he contado, me trajo una taza con la Union Jack y un montón de fotos que había hecho para enseñarme. De todas las que vi, mis preferidas fueron dos: una en la que salía sentada en unas escaleras de Picadilly comiéndose un Kinder Bueno que yo le había regalado de la máquina expendedora de la facultad el día antes de que se fuera de viaje y otra en la que salía en el escaparate de una tienda que tenía una maqueta pequeña del Puente de Londres, ya que no tuvieron tiempo de visitarlo y eso fue lo más cerca que pudieron estar de él. Yo le aseguré que el día que fuéramos juntos a Londres lo primero que haríamos en la ciudad sería ir a verlo. Pero me estoy desviando del tema.

Os estaba contando que ese mes se le encadenaba todo lo malo. Recuerdo un día que estábamos cenando por el centro y empezó a sentir que tenía fiebre. Tuvimos que ir a una farmacia de guardia de la calle Mayor a comprar un termómetro. Cuando se lo puso, sentados en un banco del andén del metro, y comprobó que no tenía fiebre, se quedó aliviadísima. Pero también recuerdo cómo unas semanas antes habíamos quedado en su piso para ir a correr por su barrio y, cuando me abrió la puerta, ya estaba totalmente equipada para salir, pero su cara era un verdadero poema de tristeza y dolor: le volvía a molestar muchísimo una de sus muelas, pero era tan cabezona que aun así quería seguir con el plan. Una idea que le quité pronto de la cabeza y a

cambio nos pasamos la tarde esperando en urgencias.

A principios de febrero del año pasado vinieron algunas de sus amigas de Jaén unas semanas antes del día de su cumpleaños e hicimos una cena en su piso con ellas para celebrarlo por adelantado. También estaban Pilar, Lucía y un par de amigos míos. Yo estaba muy nervioso porque después de mucho tiempo empezábamos a avanzar de verdad, aunque nada estaba formalizado todavía, por lo que sus amigas no tenían ni puta idea de nada. Además, tenía ganas de conocer a una de sus amigas de la infancia y causarle una buena impresión.

Llegué con Nacho y Gonzalo y ella nos abrió la puerta; estaba preciosa. Llevaba unos pitillos de color negro y una blusa blanca lo suficientemente fina para que a veces se viera el pentagrama tatuado en la parte inferior de su espalda y lo suficientemente gruesa para no dejar ver nada más. Además, ese día se había puesto tacones. Normalmente no lo hacía, una lástima, porque a mí me encantaba verla caminando suavemente sobre ellos. Cuando se los ponía, se volvía ligeramente más alta que yo, teniendo en cuenta que yo no soy precisamente Michael Jordan. En cuanto dejé las cosas sobre la encimera, le dije que estaba guapísima. Ella me lo dijo a mí e, instintivamente, los dos fuimos a buscar nuestras bocas y comenzamos a besarnos en un rincón de la cocina. No fue cualquier beso; nos lo dábamos mientras sonreíamos como verdaderos locos y escuchábamos de fondo cómo el resto estaba armando jaleo en el salón sin ser conscientes de que nosotros estábamos siendo el epicentro de un terremoto. Después fue a su habitación, se quitó los tacones y se puso sus Adidas negras. Sus muestras de naturalidad me ganaban, me hacían darme cuenta de lo única que era. Lo pasamos muy bien, nos hicieron y nos hicimos bastantes fotos. Las más divertidas de todas las que nos habíamos hecho hasta el momento. Se nos veía felices como nunca.

Después de cenar y mientras tomábamos unas copas, mi amigo Nacho enchufó su iPod a los altavoces e hizo de Dj improvisado. A Gonzalo le empezó a hacer efecto el whisky y en cuanto soltó la primera gracia ya no paró en toda la noche, convirtiéndose así en el principal foco de atención. Ella y yo hablábamos apoyados en el marco de la puerta de su habitación, que daba al salón. Hablábamos sobre dejar de hacer el gilipollas y formalizar de una puta vez lo nuestro. Ella estaba de acuerdo, pero cuando acabara el fin de semana iba a volver a Jaén con una de sus amigas para hacerse una revisión en el hospital y descansar un poco después de todos esos males. Necesitaba que un médico le dijera que estaba bien. Me dijo que solo estaría unos días y que en cuanto volviera seríamos eternos. A esas horas, los besos que nos habíamos dado un rato antes en la cocina seguían haciendo efecto en nuestro organismo. Recuerdo cómo me miraba con la boca abierta, no porque la dejara impresionada, sino porque tiene vegetaciones y, a veces, cuando escuchaba con atención, la abría un poco sin darse cuenta. Yo siempre me quedaba callado, cortaba la conversación y la imitaba. Ella, al ver mi penosa imitación, me respondía: «¡Mira que eres tonto, estás de un gracioso que no hay quien te aguante...!», y me acariciaba

con su mano la cara hasta llegar a mi pelo y agarrarlo con fuerza. Dos semanas después de aquella fiesta, el día de su cumpleaños, estaba atacada de los nervios. En Jaén no pudo hacerse los análisis y en Madrid le daban cita más tarde de lo que pensaba así que logró que por urgencias le hicieran las pruebas ese mismo día para por fin quedarse tranquila. Quizá penséis que era una exagerada, pero es que no os he contado que un mes antes, al tirar la basura, se pinchó con una aguja que había en el contenedor y, en vez de contárnoslo a su hermana, a sus padres o a mí, lo mantuvo en silencio para no preocupar a nadie.

Esa noche íbamos a cenar en una crepería con su hermana para celebrar el cumpleaños y por la tarde me llamó para decirme que tenía que contarme algo muy importante. Quedamos en el McDonalds de Bilbao, donde me lo contó absolutamente todo. Casi la mato. No entendía cómo no nos había dicho nada, pero a la vez me parecía increíble que hubiera sido capaz de guardarse algo que le preocupaba tanto solo para que nosotros no sufriéramos por ella.

La cena fue agrisulce. Ella, aunque ya estaba tranquila, aún estaba recuperándose de todo el estrés que había ocultado durante ese mes pensando que podía estar contagiada de cualquier enfermedad incurable. Aun así, recuerdo que pasamos una noche estupenda.

Al día siguiente ya estaba calmada, y pensé que era el día perfecto para que se formalizara todo. Realmente, nosotros sentíamos que llevábamos juntos toda la vida. Bueno, toda la vida no, pero sí desde el día en que nos conocimos, el treinta de noviembre de 2011. Para nosotros, esa era la fecha especial. Nuestra fecha. Porque nunca habíamos empezado seriamente por razones que ahora no voy a contar. Pero, como digo, ella y yo siempre estuvimos juntos, incluso cuando estábamos separados. ¡Qué cojones! Incluso cuando aún no nos habíamos conocido. Así decidí que ese 23-F ya no iba a ser recordado por el golpe de Tejero, sino porque la chica de Los Planetas y yo decidimos llevar a cabo nuestro propio golpe de Estado.

Había que hacer algo especial, o al menos intentarlo. Se me ocurrió llevarla al parque de Europa, un parque en el extrarradio de la ciudad donde han colocado réplicas de nose cuántos monumentos europeos a unas escalas bastante grandes. Vale, ahora mismo podéis estar pensado que soy un jodido hortera-cutre por ir allí a declararme, y entiendo que lo penséis. Pero lo entenderéis si os comento el pequeño detalle de que allí tienen la réplica del Puente de Londres. A eso hay que sumarle que el noventa por ciento de los forasteros que hay en Madrid desconocen la existencia de ese lugar. Así que quedé con Nacho en un sitio y, cuando llegué con ella al punto de encuentro, le vendé los ojos y avisé a Nacho de que ya estábamos allí. Vino a buscarnos en coche y se hizo pasar por taxista. En la radio sonaban los partidos de fútbol del sábado y él tosía de vez en cuando para hacerse el interesante. Ella decía: «Seguro que nos está llevando el puto Nacho». De tonta tenía más bien poco o nada.

Nos dejó en la puerta y entramos en el parque. Yo jamás había estado, simplemente lo vi por internet. Hacía mucho viento y frío. La venda de sus ojos, que

era una de sus *pashminas*, bailaba al ritmo del viento enfurecido al igual que su melena infinita. Mientras la guiaba agarrándole las manos, porque ya había tratado de quitarse la venda, buscaba el puente. Cuando ya lo tuve localizado, nos colocamos frente a él, le quité la tela de los ojos y, al ver el puente, se quedó bloqueada. Obviamente, sabía que no estábamos en Londres, pero se quedó sin habla, sonriendo y, después de preguntarme varias veces que dónde coño estábamos, se lo expliqué y le dije todo lo que llevaba dentro, todo lo que sentía y que ella ya sabía desde hacía más de un año. Además, hice la promesa de que pronto estaríamos juntos sobre el puente original. Se emocionó mucho y, a pesar del viento frío que nos golpeaba, visitamos todo el parque como si fuéramos unos críos y nos fotografiamos con el puente de fondo. Como os podéis imaginar, ninguno fue a Londres.

Al acabar el curso ella volvió a Andalucía y yo me quedé aquí. Hace un año que escribí mi primera entrada del blog. Fue escrita el veintidós de febrero de 2013, el mismo día de su cumpleaños. Ella fue la primera persona que la leyó y me dio su opinión, como hacía cada semana con cada entrada que publicaba. Para meterse conmigo, a veces me llamaba «Holden Centeno». En realidad decía «Horden» con su acento que me volvía aún más loco cuando confundía la ele con la erre. Ella siempre me animaba a que escribiera textos más largos y al final acabé siguiendo su consejo. Siempre me daba su valiosa opinión sobre las entradas que publicaba en el blog, hasta que escribí «Mi enfermedad». Esa fue la última entrada que leyó. Ya nos estábamos distanciando y decidí enviársela para que la leyera con el fin de que sintiera algo por dentro, pero esa vez fue dura y me dijo que no estaba de acuerdo con nada de lo que había escrito. *La chica de Los Planetas* aún no existía, aún no había decidido cambiar el rumbo de mi blog y escribir por y para ella. En aquella última conversación le advertí de que a partir de entonces empezaría a escribir sobre ella en el blog y que sería nuestra forma de comunicarnos. Mostró indiferencia con aquello que dije. El treinta de mayo de 2013, como ya he contado, fue la última vez que nos vimos, pero no nos dirigimos la palabra.

A finales de diciembre me escribió al móvil. Por fin bajaba las murallas. Llegó a confesarme que tenía una espina clavada conmigo y que con frecuencia pensaba en mí y se sentía feliz cuando lo hacía. Yo le hablé del blog, le expliqué en qué se había convertido, en lo famosa que se había hecho nuestra historia. Me respondió que no estaba preparada para leerlo, pero que algún día lo haría. El dos de enero volvimos a hablar a través del móvil y al final conseguí convencerla para que leyera las entradas. Tardó alrededor de dos horas y se quedó sin palabras. Unos días más tarde me dijo que el veintidós de febrero vendría a Madrid a celebrar su cumpleaños y que quería verme, pero poco después volvió a dejar de escribirme y volvía a levantar su particular muro de Berlín, su puto muro de las lamentaciones. Pero yo sabía que ya había leído el blog y que existía la posibilidad de que lo siguiera leyendo, así que pensé que era el momento adecuado para intentar escribir con más fuerza que nunca sobre nuestra historia hasta la fecha de nuestro encuentro. El diecinueve de enero

recibí un email en centenoholden@gmail.com de una chica que se llamaba María Quiroga, a raíz de mi sección en Instagram: #DimeQuéCalzasYMeDirásQuéEscuchas, que me decía: «¿Si te envío una foto de mis botas, adivinarás la música que escucho?». Yo respondí que por supuesto que no, que aún no era mago, que era ella la que tenía que decirme sus gustos. A lo que respondió: «Pues vaya mierda». Su respuesta fue tan sincera que volví a contestar con un simple «Ya siento no ser mago». Y me volvió a responder diciéndome que eso de que no soy mago no lo podía saber si no lo había intentado.

Así que me pasó la fotografía de sus botas, me dijo su edad, lo que había estudiado y que era de Almería, pero que vivía en Granada. Con esos datos, me aventuré a nombrarle algunos grupos de música y, por lo visto, los acerté todos. Al día siguiente me volvió a escribir y yo empecé a responder con ganas, porque me recordaba a la chica de Los Planetas. Su forma de escribir, de expresarse, las cosas que me contaba, eran una aproximación bastante grande a ella. De hecho, llegué a pensar que se trataba de ella, pero pronto deseché la idea. Me dijo por ejemplo que le gustaba Unamuno, como a la chica de Los Planetas, que me regaló *Niebla* en los últimos Reyes Magos que pasamos juntos. También me contó que iría a ver a Supersubmarina al concierto de fin de gira de Granada. Además me vacilaba mucho, y lo hacía con la misma gracia e inteligencia que ella. Recuerdo que en uno de esos emails discutimos sobre Andalucía y Madrid, como también solía hacer con la chica de Los Planetas y llegó a decirme (copio y pego una parte del email) esto: «Tienes suerte de vivir en una ciudad que ha visto tantas cosas. Normalmente un madrileño desde mi punto de vista, no valora lo que tiene, a diferencia de un andaluz. Nosotros valoramos nuestra tierra y todas las culturas que por aquí han pasado. Muchas veces pienso que, si cavara en mi casa, debajo de todo, seguramente encontraría algo ahí. Una vasija romana o una moneda árabe». Cuando me dijo aquello, me confirmó que era distinta, que tenía algo especial.

Al día siguiente hablamos de Leiva y me comentó que *Diciembre* la había marcado mucho y que esperaba que *Pólvora* hiciera lo mismo. Ya os he hablado de aquel concierto de Leiva al que fui con la chica de Los Planetas sin saberlo, y además también que le regalé ese disco por su cumpleaños y nos marcó tanto que yo estaba deseando que saliera uno nuevo para que siguiera contando nuestra historia, ella lo escuchara y se diera cuenta de lo únicos que somos. Aun así, no le di demasiada importancia a aquel comentario que me hizo. La noche que publiqué «La clarinetista», esta tal María Quiroga me mandó un email diciéndome que quería contarme algo: «Voy a contarte la verdad. No soy todo lo que te he contado. Me creé este email solo para escribirte a ti. A casico hecho. Quería engañarte para decirme a mí misma que puedes sentir algo por alguna otra chica. Pero no me has seguido el rollo. No es que utilice las mismas expresiones andaluzas que la chica de Los Planetas, ni defienda Andalucía a morir como ella: es que soy ella. No sé hasta cuándo pensaba mantener la mentira antes de que te enamoras de María Quiroga.

En el primer email que te envié ya temí que me descubrieras. La chica de Los Planetas».

Todo mi organismo se desató al leer esas palabras y el corazón se me colocó a la altura de la garganta al leer que había firmado el email como la chica de Los Planetas. Me sentí afortunado y feliz como hacía meses que no me sentía. Ese mismo fin de semana la chica de Los Planetas viajó hasta Granada para ir al concierto de Supersubmarina y me llamó desde allí un par de veces mientras tocaban «LN Granada» y «En mis venas». Así, me di cuenta de que nuestra historia aún seguía viva dentro de ella y que jamás ninguno de los dos seremos capaces de matar todo lo vivido y todo lo que llevamos dentro.

Después de mucho tiempo, volví a verla otra vez. El mismo día de su cumpleaños, el tercer cumpleaños que pasé a su lado desde que nos conocemos, el mismo día en el que hace un año escribí la primera entrada de mi blog. Un blog que en ese momento no sabía que se acabaría convirtiendo en mi última oportunidad para pasarme la vida con ella. Blog que se ha convertido en libro y que nos ha dado a los dos la virtud de la inmortalidad.

No sé qué me esperaba el día del reencuentro ni sé qué me esperará en los próximos meses. Lo único que tenía claro es que el día veintidós de febrero de 2014 haría todo lo posible para dar el mayor golpe de Estado que nunca se haya producido antes en una maldita democracia. Trataría de darle un golpe en toda el alma para así empezar juntos a provocar la alineación definitiva de los planetas.

Madrid, febrero de 2014



EPÍLOGO

Llegó a Madrid el viernes veintiuno de febrero. Había venido para examinarse de la última asignatura que le quedaba antes de terminar la carrera y, ya de paso, a celebrar su cumpleaños al día siguiente. No podíamos esperar al sábado para vernos y quedamos el mismo día que llegó, a las cinco de la tarde en la boca de metro de Bilbao, al lado del café Comercial; en el mismo lugar donde quedábamos casi siempre y donde quedamos la primera de todas nuestras veces. En ese barrio fue donde las cosas comenzaron a ir hacia arriba, hacia el sendero del que nunca hemos encontrado el fin, de los que te confirman que la Tierra es redonda y el futuro incierto.

Me enfundé los pitillos, me puse una camiseta blanca, los náuticos color marrón crema con la suela gorda, mi trenca tres cuartos de la sección de chicas del Primark con la capucha puesta aunque hiciera un sol de escándalo, me cubrí los ojos con mis Ray Ban y salí de casa dirección Bilbao. Aún puedo notar los nervios cuando entré en la estación de Goya y me subí al vagón. En cuanto arrancó el metro, noté que ya no había marcha atrás, que solamente me separaban de ella cinco paradas y empecé a ser consciente de que iba a volverla a ver después de casi un año.

Se dice pronto, pero se vive lentamente y de forma dolorosa. Llegaba tres minutos tarde, recorrí a paso rápido los pasillos y, cuando subí las escaleras de piedra de Bilbao y ya podía ver la calle, me quité las gafas y mi mirada se fue al extremo de la fachada del café, donde siempre. Allí estaba, y al mirarnos noté que nada había cambiado y que, como siempre, todo estaba en el mismo lugar donde lo habíamos dejado; intacto.

—Venga, Soba, que me tienes aquí esperando —me dijo con una sonrisa mientras me iba acercando.

Y cuando ya estábamos frente a frente, nos abrazamos. Juntamos nuestras caras mientras afilaba mi olfato y olía su pelo. Los dos nos reíamos. Notaba cómo sus brazos se enroscaban en mi espalda mientras yo agarraba su cintura. Allí estaba la Mujer Dragón y en mi cabeza no paraba de sonar ese verso de la canción «Everlasting Arms» de Vampire Weekend: «Abrázame en tus brazos eternos». Mientras escuchaba su risa entrecortada y estaba apresado por sus manos, me di cuenta de que no había logrado ser feliz ni un solo día sin ella. Y en ese preciso instante me sentí completo por dentro; como si fuera una pieza del puzle que por fin había logrado encajar en el instante en que nuestros cuerpos entraron en contacto.

Íbamos cruzando Malasaña. Ella, con los botines de hebillas color plata, sus pitillos de riguroso negro que tanto la caracterizan y sus labios de rojo intenso. Moviéndose dulcemente me iba poniendo al día sobre el examen que había hecho

hasta que entramos en una cafetería. Allí, después de pedir un par de cafés, lo primero que hice fue darle la caja que llevaba conmigo. Una caja que contenía su tradicional regalo de Reyes Magos (esta vez fue *La música del azar*, de Paul Auster), el último disco de Leiva firmado por él y dedicado para ella, algunos detalles más y el regalo que le correspondía por su cumpleaños. Le gustaron tanto que noté cómo se emocionó y me reconoció que solo yo era capaz de regalarle cosas que le hicieran verdadera ilusión porque la conocía mejor que nadie, incluso mejor que ella misma. Al escuchar aquello me sentí verdaderamente grande.

Todos aquellos detalles iban acompañados de una tarjeta que había comprado en Mr. Wonderful Shop en la que aparecía dibujada una maleta cerrada, pero a punto estallar, repleta de cosas que sobresalían y con un mensaje en una letra irregular: «Por muy lejos que te vayas, siempre formaré parte de tu equipaje». Aquella frase lo resumía todo. Estuvimos hablando de forma muy clara. Hablamos de todo el tiempo que habíamos estado separados. Yo le dije todas esas cosas que siempre le he dicho, que jamás me cansaré de decir y que ella ya conoce perfectamente. Me confesó que estaba abrumada por todo lo que había logrado con el blog, por toda la gente desconocida que había alrededor de nuestra historia y que, de una forma u otra, se habían implicado en esto.

Hablamos de un millón de cosas y éramos felices. Los dos estábamos impactados porque teníamos la sensación de que no había pasado el tiempo. Parecía como si nos hubiéramos visto el día anterior. Ella y yo somos capaces de lograr ese efecto y, cuando lo notamos, como aquel día, nos damos cuenta de que lo nuestro ya tiene otro nivel: el de la inmortalidad.

Salimos de la cafetería con los nervios calmados y fuimos en busca de otra. Cuando le pregunté que a cuál quería ir, me dijo: «Vamos a la de Holden Caulfield». No sabía a cuál se refería hasta que recordé aquella cafetería frente a la que hay una inmobiliaria en cuya fachada están dibujadas las letras HC (no recuerdo a qué iniciales pertenecen) por todos los lados. Hacía más un año que no habíamos vuelto y la vez que fuimos, al ver aquellas iniciales mientras tomábamos café, hicimos una fotografía que subí inmediatamente a mi Twitter. Supongo que los lectores no la recordaréis porque ni yo me acordaba, y cuando caí en la cuenta de a qué se refería, me entraron unas ganas terribles de besarla. Me volvió loco descubrir que ella se acordaba de cosas que yo ya había olvidado.

Pero no la besé. No quise hacerlo. En situación de incertidumbre nunca me he atrevido a ser yo el que inclina la cabeza para besar sus labios por miedo a su reacción. Al llegar a Holden Caulfield vimos desde fuera que estaba completamente llena, así que nos fuimos a otra donde seguimos hablando de nosotros. Supongo que dos personas, cuando están jodidamente enamoradas, hablan principalmente de su amor y jamás se cansan de hacerlo. Además hablamos de libros, música y cualquier tontería que nos viniera a la cabeza. No parábamos de hablar. Como siempre, íbamos enlazando una cosa detrás de otra sin seguir una línea lógica. La noche iba cayendo

sobre Malasaña y decidimos irnos de la zona. Acabamos dando un buen paseo. Como un par de imanes pegados al suelo, recorríamos los mismos caminos, que siempre nos acababan llevando a los mismos lugares. Bajamos la calle Preciados, acariciamos Arenal hasta llegar al imponente Teatro Real y terminamos sentados en un banco de piedra frente al palacio. Ambos edificios han sido testigos de todos nuestros besos y ahora lo eran de nuestro reencuentro. Estábamos allí de nuevo junto a sus cimientos, rindiendo ante ellos nuestro respeto y cariño hasta que el frío madrileño nos empezó a calar en los huesos y tuvimos que seguir andando para mantener la temperatura de nuestros cuerpos y especialmente de nuestros corazones.

Acabamos en el Mercado de San Miguel. Vinos, tapas y aceitunas con todo tipo de rellenos para la aceitunera. De allí nos fuimos dando un paseo atravesando Sol, y llegamos a Huertas. Íbamos pisando nuestras calles y todo eso nos producía una auténtica bofetada de recuerdos. Más que una bofetada, era una caricia llena de recuerdos perfectos. Acabamos en el Café&Tapas de Montera. Cuando estaba mirando la carta y llegó a la parte en la que anunciaban el salmorejo de Córdoba, me lo señaló con el dedo y riendo me dijo: «¡Salmorejo de Córdoba! Estos hijos de puta no tienen respeto por nada. A esto no se le puede llamar salmorejo y mucho menos decir que es de Córdoba».

Terminamos de cenar y cerramos el estómago. Estaba muy cansada porque había pasado toda la noche en el autobús para venir a Madrid y se fue al nuevo piso de su hermana Lucía a descansar, pero antes quedamos en que a la mañana siguiente desayunaríamos juntos.

El sábado a las once de la mañana ya estábamos desayunando tostadas con aceite y tomate en la planta *gourmet* de El Corte Inglés de Callao, donde hay unas vistas de Madrid impresionantes y que ella aún desconocía. Desde allí se podía contemplar la enorme cúpula de San Francisco el Grande, todo el barrio de La Latina, el palacio, el Teatro Real y muchos más lugares que nos habían marcado desde el día que los hicimos nuestros. Allí estaba de nuevo con la Señora de las Alturas bajo un cielo azul puro, siendo feliz como no lo había sido desde que en abril del curso pasado desapareció de mi vida y yo de la suya.

Después nos fuimos a Fnac. Estaba empeñada en ir porque donde vive ahora no hay y echaba de menos perderse por sus pasillos viendo libros y discos. Caminamos hacia el barrio de Lucía, sintiendo que éramos afortunados por cada paso que estábamos dando. Nos despedimos en Embajadores hasta esa misma noche. Habíamos quedado en ir al piso de su hermana con algunos de mis amigos para celebrar su cumpleaños. A las once de la noche mi amigo Nacho llamaba al timbre, junto a Duki y Álvaro, al que llamamos por su apellido: Jaén. Ella nos abrió la puerta y todos la felicitaron mientras le daban dos besos. Yo entré el último y allí me la encontré con su collar, su blusa blanca, sus pitillos ajustados y esos tacones altísimos que me vuelven loco. Nos dimos dos besos y le dije que estaba guapísima. Allí estaban Lucía, sus dos compañeras de piso, Pilar y su primo Marcos.

Nos acomodamos en el sofá del salón y abrimos el whisky. Pasamos las horas hablando de todas esas cosas de las que se habla cuando tienes una copa en la mano. Yo estaba bastante callado y me dedicaba a buscar su mirada en medio de todas las conversaciones del resto hasta que me miraba y nos hacíamos un gesto con la cara. En otros momentos era yo el que me encontraba con sus ojos y de nuevo nos hacíamos un gesto que se nos incrustaba como una bala en el pecho. Salimos de allí sobre las tres de la madrugada. Aún puedo recordar cómo ella, mientras cerraba la puerta del piso, iba cantando la parte de «Cumpleaños total» de Los Planetas que dice: «No será peor de lo que era; no será peor, seguro que es mejor». La cantaba en bajito y yo me reí para mis adentros siendo plenamente consciente de que estaba allí, respirando el mismo aire que la chica de Los Planetas, y me sentí afortunado. Ellas cogieron un taxi y nosotros, con su primo Marcos, nos fuimos en el coche de Nacho mientras sonaban por los altavoces a todo volumen los Vampire Weekend.

Habíamos quedado en Bilbao para ir a un garito de la zona y, cuando nos encontramos con ellas, Pilar me agarró del brazo, me apartó del resto, que ya iba caminando hacia el lugar, y me dijo que, justo cuando se habían subido al taxi, en la emisora de radio que llevaba el taxista estaban diciendo que los piscis y tauros se atraen irremediablemente y fue la Tatuada quien dijo a las demás que yo era tauro y ella piscis. Pilar me confesó que lo dijo con la emoción contenida y con cara de sorpresa por aquella coincidencia. Sí; los horóscopos son una auténtica gilipollez, pero aquello era una de esas señales nuestras, uno de esos momentos azarosos que te advierten de algo grande cuando no eres capaz de verlo; ni siquiera cuando lo tienes delante de tus narices.

Entramos en el local y estaba tan lleno que resultó ser un verdadero suplicio. De hecho, mis amigos no tardaron mucho en irse de allí y yo me quedé. No podía irme. Tenía que aprovechar cada segundo a su lado, así que, en un momento dado, la aparté del resto y le dije que no volviera a Andalucía, que se quedara aquí conmigo y que lo retomáramos todo de nuevo. Estuvimos un buen rato hablando de todo eso hasta que le dije:

—Te daría un millón de besos ahora mismo.

A lo que ella respondió con una sonrisa:

—Calla, no digas eso, que me va a dar algo.

Al rato, nos fuimos todos de allí andando a Cibeles para coger un búho que nos llevara a casa. Ella y yo nos quedamos detrás del resto, que iba caminando con paso rápido. Yo me empezaba a desesperar viendo que la noche terminaba y no había logrado sacar ninguna conclusión que matara mi intranquilidad.

Cuando llegamos a la altura de Alonso Martínez, nos detuvimos al ver el semáforo en rojo y allí mismo le solté:

—Desde que nos vimos por última vez no he podido dejar de pensar en ti. Cada día, cuando me despierto tengo tu imagen en mi cabeza y así hasta que me acuesto. A veces, incluso sueño contigo durante toda la noche. —E, increpándola, seguí diciendo

—: Venga di, no me digas que soy el único gilipollas al que le pasa esto. Confiérame ya de una puta vez que te pasa lo mismo que a mí.

Y ella, mirándome seria, contestó:

—Joder, sí. A mí me pasa lo mismo. Todos los días he pensado y pienso en ti.

Y antes de que pudiera decir nada, acercó sus labios a los míos y me besó con una delicadeza tan de otro mundo que noté fuegos artificiales de todos los putos colores en mis tripas. Después de tanto tiempo volvía a notar el dulce aliento de su boca, el sabor de su saliva con la mía y, una vez más, me di cuenta de que era la mujer de mi vida. Sus besos siempre saben decirme la verdad de las cosas que oculta.

La noche acabó y me fui a casa. Me fui a dormir con una sensación de paz que hacía mucho que no sentía. Al día siguiente ya era domingo y quedamos por última vez; esta vez, en la boca de metro de Tribunal. Allí me esperaba con Pilar, que ya se marchaba a su casa a pesar de que le insistimos en que se quedara a tomar algo con nosotros. Ella, igual que mi amigo Nacho, ha sido una parte fundamental en esta historia. Uno de los pilares (nunca mejor dicho) que ha evitado que me derrumbe en todo ese tiempo de espera e incertidumbre. Nos despedimos de ella y nos fuimos a una cafetería a la que solo habíamos ido una vez y a la que, aunque siempre habíamos pensado volver, nunca volvimos hasta aquel domingo.

Ese fue el momento en el que me dijo que iba a regresar a Madrid lo antes posible y de nuevo me volvió a besar. Nos rompimos en un abrazo y nos mordimos los labios, como el día anterior, pero esta vez repetidas veces, convenciéndonos de que estaba sucediendo de nuevo, tal y como habíamos querido siempre, pero ahora siendo conscientes de que jamás volveríamos a empeñarnos en ir por dos caminos separados. Nos despedimos a los pies de Cibeles con un abrazo, prometiéndonos hablar todos los días y volvernos a ver cuanto antes. Me escribió desde el autobús cuando salía de Madrid diciendo que, una vez más, se iba con la sensación de que se marchaba dejando a la persona que realmente amaba.

Pasaron dos semanas desde nuestra despedida y yo estaba totalmente desanimado. Ella me decía que esa canción que dice «Ven a Madrid, ten un descuido» iba a resultar casi imposible. Por una extraña razón se negaba a que fuera a Andalucía para vernos, pero yo necesitaba volver a verla y parecía que ese día no iba a llegar jamás. Escribí a Pilar para desahogarme y decirle que estaba hasta los cojones y que si pronto no veía en ella un gesto en el que me demostrara que iba a cumplir con todo lo que nos prometimos, sería capaz de mandar todo a la mierda. Pilar me pidió que me calmara y que confiara en ella. Eso hice.

Al día siguiente, el lunes diez de marzo, estaba trabajando y ella no paraba de escribirme al WhatsApp contándome cosas. Me parecía bastante extraño porque normalmente tenía poco tiempo para escribirme, pero no le di importancia. A las dos y veinticinco, cinco minutos antes de que saliera del trabajo para comer, me escribió: «Tengo ganas de verte. Ojalá pudiera decirte: “Baja”». Yo respondí que sí, que ojalá, y que el día que llegara ese momento todo volvería a ser perfecto. Inmediatamente

después me contestó diciendo: «Baja, estoy aquí esperándote».

Al leer aquello temblé y le dije que se fuera a la mierda y que no me hiciera ese tipo de bromas, pero ella insistió: «Gilipollas, ¿quieres bajar? ¿Vas a comer conmigo o me vas a dejar plantada?». Ahora sí que estaba temblando de verdad. Me puse la trenca y salí del portal. Y allí estaba ella, esperando a unos metros de la entrada. Más guapa que nunca y con la sonrisa más grande que jamás había visto en su cara. Fui corriendo hasta ella y nos abrazamos con fuerza mientras miraba al cielo y, en ese momento, por primera vez en mi vida y a pleno sol, vi cómo se alineaban los planetas. Al acabar el día, después de cenar juntos, cogió el autobús y se marchó de nuevo a Andalucía. Ese día fue perfecto, pero otra vez me quedé con la sensación de que la mujer a la que realmente amaba me dejaba allí.

En mayo de 2013 empecé a escribir esta historia en un blog y justo un año después terminé de escribirla en un libro. En este lapso de tiempo me han sucedido un millón de cosas y me han dicho otras mil. Gracias a mis lectores y sus comentarios he podido seguir semana tras semana luchando con palabras.

Mucha gente me decía: «Solo se puede escribir así de bien cuando el dolor que llevas dentro es jodidamente grande». También me preguntaban si me dolía escribir sobre ella y me decían que mi capacidad de autodestrucción era infinita al volver a sacar a la luz todos esos recuerdos.

Quiero aclarar que el dolor que llevaba dentro desde el principio se convirtió en vida y la vida, en amor y las historias que he escrito han sido escritas así porque me quité el dolor de encima y lo que realmente llevo dentro es un amor del tamaño de un puto avión. Transatlántico. Jamás me ha dolido hablar de ella, todo lo contrario; en todo este tiempo, lo único que me ha hecho feliz ha sido poder contar que ella me amó con todas sus fuerzas. Por último: nunca me he autodestruido. La experiencia de contar una historia semanalmente a miles de personas que, después de leer mis relatos, solo me enviaban buenos deseos, opiniones, comentarios y mensajes como «¡No te rindas, Centeno!» me han construido y jamás me vi al borde del abismo. Siempre escribí cada letra sabiendo que eso era lo que quería.

La vida es la que es. Para unos es larga y para otros es corta. Para unos acaba antes y para otros termina después, pero en cualquier caso: pasa rápido. Hace mucho tiempo que decidí invertir mi tiempo en lograr pasar la vida con ella, a su lado, y así seguiré hasta conseguirlo. La quiero y punto; y sé que ella me ama a mí y a nadie más en el mundo. Lo que más me duele de todo es que jamás podré explicar esto, ni siquiera, con palabras.



EN FA SOSTENIDO: CONCLUSIONES DE LA CHICA DE LOS PLANETAS

Cuando le conocí, un tsunami invadió cada órgano de mi cuerpo, fue como si un terremoto hiciera temblar mi corazón a una magnitud de 6,9 en la escala Richter, como si el mayor huracán de la historia me absorbiera y me hiciera dar mil vueltas, dejándome fuera de juego como ese jugador que lanza a portería y mete gol aunque unas milésimas de segundo antes haya oído al árbitro pitarlo. Hasta ese momento no sabía, por muy tópico que suene, que las pequeñas decisiones, las que se toman en décimas de segundo, pueden cambiar toda una vida.

Yo tenía una BlackBerry 8520 Curve, en color negro, que aunque había sido un pelotazo cuando la sacaron al mercado, un año y medio después comenzó a darme problemas. Maldita tecnología, te deja tirada cuando menos te lo esperas y no hay nada que puedas hacer. Como su uso era casi imposible, decidí llevarla a reparar y lo hicieron en garantía, gracias a lo cual no me gasté ni un céntimo de euro. La tarde anterior al día en que nos conocimos, me llamaron de la tienda Movistar que está justo al lado de la glorieta de Quevedo, para que fuera a recoger mi BB, ya arreglada. Recuerdo que estaba en casa tomándome un café con sabor a vainilla de Nescafé mientras veía en Youtube una entrevista a Nacho Vegas que, aunque ya tenía un par de años, yo aún no había descubierto. Dejé a medio terminar tanto la entrevista como el café para ir a recoger mi móvil.

A la mañana siguiente, el treinta de noviembre de 2011, me sonó el despertador como cada día para ir a clase. Apagué la alarma al instante porque es verdaderamente desagradable esa melodía demasiado cutre y monótona que traen la mayoría de los móviles para que encima sea lo primero que una tenga que escuchar cada mañana. Justo en ese momento me di cuenta de que, al resetear la memoria del teléfono, había desaparecido la colorida portada del disco *Pop* de Los Planetas que ya tenía desde hacía meses como fondo de pantalla. Así que con los ojos aún sin abrir del todo, accedí al navegador y, cuando apareció Google, escribí: «Portada *Pop*, Los Planetas», pinché en imágenes y elegí la que a simple vista me parecía que tenía una mayor resolución. La descargué y volví a ponerla como fondo. Justo en ese momento, en el que le di a la opción «Guardar», mi vida ya había cambiado. El destino ya tenía planeado que unas horas después él y yo nos conociéramos. Ese fue el inicio de todo, y desde ahí hasta el día de hoy nuestra historia ha sido única. Parte de ella ya la conocéis gracias al blog que un día él decidió crear, idea que me pareció maravillosa cuando me la contó y le di todo mi apoyo. Siempre le he dicho que escriba porque él sabe cómo transmitir y cómo llegar dentro de cada persona, aunque, claro, yo no esperaba que ese blog hablara de nosotros y que él fuera a gritar al mundo lo que en realidad quería gritarme a mí. Fue muy emocionante entrar y leer entrada a entrada una historia que en realidad era la mía. Ahora, con la estabilidad y la templanza que te aporta el paso del tiempo, soy consciente de que hay ocasiones en las que nos encontramos tan dentro de una historia que no somos capaces de ver las cosas y actuar con la objetividad con la que deberíamos. Me he dado cuenta de que no se puede decir no cuando realmente es sí, que no hay que quitarse las ganas cuando de verdad se tienen y que solo hay que enamorarse de quien te anteponga a sí mismo. Que la vida es esta y tenemos que escribirla tal y como queremos vivirla y que cada segundo que pasa puede ser un arma que se dispare contra nosotros mismos si un día no nos planteamos tomar decisiones.

A ti solo puedo agradecerte la infinidad de cosas que has hecho por mí desde que nos conocimos ese treinta de noviembre. Por ser mis ojos cuando se me nubló la vista durante dos días y me llevaste al hospital agarrada del brazo, por enseñarme cada rincón de Madrid, por caminar cada paso a mi lado, por oír todas mis charlas sobre Wagner y Nietzsche, por detener el tiempo cuando estamos juntos, por tocar la guitarra en mi portal, por compartir mis locuras e incitarme a hacer un millón más, por hacerme ver que los detalles y las pequeñas cosas son las que marcan la diferencia. Y porque, aunque sea a mí a la que ensalzas en tu blog y me llenes de cualidades, el que ha hecho que toda nuestra historia sea así de intensa has sido tú, porque eres un hombre único y yo me siento la mujer más afortunada del mundo, porque estás a mi lado.

Este texto lo escribió el uno de abril de 2014. Unas semanas más tarde decidió volver a detener la inminente alineación de nuestros planetas. Se volvió a cerrar de forma hermética, misteriosa y enigmática. Me duele escribir el punto final, pero tengo el consuelo de que este libro esconde la verdad objetiva de todas las cosas buenas del mundo.

ÍNDICE DE CANCIONES

En este libro han sonado estas canciones:

Albert Pla – «En el bar de la esquina»
Anni B Sweet – «Tumbado en mi moqueta azul»
Arcade Fire – «Ready to start»
Bob Dylan – «Song to Woody»
Bon Iver – «The wolves (Act I and II)»
Camarón – «Rosa María»
Canto Gregoriano – «Sanctus»
Carlos Sadness – «El día que hizo más viento que nunca»
Evangelistas, Los – «Delante de mi madre»
Facto Delafé y las Flores Azules – «Enero en la playa»
Grupo de Expertos Solynieve – «La nueva reconquista de Graná»
Habitación Roja, La – «La segunda oportunidad»
Hola a Todo el Mundo – «They don't let me grow»
Iván Ferreiro – «El equilibrio es imposible»
– «El fin de la eternidad»
– «SPNB»
– «Una inquietud persigue mi alma»
Izal – «Palos de ciego»
Leiva – «Nunca nadie»
Love of Lesbian – «Universos infinitos»
Maga – «Celesta»
Mozart – «Concierto para clarinete en la mayor»
Mumford & Sons – «Lovers eyes»
Nacho Vegas – «Canción de Palacio #7»
– «El hombre que casi conoció a Michi Panero»
Pablo Galiano – «Toda mi gente va a ir al infierno»
Pájaro Jack – «Árbol gris»
Pereza – «4 y 26»
– «Si quieres bailamos»
Phoenix – «Love like a sunset Part II»
Planetas, Los – «Cumpleaños total»
– «Segundo premio»
– «Señora de las Alturas»
– «Y además es imposible»
Quique González – «Los conserjes de noche»
Rebeca Jiménez – «Despertarme contigo»
Second – «Muérdeme»
Sidonie – «El aullido»
Sigur Rós - «Varú ð»
Supersubmarina – «El encuentro»
– «Cometas»
– «Hermética»
– «LN Granada»
Vampire Weekend – «Everlasting arms»
Vetusta Morla – «La cuadratura del círculo»
Zahara – «Funeral»



HOLDEN CENTENO. Soy Holden Centeno y escribo relatos. En ellos hay música, literatura y vivencias. No soy el guardián entre el centeno. Seré inmortal mientras lean lo que escribo. Tengo un libro y un blog sobre música, literatura y vida. Nací analfabeto.

La historia de Holden Centeno ha enganchado a miles de lectores que, semana a semana, leen su blog y se emocionan con las historias en primera persona de este personaje excepcional. Después de su éxito en Internet y en redes sociales, ahora *La chica de Los Planetas* se hace tangible y se convierte en libro.

holdencenteno.blogspot.com.es

Facebook: Holden Centeno

Twitter: @HoldenCenteno

Instagram: Holdencenteno

Spotify: holdencenteno